



John Banville

Regreso a  
Birchwood

Traducción de Damià Alou

Lectulandia

Cuando Gabriel Godkin regresa a Birchwood tras varios años, la gran casa familiar no es más que una propiedad ruinoso con habitantes enajenados. Hurgando en los recuerdos, rememora sus primeras experiencias de amor y de pérdida, pero los desastres se suceden y el joven decide huir con un circo ambulante para buscar a su hermana gemela, desaparecida tiempo atrás. Pronto descubrirá que el hambre y el malestar acechan el campo y que Irlanda también está arruinada.

**Lectulandia**

John Banville

# **Regreso a Birchwood**

ePub r1.0

Titivillus 27-01-2018

Título original: *Birchwood*  
John Banville, 1973  
Traducción: Damià Alou

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A los Dunham-Sherman,  
los Stepan-Candau  
y los Brown*

*Odi et amo. Quare id faciam, fortasse requiris.  
Nescio, sed fieri sentio et excrucior.*

[Odio y amo. Preguntarás, tal vez, por qué lo hago.  
No lo sé. Pero lo siento así, y me torturo].

CATULO

[Trad. de Luis Antonio de Villena]

# **I. El libro de los muertos**

Existo, luego pienso. Eso parece innegable. En esta casa desmadrada dedico las noches a devanar mis recuerdos, los toqueteo cual impotente casanova con sus antiguas cartas de amor, olisqueando el polvoriento aroma de las violetas. Algunos de estos recuerdos están en un idioma que no comprendo, aquellos que podrían figurar bajo el encabezamiento de «el comienzo de la vieja vida». Cuentan la historia que pretendo copiar aquí, toda ella, y no solo su sentido: la historia de la caída y ascensión de Birchwood, y del papel que el Sabatier y yo desempeñamos en la última batalla.

Me llamo Godkin, Gabriel. Tengo la impresión de haber vivido ya un siglo o más, lo que solo puede ser una ventaja. ¿Estoy loco al empezar de nuevo, y de esta manera? He visto cosas terribles. Me asombra que me hayan permitido sobrevivir para contarlas. Desde luego, estoy loco.

Y puesto que, en cierto sentido, pensar es siempre recordar, ¿qué hacía yo, por ejemplo, en el seno materno, nadando en medio de esas sombrías aguas rojizas, con todo mi pasado aún por delante? Los indicios sobreviven. A menudo, un sonido que llega palpitando al crepúsculo desde el otro lado de la colina parece un eco del entrecostar de sus vientres mientras copulaban, inconscientes de los pequeños errores que ya se estaban interponiendo entre ellos. Esto no es nada. En mi época me he bañado dos veces en el mismo río. Cuando abrí los postigos de la casita de verano junto al lago, un trémulo disco de sol se posó en el círculo chamuscado del suelo en el que explotó la abuela Godkin. Eso ha de significar algo, esos momentos extraordinarios en los que el cerdo encuentra la trufa incrustada en el barro.

He comenzado a trabajar en la casa. No es que necesitara ser reparada, no, pero he barrido los cristales rotos, las flores marchitas, otras cosas innombrables. Cualquiera habría dicho que esperaba invitados, menuda broma. No alcanzo a discernir una razón que justifique mis esfuerzos, pero tiene que haber una, supongo, oculta en alguna parte. Así tengo algo que hacer en estos días largos y bochornosos. Por la noche escribo, cuando Sirio asciende en un silencio glacial. El pasado está suspendido a mi alrededor; me imagino el silbido de una flecha que surca la oscuridad.

Llegué en primavera. Era una mañana de un verde cristalino, fría y luminosa. Los sacos del carro estaban húmedos, el olor no me abandonaba, y tampoco el olor de los



caballos, esas bestias inmensas de color pardo que piafaban y pisoteaban el camino, lanzando la cabeza hacia arriba, con un destello en los ojos. Centelleaban las hojas de los árboles del bosque, retales de niebla avanzaban entre las ramas. Bajé la mirada hacia la fuente rota, hacia las hojas del año anterior hundidas en el agua estancada. La luz deslumbraba las ventanas de la casa. Sol y sombra barrieron el jardín, un pájaro trinó de repente, desgarrador, y abajo, en la superficie del estanque, una nube blanca se adentró en un cuenco azul de cielo.

La biblioteca es una habitación larga y estrecha. En el extremo sur, las paredes forradas de libros polvorientos se abren con un toque jovial a la cristalera blanca que asoma al bosque, más allá del césped. Aquel día cazaban en la hierba los mirlos, y también los tordos, pequeñas criaturas frenéticas entre gritos de guerra no más grandes que ellos mismos. Flotaba un olor a altramuces, y a mar, aunque más tenue. Los cristales de las ventanas estaban hechos añicos y unas hojas secas cubrían la alfombra. Las esquirlas de cristal reflejaban cuñas de un estilizado azul celeste. Las sillas se agazapaban en una inmovilidad amenazadora. Todas esas cosas que fingían estar muertas. Desde el descansillo mi mirada recorrió el lago y los campos en dirección al mar lejano. Qué azul estaba el agua, qué amarillo era el sol. Una mariposa revoloteaba por el jardín. Me esforcé por captar el ínfimo ruido que debían de producir esas torpes alas. Tenía los puños mojados de lágrimas. No lloraba por los que ya no estaban. La gente es fácil de reemplazar, gracias a su abominable predisposición. Lloré por lo que había allí y aun así faltaba. Por Birchwood.

Creemos recordar las cosas tal y como eran, cuando en realidad lo único que nos llevamos al futuro son fragmentos que reconstruyen un pasado completamente ilusorio. Esa primera muerte que presenciamos será siempre un murmullo de voces que se pierden por un pasillo y un reloj que se queda en silencio en la habitación a oscuras; el final del amor siempre son dos cigarrillos consumidos en un platito y una puerta blanca que se cierra. Había soñado tan a menudo con la casa en mis viajes que ahora se negaba a ser real, incluso mientras yo permanecía entre sus ruinas. No era con Birchwood con lo que había soñado, sino con un Birchwood de ensueño, entretejido de retazos y fragmentos. En las luminosas mañanas de verano las habitaciones cobraban vida con una especie de suspense repentino y silencioso, los juguetes y las tazas de té de la noche anterior exactamente como se habían dejado, y sin embargo transformados por completo. Al caer la tarde, el vuelo aterrado de una gallineta a través de la superficie del lago parecía partir en dos el paisaje. Cuando el viento soplaba del este las chimeneas cantaban. Esas cosas, esas magdalenas, concluí de nuevo, comparadas con los recuerdos que tenía de ellas, ampliaban el mosaico, igual que un arqueólogo traza el mapa de un imperio enterrado. Pero esa cosa-en-sí todavía se me escapaba, y el pasado no floreció por fin en el presente hasta que me aventuré por los desvanes y los sótanos, por mis refugios preferidos, los rincones olvidados. Me detuve en las escaleras de atrás, a la luz del ocaso, junto a la maceta de la palmera que hay ante la puerta de los cristales verdes, y los años quedaron en nada.

En esta búsqueda de un tiempo desubicado había depositado grandes esperanzas en la fotografía, una de las pocas cosas que me había llevado de allí. Revelada en tonos marrones y amarillentos, con un pliegue blanco en diagonal, como una vena sin sangre, mostraba a una joven vestida de blanco, de pie en un jardín, con una mano posada en el respaldo de un asiento de hierro forjado. Mamá decía que era una foto suya de niña, pero yo no lo creía. La mitad de la escena estaba inundada de sol, la otra mitad en sombra, y la niña, con los ojos cerrados, se inclinaba desde la oscuridad hacia la luz mientras sonreía alegremente, con aire soñador, como si escuchara una música misteriosa. No, yo sabía que esa niña era otra persona, una niña extraviada en un tiempo que no era el suyo, y cuando regresé la fotografía se había alterado de un modo inexplicable, ya no encajaba en el nuevo orden de las cosas, así que la destruí.

Así, siempre me sorprende la diferencia entre cómo son las cosas y cómo espero que sean antes de encontrarlas. Por ejemplo la vagina, que había imaginado como un limpio y agradable agujero situado en la parte de delante, casi como un segundo ombligo pero menos turbio, un sol brillante en comparación con la hosca luna del ombligo. Imaginaos pues mi sorpresa, no exenta de cierto espanto, cuando, en el atardecer del bosque, revolcándome con Rosie entre la hierba húmeda y exuberante, hurgué con el dedo su secreto oscuro y peludo y más que con un agujero me encontré con una herida, debajo y perturbadoramente cerca de ese otro orificio tan siniestro. Así era volver a casa, siempre lo inesperado.

Con su delicado tajo, ¡Rosie no se parecía en nada a esa imponente doncella que me encontré por el camino tantos años más tarde! Cómo reía y jadeaba, qué manera de patear, intentando desembarazarse de (o engullir, no sabría decir) ese dedo que introduje en ella con tanto remilgo. Debió de ser ese encuentro fortuito lo que me dejó la perdurable impresión de que la mujer era una especie de obeso esqueleto, un magnífico armazón de alambre del que colgaba una flácida fruta de carne, desgarrada, torpe, frágil a pesar de su volumen, una mole con un bamboleo involuntario. ¡Puaj! En ella también descubrí rincones y recovecos mohosos, rendijas que por encima de todo me recordaban las aguas estancadas de la casa en la que había jugado de niño, esa casa que ahora duerme a mi alrededor con un sueño tan ligero como el de un pajarillo mientras mi pluma furtiva tiñe de negro las páginas. He entrado en posesión de mi herencia. Pienso en ese día en la ventana de arriba, cuando las lágrimas cayeron por primera vez y vi esa figura en el césped que alzaba la vista hacia mí con aire irónico y furioso, los nudillos blancos, los ojos, los dientes, el pelo rojizo, esas son las cosas que recordamos. También recuerdo a Silas y a su pandilla marchándose por fin, las últimas caravanas con su pesado rodar camino abajo. ¿Acaso descubrí, en la oscuridad de una de sus diminutas ventanas, el brillo de un alegre ojo al mirarme? Se marcharon, y una vez se hubieron ido quedó esa criatura vestida de blanco, de pie bajo las lilas con una mano en el respaldo del asiento, inclinada hacia el sol, sonriendo, como una de esas doncellas de Botticelli, y que me perdonen por preguntarme si a lo lejos oía la estridencia de unas trompetas que

hacían sonar su música por tierra y aire.

Mi padre sonrío de oreja a oreja en su tumba imaginándose al mezquino de su hijo metiéndole mano a esto, a *su* extravagante manicomio. Lo más probable es que mamá esté llorando a lágrima viva en la suya. Para ella Birchwood era una especie de desierto, desolado, magnífico, ajeno. Le habría encantado ver cómo la casa se venía abajo un domingo cualquiera, uno lluvioso, como corresponde. En primavera y en verano, arrancada del sueño por el escandaloso coro de los pájaros, se despertaba al amanecer y deambulaba por los pasillos y las habitaciones vacías, suspirando, cantando en voz baja, un poco chalada ya entonces. El día que llegué fue ella quien vio, a través de la ventana que había sobre los fogones de la tenebrosa cocina, a Silas y la gorda Angel acercándose por el camino de entrada. Me pregunto qué se le pasó por la cabeza al verlos, qué arrebató, qué pestilencia. Aunque a ella nuestra historia la traía sin cuidado, esa gloriosa crónica de muerte y traición de la que los Godkin se enorgullecían tanto, era esa misma historia la que le complicaba la vida. Era una Lawless, y para ese pecado no había perdón.

Nuestro árbol genealógico es bien curioso, con extraños ecos que resuenan entre las ramas y numerosas aves extrañas que trinan entre las hojas. Los Lawless fueron los amos de Birchwood durante generaciones, hasta que llegó mi tatarabuelo y tocayo, Gabriel Godkin. No se sabe de dónde venía, ni tampoco quién era. Un día, de repente, estaba ahí, y ya nada volvió a ser igual. Joseph Lawless, por aquel entonces señor de la propiedad, desapareció, murió, fue asesinado, tanto da. En nuestros anales se le recuerda por la respuesta que dio al comisionado que le informó, en el peor momento de la hambruna de la patata, de que el hambre estaba diezmando a los inquilinos de Birchwood. *¡Es una treta, señor, no es más que otra de sus tretas!*, rugió Joseph. Y de hecho tenía razón, ya lo creo, pues los campesinos eran una pandilla bastante astuta, morían a docenas, lo que obligó a las autoridades del otro lado del mar a enviar un cargamento de ayuda de seis sacos de maíz.

La finca estaba en la ruina, desangrada por los empleados del gobierno y los usureros. El terreno se había dividido en minifundios en los que los inquilinos asfixiaban la tierra en sus desesperados esfuerzos por pagar los alquileres y alimentar a sus familias, que se ampliaban año tras año. Todo aquello iba a cambiar. Al cabo de seis meses de la, digamos, desaparición del amo, nuestro Gabriel Godkin se casó con la hija de la casa, llamada Beatrice —¡eco!— y tomó posesión de Birchwood.

Desmontó los minifundios y desahució a todo aquel que no pudo o no quiso aceptar sus planes. Convirtió la finca en una inmensa granja colectiva gobernada por su despotismo implacable, aunque no malvado. Y a pesar de que los arrendatarios le odiaban por la pérdida de lo que consideraban suyo, aquellas diminutas parcelas, renunciaron a su dignidad, se convirtieron en siervos, y cuando los campesinos de otros lares cayeron de rodillas, sin más comida que la hierba, ellos al menos tenían la barriga, si no llena, tampoco del todo vacía.

En ese punto, el esplendor de Gabriel se desdibuja, pierdo interés en él. El siniestro desconocido del principio, llegado del sur y tocado por la magia de la muerte y el ensueño, se transforma ahora en un simple hacendado más, un nombre en un registro parroquial, algo del pasado. ¿Que quién era? No lo sé. No estoy diciendo que no tenga mi propia opinión, que la tengo, sino que me la guardo para mí por razones que no están del todo claras.

Los Lawless, los hermanos de Joseph, lucharon por Birchwood, y entre los tejemanejes legales y las peculiaridades del testamento, por no mencionar la inquebrantable fe en la perfidia que albergaban las dos partes, la contienda fue larga y sucia en extremo. Venció Gabriel, y sus negocios prosperaron. Desmoralizados por la derrota, los Lawless languidecieron. De ser un linaje de terratenientes a convertirse en mercaderes de pueblo había solo un paso. Sin embargo, siempre existe cierta justicia, y, mientras los Lawless crecían sólidos y cuerdos, los Godkin se veían acechados por una locura insaciable y fastuosa, nacida, sospecho, de la necesidad de odiar a alguien digno de su odio, un papel que los Lawless ya no podían desempeñar. Pienso en Simon Godkin, que murió furioso con los dientes hundidos en una corteza de abedul<sup>[1]</sup>, en mi madre chillando en el desván. Pienso en todas las muertes tristes y estériles. Esa violencia recaerá sobre mí, cuando llegue la hora.

La parte de locura congénita de la familia que le había tocado a mi padre adquirió una forma nueva y desesperada. Se empeñó en enamorarse de Beatrice, la hija de John Michael Lawless y, corregidme si me equivoco, la doble sobrina bisnieta de Joseph, el último de los Lawless de Birchwood. Papá, también llamado Joseph, otro de esos ecos destinados a provocar confusión, no consiguió enamorarse, pero se casó con ella de todos modos. ¿Por qué? ¿Acaso tuvo las agallas para atajar de raíz la causa de la locura de los Godkin, poner fin a la enemistad, traer a casa a los Lawless y cerrar el círculo iniciado un siglo atrás? Lo dudo. Quizá se casó con mamá porque su madre, la abuela Godkin, se oponía con uñas y dientes al casamiento, y nunca fue muy propio de Joe lo de dejar pasar una pelea con aquella vieja bruja, la única de nosotros a la que quiso, y espero haber utilizado el verbo correcto. En aquel asunto —afirmaba ella—, era capaz de olerse la sucia trama por parte de los Lawless para recuperar Birchwood por el único medio del que disponían, es decir, la tiranía del coño y su corolario: el seno materno. Y quizá estuviera en lo cierto. John Michael Lawless, detrás de su sumisión, era un viejo y astuto bribón, pero si era él quien repartía las cartas en esa partida —cuya victoria consistiría en trasladar el negocio de

su tienda a la magnífica granja de Birchwood—, se equivocó de naipes y de jugadores. Mi padre no era de los que se dejan tiranizar, la pobre Beatrice tampoco era una amazona, y cualquier trama de los Lawless que pudiera haber existido acabó yéndose a pique con la llama del atormentado y baldío amor que Joseph prendió de manera tan inesperada en su prometida.

Era un hombre apuesto, con abundante cabello oscuro que lucía en un adusto peinado hacia atrás, bigote negro y unos dientes como piedras blancas. ¿Quién se le habría resistido, con ese espíritu cansino, con su desencanto, con ese gracejo sardónico? Beatrice se imaginaba que el conjunto de aquellas cualidades malinterpretadas era lo que con tanto agrado la alarmaba y la emocionaba. Estaba equivocada. Lo que le resultaba fascinante en él, aunque ella ni lo sabía, era aquella angustia sorda pero atroz que lo persiguió durante toda su vida y que, con tal de sobrellevarla, transformó en furia o en pasión, en una inquietante melancolía o en palpable dolor. Esto era lo que ella amaba, a causa de la distorsionada naturaleza del amor, pero por más que al principio le resultara romántica una infelicidad que no aliviaría nada excepto la muerte, no tardaría en percatarse de la insensatez de aquella idea suya. Vivir con alguien aquejado por esa enfermedad supone experimentar compasión y comprensión primero, luego irritación, resentimiento, y en último término una lástima que no se puede distinguir de la repugnancia. ¡Qué romántico!

Cuando aquella mañana de invierno ella se detuvo en las escaleras y lo vio en el vestíbulo con su padre, apenas lo conocía; lo había visto en el pueblo, cabalgando por los campos, había bailado con él dos foxtrots en el baile de una cacería. El viejo Lawless iba encorvado y ponía una sonrisa tonta, entrelazaba las manos delante del pecho mientras Joseph se inclinaba hacia atrás para apartarse de él con la mandíbula tensa en señal de fastidio. Aunque ella no hizo ningún ruido, él la oyó y se dio la vuelta.

—Quiero casarme contigo —le dijo por las buenas.

Muerta de vergüenza, ella notó cómo toda la sangre le subía a la cara. No estaba sorprendida, y eso la sorprendió. Hicieron caso omiso de la empalagosa perorata de su padre y salieron y cruzaron el jardín hacia el huerto. Allí, sumidos en el silencio, permanecieron bajo un árbol negro sin hojas, y ella contempló fascinada cómo Joseph se quitaba lentamente los guantes, dedo a dedo.

—¿Y bien? —preguntó él—. ¿Qué me dices? No voy a arrodillarme, sabes.

Ella no dijo nada, pero se arrojó en sus brazos. Forcejearon con torpeza en un silencio de asombro, los dientes de ella entrechocando con los de él. Él la apartó, asustado por su ferocidad, y se le cayó el sombrero, y tras recogerlo le lanzó su sonrisa despiadada y fría, en la que brillaba el diente de oro, rápidamente dio media vuelta y se perdió entre los árboles. Ella se descubrió temblando y, por primera vez, observó el frío glacial y blanco del aire. Él no se volvió, y ella regresó con el crujido de la escarcha bajo sus zapatillas camino de la casa, ahora transformada hasta el punto de ser irreconocible.

Se casaron en primavera. Ella iba de blanco. En la iglesia, la luz inundaba el ventanal que había tras el altar y esparcía pálidos destellos sobre las losas que la rodeaban. Desconcertada por el enjambre de emociones, vivió la ceremonia convencida de que se hallaba en otra parte. La temblorosa música del órgano la acompañó mientras salía al patio del cementerio, donde el corazón se le paró en seco por un instante al ver que el sol de abril brillaba colorido sobre las lápidas. Joseph lo soportó todo en un estado de cansino aburrimiento que solo consiguió animar una vez, cuando hizo una pausa de cinco segundos contados antes de decir *Sí* al contrato. El pastor lo miró boquiabierto, asintiendo y pronunciando palabras sin sonido en una frenética pantomima, y la madre de Beatrice, que iba a morir al cabo de un año, dejó escapar una bocanada de congoja y se desplomó en su silla de inválida, y, durante años, papá recordaría ese momento con una cálida oleada de rencor.

Casi todos los Lawless asistieron a la boda. Lloraron en la iglesia y permanecieron solemnemente en posición de firmes mientras se tomaban las fotos. En la recepción todos se emborracharon y el tío Teddy, el vividor, atusándose el bigote, entonó canciones de dudoso gusto. Brindaron por la novia y lloraron de nuevo unos en el hombro de otros. Luego retiraron las mesas y comenzó el baile, y una de mis tías se cayó y se rompió el tobillo. Hay que ver lo bien que se lo pasaron. De tanto trabajar en la tienda, todos se habían convertido en tenderos. Los Godkin mantuvieron las distancias. Puede que algunos realmente desaprobaran la boda, pero la mayoría tuvo miedo de asistir por culpa de la abuela Godkin, que se quedó sentada en casa en la misma silla durante todo aquel largo día mientras planeaba cómo darle la bienvenida a Birchwood a la novia de su hijo.

Y menuda bienvenida. Regresaron de un París en flor a un cielo lluvioso y desatado que agitaba los árboles implacable. El jardín estaba empapado, las primeras flores del año habían caído sobre la hierba, sucias y rotas. En la casa no había ningún fuego encendido. Joseph cruzó las habitaciones a grandes zancadas llamando a gritos a Josie, el ama de llaves, a su madre, reclamando la cena. Beatrice tuvo que acarrear las bolsas, enlucidas de pétalos mojados y amarillos, hasta el vestíbulo, y deambuló por la casa sonándose la nariz. En la sala de estar encontró a Joseph, a su madre y a su hermana Martha en pleno enfrentamiento, ciegos de rabia los tres. Los ojos de la anciana parpadearon hacia la puerta abierta, donde mamá rondaba indecisa, y Joseph se volvió y se quedó mirando a su mujer con una mirada gélida.

—*Jesús* —murmuró.

Para ella, aquello supuso una especie de final. Había pensado que la vida sería diferente y por lo tanto mejor, pero solo era diferente, y ni siquiera la diferencia era tan grande. Se ponía a pensar en los momentos en que todo había parecido a punto de cambiar, pero apenas le llegaban retazos, un árbol en invierno, el olor de la primavera en una calle de París, retazos y fragmentos. Los auténticos momentos de transformación, esos los olvidó con el tiempo, mucho antes de que, tres años después, mirase desde la cocina y viese llegar a ese par de tarambanas a estropearle la mañana.





Para ser precisos —¡para ser precisos!—, lo que vio o advirtió en primer lugar fue la línea de caravanas tiradas por caballos y detenidas en la carretera, con sus toldos negros, detrás del seto. Imaginaos su sorpresa, pues no se detenía un viajero ante nuestra imponente verja cada día, y, por si las caravanas no eran suficientes, a continuación tuvo que lidiar con Silas y la gorda. Silas era un sujeto bajito y rollizo, de piernas cortas y rollizas y cabeza grande, barriga grande, y unos mechones de pelo blanco que le asomaban por debajo del ala de un sombrero negro. Llevaba un traje negro que le quedaba demasiado estrecho, y unos guantes de lino blanco. La gorda quedaba atrapada en un vestido de flores sin forma con el dobladillo torcido. Un arco iris de plumas se bamboleaba en su sombrero flexible. Se detuvieron para echarle un vistazo a la casa, y Silas dijo algo, y Angel rio, y por un momento una especie de frivolidad cruel y destartalada se desató en el jardín, como la que se desata en el instante que transcurre entre el trastabillar del reparador de campanarios y su caída sobre los adoquines, cuando una risa generalizada amenaza con irrumpir entre los asistentes a un funeral en el cementerio. Del brazo se dirigieron hacia la puerta delantera, y enseguida mamá ya no pudo verlos, aunque se inclinó sobre el fogón con la mejilla apretada contra la ventana. La campana sonó de manera insistente, y cuando mamá cruzó corriendo el comedor y el vestíbulo hasta el primer descansillo, volvió a verlos, dos figuras grotescas y escorzadas sentadas tranquilamente en la escalera de entrada con la cara vuelta hacia el jardín. Creo que se asustó. ¡Menudo apuro! No les permitiría entrar. Un poco más tarde le dejaría a Josie el esfuerzo de abrir la puerta y recompensar por fin la paciencia de esa pareja.

En el vestíbulo Angel se sentó en una de esas pequeñas sillas antiguas que hay nada más cruzar la puerta, con el culo desbordándose del asiento. Silas permaneció junto a ella con el sombrero apretado entre las puntas de los dedos. Mamá juntó las palmas de las manos y vio cómo se posaba un pequeño mirlo en el escalón iluminado de fuera. Silas la observó en silencio, con humor, con compasión, la cabeza inclinada. Se quitó uno de los guantes y avanzó, se diría que de puntillas, y en el espejo del perchero sin sombreros apareció un instante un rollizo fantasma sonriente. Silas le ofreció su mano sonrosada y regordeta y farfulló unos obsequiosos saludos. Angel abrió la boca y estornudó dos veces de manera escandalosa, entre el ruido de sus tacones en el parqué y el bamboleo de sus plumas. Silas y mamá la ignoraron, y ella

les lanzó una mirada furiosa y sorbió altiva por la nariz. Una diminuta sombra oscureció la entrada, y los tres agacharon la cabeza cuando el pájaro se introdujo en el vestíbulo, ascendió y con un tremendo batir de alas dio media vuelta y desapareció. Silas se llevó una mano al corazón y de nuevo se volvió hacia mamá, con los labios fruncidos, sonriendo ante su propio miedo.

Nítidamente veo, o imagino que veo, tanto da, escenas como esta a través de un cristal. La luz es clara, constante, y no se deshace en puntas ni estrellas al reflejarse en cosas brillantes, sino que reluce en cubos fríos, planos y líneas violeta y líneas dentro de planos, igual que brilla la luz atrapada en un cristal pulido. De hecho, ahora que lo pienso, me parece que no veo a través de un cristal, sino de una combinación de prismas perfectos. Apenas se oye nada, solo de vez en cuando un tenue repiqueteo, un gorjeo lejano, extraño y perturbador. Fuera de mis recuerdos, este silencio y esta armonía, este brillo que encuentro de nuevo en ese segundo mundo silencioso existe, de manera independiente, regido por leyes desconocidas, en las profundidades de los espejos. Así es como recuerdo esas escenas. Si escribo algo diferente a eso, podéis estar seguros de que me lo estoy inventando.

Silas y Angel se marcharon por el camino de entrada con un paso más desenfadado que cuando llegaron, y las caravanas no tardaron en cruzar la verja y atravesar el césped rumbo al campo en barbecho. Hubo gritos y risas, y alguien hizo sonar un silbato de hojalata. En cuanto soltaron a los caballos, estos se dirigieron al césped en busca de hierba dulce. Un niño, o quizá un enano, apareció para espantarlos. Al silbato se le unió un bodhrán<sup>[2]</sup>. Mamá se quedó observando cómo el campamento tomaba forma. El reloj de pie emitió su lento tictac, y delgadas columnas de sombra pendían inmóviles del techo detrás de ella. Al final se volvió, y con un gesto firme y rápido cerró la puerta.

La abuela Godkin permanecía despierta, esperando en el asfixiante refugio de su habitación. Su vigilante silencio ponía a mamá de los nervios al entrar allí cada mañana. No era el alba sobre los campos lo que iniciaba el día en Birchwood, sino la primera luz que surgía del dormitorio de la abuela Godkin. Mamá corría las cortinas. Esa era su tarea. En aquella época nuestra casa seguía un ritual. La anciana tosía y farfullaba, fingiendo despertarse, y se revolvía bajo las mantas, hasta que mamá le colocaba el almohadón en la cabecera y la dejaba bien apoyada.

—Ya está.

—¡Ah, eres tú! —la abuela Godkin soltaba una tos seca—. ¿Y bien?

—Ya ha salido el sol.

—Muy bien. No he pegado ojo en toda la noche. ¡Menudos dolores! ¿Qué hora es?

—Las ocho.

—Te lo has tomado con calma. ¿Y mi té?

—Ya viene.

El diálogo apenas variaba de un día para otro. Cuando terminaba, ya no sabían

qué decir. Mamá volvía a la ventana, mientras la anciana rascaba el cubrecama con las uñas y miraba de un lado a otro con expresión ausente. La suya era una relación curiosa. Antes de conocer a Beatrice, la abuela Godkin se la había imaginado como una zorra insensible de ojos azules. ¡Menuda batalla campal mantendrían! Lustró las armas y esperó. El día de la boda, cuando se quedó sentada mirando el jardín, ardía de entusiasmo. La auténtica Beatrice, una criatura amable que se había dejado cegar por su pasión por mi padre, resultó una amarga decepción, pero la anciana se negó a renunciar a sus sueños de que corriera la sangre y lanzó su ataque de todos modos. Mamá, confundiendo lo que se esperaba de ella, fingía que las cosas eran diferentes, procuraba mostrarse agradable, respondía a lo que ella quería oír, no a lo que se decía, sonreía, sonreía, y rabiaba en sueños. Dicha táctica era imbatible debido a su inocencia, y la abuela Godkin, entre la furia y el desconcierto, la tomaba con su hijo y gritaba: *¡No tiene estilo, no tiene estilo!* Joseph sonreía, encendía un cigarrillo y salía al jardín. Algo se plegaba dentro de su madre, se ponía a gruñir y comenzaba a morir, y al final acabó descubriendo su mejor arma, pues Beatrice sabía, sin saber cómo, que estaba matando a la anciana. Joseph, un tanto divertido, observaba ese inesperado giro en el curso de la guerra y, cuando Beatrice mencionaba con aire culpable el declive de su madre, él también le sonreía y decía que ella nunca moriría, *no, querida, no mientras te tenga a ti*. Lo que podría haber resultado cierto de no haber sido porque la casa, harta ya de aquella anciana enloquecida, finalmente se volvió en su contra y acabó con ella.

Se oyó como si alguien rascara la puerta del dormitorio, que se abrió lo bastante para permitir que asomara el cráneo marchito del abuelo Godkin. Mi abuela le dio la espalda. Aquella anciana pareja no podía recordar la última vez que habían hablado, lo que no significaba que no tuvieran sus suspicacias, aunque a menudo se me ocurría que quizá cada uno de ellos pensaba que el otro había muerto y volvía en forma de fantasma rencoroso y tenaz. Aún con solo la cabeza asomada a la puerta, el abuelo Godkin le guiñó un ojo a mamá, que había apartado la vista de la ventana con repentina alarma.

—Hoy estamos de morros, ¿no? —preguntó él, y asintió en dirección a su mujer.

Retiró la cabeza, con sus cuatro pelos anaranjados, y el gorgoteo de una flema en el pasillo delató su risa secreta. Era un anciano menudo y malvado. De nuevo apareció su cara de duendecillo, y ya estaba hablando cuando mamá comenzó a negar con la cabeza para llamar su atención de manera urgente y silenciosa.

—Veo que los gitanos se han instalado en el jardín.

Otra retirada, otra carcajada, y esta vez se cerró la puerta. Los ojos y la boca de la abuela Godkin se abrieron de golpe...

—*¿Dónde está esa Josie?* —farfulló mamá, y se marchó. Estaba en el pasillo antes de que la anciana comenzara a rebuznar. La cabeza gris y desgredada de Josie surgió en las escaleras; se detuvo, derramando el té en el platillo, y se puso a escuchar el alboroto del dormitorio con una media sonrisa funesta.

—¿Qué le pasa ahora? —preguntó.

—Llévale el té, Josie, llévaselo —contestó su ama en tono cansado. Pobre mamá.

Salió al jardín, a la luz manchada y al canto de los pájaros, y caminó por el césped hasta la linde del bosque. Un viento procedente del mar azotó las copas de los árboles hasta juntarlas y dibujó círculos con las hojas de mayo caídas sobre la hierba. Nockter, el jardinero, un hombre cuadrado y corpulento, estaba arrodillado en los arriates arrancando las malas hierbas que florecían entre las violetas.

—M-m-magnífico día, señora.

—Sí, espléndido.

Se apartó un poco de ella y regresó a su tarea, nervioso por culpa de la sonrisa plácida y demente de mi madre.

Mamá se sentó en el asiento de hierro que había en la pequeña pérgola, bajo las lilas. Un grillo precoz cantó entre las campánulas. Ella oyó sin oír la música que se desvanecía en el campo en barbecho. Todo estaba quieto en su pequeña capilla, mientras fuera la primavera susurraba en las hojas, en las chimeneas, aullaba a través de las altas hierbas, bajo los árboles. La primavera. Percibo la escena y no, no sé cómo explicar que el día oscila entre el silencio y ese canto primaveral, esos momentos tan escasos, cuando parece que a pesar de todo podríamos perdonar al mundo por todo lo que no es. La abuela Godkin se acercó por el césped, la mandíbula temblando furiosa. Iba vestida de negro y lucía un broche blanco en el cuello. Un paso sí y otro no, hundía el bastón en el suelo y lo arrancaba con fuerza cuando quedaba atrás.

—¡Gitanos! —gritó—. ¡Y tú los has dejado entrar!

Mamá no dijo nada. La anciana se sentó junto a ella en el banco.

—Tú los has dejado entrar —suspiró, ahora lastimera, hundiendo sus finos hombros, sus omoplatos plegándose como alas arrugadas.

Ese paso de la cólera a una cansina tristeza fue un ataque bien ensayado al blando corazón de mamá, pero mamá ya no estaba para juegos. Algo extraño ocurría, un silencio plomizo iba cayendo a su alrededor. Recorrió el jardín con una mirada cautelosa y murmuró distraída:

—No son gitanos. Es un circo. Podría estar bien. ¿Qué daño...?

—¿Qué daño? —chilló la abuela Godkin—. ¿Qué *daño*? ¡Mira!

La sombra de una nube cruzó el campo en barbecho y a través de esa penumbra vieron marchar a una banda andrajosa. Había un joven de aspecto huraño, dos extrañas chicas pálidas y el niño o enano. ¿Estaban allí también los demás, esas mujeres, figuras grotescas? La abuela Godkin se puso en pie y blandió su bastón contra ellos, graznando de furia y de miedo.

—¡Jesús, María y José, nos matarán a todos!

Una bandada de pájaros alzó el vuelo sobre los árboles en medio de un estrépito de alas. La abuela Godkin huyó y mamá cruzó las manos en el regazo, cerró los ojos y sonrió. La ruina, la masacre y la sangre, polvo de ladrillo, mil briznas de cristal

hecho añicos, la parhilera partiéndose..., ¡las amapolas! ¡De repente las veo, como un campo de sangre!

Aquel día iba a ser famoso para siempre en la historia de Birchwood, y con razón. ¡Una invasión, nada menos! A la abuela Godkin se le dislocó el hombro por el retroceso de la escopeta que disparó contra los invasores. El abuelo Godkin se encerró en un aseo, donde lo encontraron horas después de la batalla paralizado en la taza y soltando espuma por la boca. A un policía le abrieron la crisma con un bastón de fresno. Beatrice reía y reía. Y yo nací.

Cuando papá llegó a casa aquella noche, Nockter lo fue a recibir a la carretera para darle la noticia. Qué espléndida figura debió de componer mi padre, con su pelo negro, los ojos muy abiertos y enseñando los dientes mientras irrumpía en el camino de entrada a lomos de su corcel negro, entre el repiqueteo de los cascos, la gravilla volando, los faldones de la chaqueta restallando al viento, eso es algo que ya no se ve hoy en día. Desmontó junto a la fuente, lanzó las riendas y, en el repentino silencio, se detuvo y escuchó un grito en la parte superior de la casa, una especie de tos enferma, y en una ventana de arriba levantaron a un niño desnudo, cuyos puñitos aún temblaban. Se oyó otro grito, más débil que el primero, y cuando cesó, y cesaron los ecos, un silencio como un cuerno vacío resonó por toda la casa.

Una hilera de altos árboles temblorosos, un campo tortuoso salpicado de flores, y figuras bajo el sol alejándose por el camino. El mar estaba cerca, una voz tenue y balsámica. El suelo cubierto de hierba me sustentaba con admirable firmeza. Un halcón en lo alto del cielo giraba muy despacio en arcos descendentes alrededor de un campanario de aire. Una risa lejana tintineaba como el sonido de esquiras de cristal cayendo en el agua. El halcón se detuvo en su vuelo, batiendo las alas, suspendido en el aire, y a continuación cayó en picado hacia la tierra. Un diminuto chillido desgarró el silencio como una fría aguja de acero. El pájaro volvió a remontar el vuelo y ascendió penosamente por el aire azul pálido.

—Aquí estás —murmuró mamá, inclinándose sobre mí, y una primula se deslizó del ramo que ahogaba en el puño y cayó sobre mi regazo—. Ya te veo, señorito.

Este es, creo, el primer recuerdo de mi última vida. Lo que mejor recuerdo sería mejor olvidarlo, pero los fragmentos que permanecen de los primeros años los guardo con un celo que se vuelve más frenético conforme me hago mayor, pues los estoy olvidando. Mamá llevaba un vestido largo de una tela frágil color crema y un sombrero amarillo de ala ancha. Tenía los dedos manchados del polvo de las flores. Había polvo en la carretera. Un hombre montado en una alta bicicleta de hierro pasó junto a nosotros y levantó la gorra con gesto solemne. Altos tallos de hierba se erguían muy rectos e inmóviles en la maraña de setos.

—Y cuando seas capaz, cantarás una canción, ¿a que sí? Y también bailarás para tu mamá, porque la quieres.

Hablaba como en un susurro, casi suspirando, como si divulgara un gran secreto. Esa mujer a la que, en la inocencia de mi corazón, llamaba madre era... ¿qué? Alta, muy delgada, con un espléndido pelo castaño muy largo que cada mañana se recogía en un moño bruñido a la altura de la nuca y cada noche deshacía de nuevo. En el oscuro pasado, igual que en un Rembrandt, hay un rincón iluminado en el que su pelo resbala suavemente en silencio en torno a sus hombros bajo el polvo amarillo de la lámpara. No la recuerdo ni joven ni vieja, sino en unos eternos treinta y tantos, podríamos decir, torpe y sin embargo grácil, con unas manos perfectas, sí, grácil y torpe al mismo tiempo, soy incapaz de expresarlo mejor. Creo que tenía una cara hermosa, alargada y fina, pálida como un papel, con ojos grandes y oscuros que, años después, me observarían tímidamente, asombrados del amor que no podía evitar

sentir por una criatura tan peculiar e inabordable como yo. Palabras. No puedo verla. Cuando lo intento, no puedo verla, quiero decir que no encuentro ninguna forma sólida de ella, como sí encuentro la de la abuela Godkin, por ejemplo, o la de mi padre, dos personas que vibran en la mente como estrellas inevitables. Mamá no parece haber dejado nada de su yo esencial. Solo regresan las cosas que la rodeaban, imbuidas de su presencia, la bella perspectiva de unos árboles, un guante doblado, la luz del atardecer, un sombrero amarillo que se posa lenta y suavemente en un charco de sol sobre una mesa verde. Es como si no hubiera muerto, como si se hubiera dispersado como vapor dentro de los objetos más duraderos que podía reclamar, como si de hecho nunca hubiera existido, al menos lo que llamamos existir.

Un camino discurre entre el bosque hasta la casita de verano que hay junto al lago. Allí se sentaba la abuela Godkin, a una mesa junto a la ventana que se asomaba al agua, un cráneo pálido que flotaba entre los reflejos aún más pálidos de los árboles y el cielo en el cristal. Pasaba allí casi todos los días del año cuando el tiempo era clemente, pero cómo los pasaba era un secreto, pues nunca la pillaban desprevenida, sino como la vemos ahora, vigilante y silenciosa, con el solitario, su coartada, extendido ante ella sobre el fieltro verde gastado.

—Ah, ven y dale un beso a tu pobre abuela.

No deseo hacerla quedar como un ogro, pero su sonrisa era horrible, realmente horrible, una especie de mirada maligna hecha trizas. Olía a menta y a polvo, y la mandíbula que yo besaba temblaba de fiebres palúdicas. No sé cómo, pero la había conquistado..., había conquistado su estima, iba a decir amor, pero los Godkin amaban tan solo a aquellos contra los que podían luchar, y yo todavía era demasiado pequeño para eso. Quizá encontraba en mi infancia un eco de su propia senilidad. Durante un rato estuvo parlotando, asintiendo con su mirada maligna y hurgándome con sus garras en una torpe imitación de ternura, hasta que me aparté de ella y quedé en silencio. Mamá se sentó en una silla de mimbre y colocó su sombrero sobre la mesa, y la anciana volvió su atención hacia mí en otro intento de arrancarme alguna señal de afecto.

—Y dime, dime una cosa, ¿a quién quieres más?

No contesté, estaba absorto en la sorprendente y amenazante complejidad de una túpula que se lanzaba enloquecida contra una esquina del cristal de la ventana, lo que fue una pequeña coincidencia, pues pronto distinguí, más allá del insecto que daba vueltas, a mi propio padre de piernas largas<sup>[3]</sup> acercándose a través del bosque. La abuela Godkin también lo vio, y la oímos sorber fríamente por la nariz. Mi padre cerró la puerta con suavidad nada más entrar, y sin mirar a ninguno de nosotros rebasó a paso lento la mesa con los pulgares hundidos en los bolsillos de su ajustado chaleco negro. Siempre me daba la impresión, incluso en sus peores ataques de furia, de que estaba recordando algún chiste viejo y malo. Una vez, en medio de una bronca con la tía Martha, cuando ella le arrojó un cenicero a la cabeza, apretó de golpe los dientes en mitad de un aullido de furia, dio media vuelta y salió al jardín. Nos

quedamos en silencio sobrecogidos de horror y escuchamos tronar su carcajada en la oscuridad perfumada de flores del exterior, mientras yo, encogido de miedo en mi rincón, sentía cómo mi cara dibujaba una sonrisa desahogada e incontrolable ante esa insinuación de esplendor, violencia y dolor.

—¿Y bien? —dijo la abuela Godkin sin perder la calma—. ¿Ya has conseguido que acabemos en el hospicio?

Papá, silbando muy flojo, enarcó las cejas y la miró, pero siguió caminando. Mamá pareció interesarse de pronto vivamente en sus uñas.

—¿Y bien? —volvió a preguntar la anciana.

Él se detuvo detrás de ella y miró las cartas, mientras seguía con el pie el ritmo de una melodía silenciosa.

—¿El hospicio? —murmuró distraído—. La jota negra sobre la reina roja.

—¡Bah!

Los naipes temblaron y mamá se mordió el labio con aprensión. Mi padre cogió una silla del rincón y se sentó junto a la mesa con las manos sobre las rodillas. Me incliné hacia el hombro de mamá. Los dos se estaban poniendo en guardia, lo vi en la sonrisa pícaro y despiadado de mi padre, y en el convulsivo chasquido de la mandíbula de la abuela Godkin.

—¿Has visto a ese hombre, ya sabes, como-se-llame? —preguntó mamá, intentando desviar la conversación hacia un tema sin interés.

Papá encendió uno de sus pequeños puros oscuros. El humo, una paloma azulada, quedó flotando un momento sobre la mesa y a continuación ascendió lentamente hacia las sombras.

—Un sujeto muy educado —dijo mi padre—. Muy educado. Me invitó a comer bacon y col en Regan's. *Sé, señor Godkin, que es usted un hombre en el que se puede confiar* —la abuela Godkin soltó una risita—. Le he vendido la pradera alargada —añadió papá tranquilamente.

Esperamos la reacción de la abuela Godkin. Se quedó observando las cartas y desplazó la dentadura postiza. O bien no había oído el último comentario de papá o bien no había captado la importancia de las palabras.

—¡Confiar! —dijo—. ¡Bah!

No habría riña, no aquel día. Mamá, con una mano posada levemente sobre la rodilla, se relajó y se recostó en la silla, alzando el rostro hacia la ventana y el cielo azul claro. La abuela Godkin, cuyos pensamientos estaban ahora muy lejos, barajó y barajó los naipes, cada vez más despacio. Emitieron un sonido sedoso, los naipes, al encajar en el mazo. Mi padre, con sus piernas largas cruzadas de manera elegante, fumaba en silencio, los ojos caídos. El sol brillaba sobre la mesa, sobre el sombrero amarillo de mamá. Era agradable estar allí, en el silencio de la pequeña habitación polvoriento, rodeado de tumbonas, sombreros de paja y otros fantasmas de veranos olvidados. A menudo, ahora, ya entrada la noche, o mientras trabajo en la casa los días de lluvia, percibo algo suave y persistente que me estruja, y con tristeza y alegría



evoco esa escena, u otras como esa, inundadas de verano y silencio, otro mundo. Olvidando todo lo que sé, intento describir esas cosas, y solo entonces comprendo, de nuevo, que el pasado es incomunicable.

A principios de verano llegaban nubes de mariposas, pequeñas y azules, unas criaturas delicadas. Debía de haber algo en el bosque que las atraía, o en el jardín, a lo mejor alguna rara planta silvestre. Nos acostumbramos a ellas y, cuando se adentraban en la casa y aleteaban torpemente, como flores mecánicas, en torno a nuestras cabezas mientras desayunábamos, era ínfimo el ceño de irritación con el que mamá se levantaba para abrir la ventana y ahuyentarlas. Era muy fácil matarlas, quiero decir que habría sido fácil matarlas mientras se dedicaban a sus cosas en los altramuces y las rosas, pero yo nunca destruí ninguna a sabiendas, no sé por qué. De hecho, con el tiempo me convertí en su protector, su patrón y amigo, y, palpitando en el cuenco de mis manos, las sacaba del vestíbulo antes de que Josie llegara con la mopa para matarlas. Cuando las liberaba en las escaleras, con ese incrédulo salto ebrio que daban al salir de la palma de mi mano, el aire veraniego que flotaba sobre el jardín parecía de repente más luminoso, más alegre y de un tono tan delicado como el sedoso polvo azul cielo que dejaban en mis dedos. Tampoco es que les tuviera ningún cariño, ni que me gustaran. Quería matarlas, pero no lo hacía. Algunos días los dientes me dolían de tantas ganas de matar gratuitamente como tenía, pero no me permitía ese placer, valoraba muchísimo mi beneficencia, y sabía, de todos modos, que si la situación se volvía desesperada nada podría impedirme coger un periódico enrollado, adentrarme una tarde en el bosque y extinguir a golpes toda una especie de lepidópteros, azules y pequeños, mientras ellos dilapidaban los primeros y gloriosos días de verano.

También fue en verano cuando entré en posesión de mi reino. La fecha del calendario se ha perdido, pero en mi mente la ocasión todavía contiene la sonora armonía de una combinación más compleja y menos tangible de números puros. Había un calvero en el bosque, no un calvero, sino un espacio abierto bajo las ramas finas y tristemente caídas de un árbol grande. Mamá estaba sentada en el borde de una tela blanca extendida sobre la hierba, leyendo un libro y espantando moscas imaginarias de su mejilla. Junto a sus menudos pies, mi padre estaba tumbado boca arriba con las manos detrás de la cabeza, casi inmóvil, y sin embargo conseguía dar la impresión de rebotar de manera incansable, tensa, sobre el mullido césped. Yo observaba fascinado ese curioso fenómeno, pero pronto me distrajo el cambiante dibujo de la luz y las hojas sobre la tela, a lo que se añadió otra distracción, que tardé

un poco en identificar, y era que mamá, en diez minutos, no había pasado ni una página de su libro. Era muy extraño. Por fin papá se levantó, se estiró de forma ostentosa y bostezó. El desinterés de mamá en su libro se volvió más intenso, si cabe, y la pillé mirándolo de soslayo con esa expresión furtiva, de congoja, perdidamente enamorada que yo ya conocía tan bien. Tapando el final del bostezo con tres dedos, mi padre observó la coronilla de mi madre, luego el plano inclinado de su mandíbula, y a continuación se dio media vuelta y se alejó entre los árboles, silbando entre dientes, las manos en los bolsillos. Ella no tardó en apartar el libro y seguirlo, como yo sabía que haría. Se habían olvidado de mí.

Nuestro bosque era uno de esos engendros de la naturaleza. Cubría, supongo, una hectárea o hectárea y media de la peor tierra de la granja, una ladera que descendía sinuosa hasta el borde inferior abandonado de una superficie de agua estancada que llamábamos lago. Bajo dos palmos de tierra había un lecho de roca sólido, ese intratable granito por el que es conocida la zona. Sobre ese anfiteatro hostil los árboles crecían mal y deformados, algunos de ellos tan terriblemente retorcidos que se arrastraban horizontalmente por la colina, con las ramas combadas luchando con la maleza, mientras detrás de ellos, a cierta distancia, la roca empujaba de nuevo hacia arriba las raíces que habían conseguido arraigar con gran esfuerzo, cuerpos anómalos y mutilados. También, sobre los troncos hinchados, florecían setas linfáticas entre el musgo empapado, y otras cosas, unos bultos rojizos y glandulares que yo denominaba orejas de enano. Era un lugar espantoso, secreto y excitante, y me gustaba estar allí, y cuando, saciado del aire fétido del bosque más bajo, buscaba la luz del sol en lo alto de la colina, en una cresta elevada, para elevar mi espíritu, me encontraba con la arboleda de abedules, unos arbolillos inquietos y alegres que cantaban en verano, y cuyas ramas desnudas, delicadas como encaje, se veían sacudidas por los vientos invernales.

En cuanto me quedé solo, me puse a arrancar pálidos tallos de hierba del suelo y trituré la carne suave en la boca. De manera tímida, casi imperceptible, me llegaba esa música, palpable y tierna, que produce el bosque en el estío, cuya melodía está siempre un poco más allá del alcance del oído, siempre tentadora. Como en un sueño deambulé a través de los árboles, entre la penumbra azul verdosa. Había moscas, no esas cosas intrincadas y translúcidas que pacían entre los abedules, sino unas bestias de un vívido azul noche con cuerpo quebradizo, que formaban una nube sobre la putrefacción, y también había pájaros negros que chillaban bajo los arbustos. A lo lejos ladraba un perro de manera apática, entre pausas precisas, y oía el sonido de un hacha y otros sonidos demasiado numerosos para nombrarlos. Llegué a la casa de Cotter. Era una casita en ruinas, toda invadida de maleza y espinos, excepto una de las paredes, que tenía un hogar medio en pie y una chimenea hecha pedazos con el tiro ennegrecido a la vista y, sobre la chimenea, un espejo agrietado, un milagro de luz, que observaba impávido por encima de las copas de los árboles. Nunca supe quién era Cotter, pero el nombre sugería..., es igual. Hacía mucho que había muerto,

y en lo que quedaba de su cocina, entre los helechos que allí florecían, las manos pálidas de una mujer apretaban y aflojaban en lánguidos espasmos un culo blanco desnudo por debajo de los faldones levantados de una camisa. La mujer lanzaba grititos sofocados bajo las embestidas del hombre, y, mientras yo miraba, una delicada rama de escaramujo que había junto a ellos, empujada por una brisa extraviada, salió volando, y aparecieron dos mariposas que bailaban de manera solemne. ¡Levantad la cabeza! ¡Observad! La mirada completamente silenciosa, firme y pálida del espejo envió una especie de nota negra y grave que resonó a través de la límpida canción del bosque, y sentí, cómo lo diría, que había descubierto algo terrible y exquisito, de una serenidad inmensa y perturbadora.

Anduve aún más lejos, por caminos desconocidos, y pronto escuché la voz de mamá llamándome, cada grito un poco más cerca. Esperé, y no tardó mucho en bajar corriendo la colina, agitando las manos y con el pelo derramándose a su espalda. Se inclinó hacia mí, me rodeó con el tierno peso de su amor y su preocupación al tiempo que murmuraba algo incoherente en mi oído, palabras cálidas y sonoras, hinchadas como besos. Le ardían las mejillas. Encontramos a papá caminando impaciente bajo el árbol, dando patadas a las hojas y fumando un puro. Los restos del pícnic estaban recogidos y amontonados junto a él. Mientras nos acercábamos se inclinó para recogerlos, y al hacerlo me dirigió esa especie de sonrisa torva que fue el gesto más afectuoso que me dirigió nunca, y que siempre quise evitar y nunca pude, de tan cómplice, penetrante y fría como era. Mamá estaba muy ocupada anudándose el pelo, sacando cosas del cesto para volverlas a meter, enredando para nada, como habría dicho la abuela Godkin. La tela doblada se deshizo debajo de su brazo y se abrió como una flor desgarbada, y de su centro surgió tambaleándose una mariposa azul magullada. Mi madre se quedó un momento inmóvil, y luego, muy lentamente, se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar. «Jesús», dijo papá, sin ninguna emoción en concreto, y se alejó de nosotros. Yo, por mi parte, estaba bastante tranquilo.

Volvimos a casa cada uno a su paso. La zancada larga de mi padre lo llevaba muy por delante de nosotros, y tenía que detenerse e insistirnos para que avanzáramos más deprisa con unas miradas silenciosas y cansinas. Mamá reía, parloteaba y soltaba exclamaciones de admiración ante las flores del seto, tratando con su alegría de que los tres dudáramos de que antes había roto en llanto. Su cháchara me irritaba. Obsesionado con el secreto atisbado bajo el muro de la casa de Cotter, me comportaba con cautela, como un paciente que flota dichoso bajo el efecto de una droga, olvidando el dolor que espera su momento fuera de ese vacío. Oh, no estoy diciendo que hubiera descubierto el amor, ni lo que denominan las verdades de la vida, pues comprendía tan poco lo que había visto como las lágrimas de mamá, no, todo lo que había descubierto era la idea de..., lo llamaré armonía. Cómo explicarlo, no lo sé, pero fue como si en la profunda penumbra del bosque hubiera reconocido un lugar vacío que había estado siempre en mí, esperando, un lugar vacío donde podría

colocar las cosas más dispares, que allí quedarían colgando juntas, de manera quizá no muy elegante, ni cómoda, pero aun así juntas, cantando como serafines.

Y así fue como, mientras recorría el camino de entrada, percibí en mi reino antaño familiar los sutiles tonos de esa nueva música. El sol brillaba sereno en el jardín, exceptuando el rincón junto al columpio, donde los narcisos centelleaban como toques de trompeta. Josie estaba limpiando una ventana del piso de arriba, y el cristal, inundado de cielo, temblaba y se hinchaba recorrido por el trapo. Subimos las escaleras, entramos en el vestíbulo, y mamá, apretándose la frente con una mano, dejó caer un ramillete de primulas sobre una silla y se arrastró hacia su habitación. Poco a poco las flores magulladas se separaron del manojó, cayó una, luego otra, y al final la mitad se desmoronó en una ráfaga sobre la alfombra, y detrás de mí el reloj de pie crujió y chasqueó, y emitió un sonoro acorde de bronce. Escuchad, escuchad, si conozco mi mundo, cosa dudosa, pero si lo conozco, sé que es caótico, malvado y cruel, con leyes forjadas en moldes erróneos, una idea justa que salió mal, un lugar terrible, en resumen, y sin embargo, sin embargo sigue siendo un lugar susceptible de esplendor en esos escasos momentos en los que irrumpe una pequeña luz, y algo queda sin explicar, sin perdonar, simplemente iluminado.

Era en los días de lluvia cuando la casa realmente cobraba vida para mí, como un complicado y sombrío *mahjong*, esos interminables domingos, pues era siempre los domingos cuando una fina llovizna caía todo el día, decolorando el mundo exterior hasta que incluso los árboles negros y la hierba gris se desteñían tras el cristal empañado. Me daban cosas para jugar, soldaditos y tambores de hojalata, un caballito balancín de un rojo intenso con los ollares muy abiertos. Los rompí todos, los tiré todos. ¿Qué eran esas cosas míseras comparadas con Birchwood, de cuyas paredes llorosas podía extraer las brillantes reverberaciones de la fantasía? Podía esconderme en el sarcófago hueco del banco que había en el primer descansillo y observar a través de un agujero las piernas de los miembros de mi familia mientras estas los transportaban arriba y abajo, ignorantes del silencioso espía que tan a menudo, en su fantasía, los hacía caer por las escaleras, entre gritos y una agitación de brazos y piernas, y no fue hasta muchos años después cuando, oculto bajo los sacos del carro, mientras Silas y los demás se paseaban por los jardines a grandes zancadas, saboreé de nuevo el peculiar goce secreto de no ser encontrado, simplemente porque nadie sabía que había que encontrarme. O podía subir al desván, donde el suelo estaba cubierto de chalotas color cobre puestas a secar, donde en una ocasión llevé a cabo una perturbadora y excitante operación quirúrgica a una gran muñeca de trapo, y donde mamá vio la forma negra de su locura avanzando para reclamarla. Mi infancia ha desaparecido para siempre.

El último cumpleaños de la abuela Godkin descubrí, de manera indirecta, que yo heredaría Birchwood. Aquel día la anciana no celebró su longevidad, sino su rencor, pues era increíblemente vieja, y la opinión no expresada aunque general era que si hubiese tenido algún sentido de la decencia estaría muerta, y que solo seguía viviendo para fastidiarnos. A menudo oíamos cómo mi padre, cuando estaba borracho, se preguntaba en un farfullar aprensivo si en realidad su madre no sería inmortal, y mi abuelo, algunos años más joven que ella, la observaba a través del abismo de silencio que los separaba con el aire resentido de quien sospecha que lo están engañando.

Decir que la casa hirvió de actividad todo el día sería una exageración, pero tampoco demasiado, considerando la indolencia que normalmente prevalecía en Birchwood. Mamá se preocupaba, por supuesto, y por tanto se la veía inquieta. Puesto que no comprendía por qué los Godkin se peleaban tanto, no podía hacer nada

para impedir las riñas, por lo que decidió que al menos todos los arreglos que dependieran de ella estarían impecables, y Josie, en la cocina, se volvía hacia las sartenes para ocultar su risa burlona y muda cada vez que su angustiada ama abría la puerta de golpe y gritaba, como respondiendo a alguna protesta no expresada:

—¡Hazlo bien, Josie, *hazlo bien!*

Mi padre había pasado casi todo el día fuera, en otra de sus misteriosas y frecuentes visitas a la ciudad. Se decía que allí mantenía a una mujer, o a varias, pero eso no podía ser cierto, pues la renta que le proporcionaba la granja apenas le daba para mantener a la familia, ni mucho menos a un harén. No sé qué pensaba mamá de sus excursiones, pero aquella noche, conforme la hora de la cena se acercaba peligrosamente y ella entraba desde el jardín a oscuras con el pelo goteando y los brazos llenos de húmedos crisantemos cobrizos para la mesa, se detuvo, o debería decir que titubeó, y desde la puerta abierta observó el camino de entrada vacío, y dibujó una sonrisa valerosamente triste mientras mentía:

—Creo que veo venir a tu padre, ¿no?

Entré con ella en el comedor y me incliné sobre la mesa mientras ella disponía las flores en el cuenco. El abuelo Godkin deambulaba con aire culpable junto a la vitrina de palisandro que había en el rincón, arrastrando los pies, resollando y suspirando, dándose unos golpecitos nerviosos en los bolsillos de la chaqueta. Los crisantemos relucían en la penumbra como si tuvieran vida y recogían la última luz del atardecer. Parecían cantar, esas flores espléndidas y brillantes, y yo no podía apartar los ojos de ellas. Cuando busco en el pasado, es en momentos como ese cuando me descubro como era entonces, un muchacho apasionado de pie con los tobillos cruzados y un brazo apoyado en la mesa sosteniendo su cabeza inclinada, mirando solemnemente el celeste luminoso de un sueño, o saliendo de la habitación con paso grave, las piernas rígidas, parándome mientras el abuelo Godkin ríe de manera furtiva, y girando la cabeza para ver cómo mamá se volvía lentamente hacia el anciano con sus grandes ojos afligidos y gemía en voz baja:

—¡Simon! ¿Has estado bebiendo?

Mi abuela se había ataviado para la ocasión con un vestido de noche de bombasí adornado con plumas. Entró tambaleándose en el comedor sobre sus botas negras abotonadas de tacón, y el abuelo Godkin se llevó una mano a la cara y la observó entre los dedos, temblando con un alborozo reprimido. La anciana se lo quedó mirando y le dijo a mamá, no sin cierta cruel satisfacción:

—De nuevo trompa, ya veo.

Se colocó en la cabecera de la mesa, y me permitieron acercarme a ella para que me besara la mejilla y le diera mi regalo, un cuadro que yo mismo había pintado en el que se veía un caballo carmesí con tres patas azules. Sostuvo mi cabeza entre sus brazos y se meció adelante y atrás en la silla, emitiendo un extraño arrullo ahogado, como un gozne oxidado. Me aparté de ella con desagrado y me di la vuelta para alejarme. Mamá me dio un codazo en la zona lumbar. Se supone que yo debía cantar

«Cumpleaños feliz», pero después de haber soportado la indignidad de ese abrazo, que me ahorquen si iba a conseguir que de mí saliera música alguna. Me fui corriendo.

Cuando papá regresó, yo estaba acurrucado en el asiento que había junto a la ventana del descansillo, rodeándome las rodillas con los brazos y observando cómo la lluvia color mercurio resbalaba por el cristal negro. Miré el vestíbulo oscuro entre los balaústres a tiempo de distinguir cómo su figura escorzada chocaba con una silla y esta salía rebotada dando vueltas, y oí su feroz y susurrado *¡Jesús!* Mamá salió del comedor y lanzó una mirada nerviosa a su espalda antes de cerrar la puerta.

—¿Estás bien?

Mi padre se balanceaba sobre una pierna, frotándose la rodilla, y no contestó.

—¿Estás...?

—¡Estoy estupendamente, estupendamente! —la rodeó para dirigirse a la puerta, pero ella le tiró de la manga y susurró con urgencia algo en su oído. Él negó con la cabeza en un gesto de irritación—. ¡Ni una gota, ya te lo digo!

Entraron y yo bajé a rastras. Josie avanzaba entre las sombras transportando una maloliente bandeja de comida, y se agachó y acercó el oído a la mirilla mientras me lanzaba un guiño conspirador.

—¡Lío! —murmuró alegre.

Las actividades de mi familia proporcionaban a Josie una sórdida diversión. Llevaba años con nosotros. Se apellidaba Cotter. Decían que tenía un marido en alguna parte. Empujó la puerta con el pie y entró. Enmarcados por el umbral, la mesa y los celebrantes flotaban en un pequeño refugio iluminado por las velas. Mamá se sentó de cara a la chimenea dándome la espalda. El ojo izquierdo del abuelo Godkin se volvió de repente hacia mí con una alarmante vacuidad. De mi abuela pude ver su afilada carita de rasgos incorpóreos suspendida sobre el plato. Papá estaba junto a la mesa con una mano en el bolsillo y la otra sujetando una copa donde parpadeaba una docena de ojos de oro y ámbar. Josie amontonaba comida en los platos de los presentes. La abuela Godkin escrutó su porción con suspicacia y dijo:

—Supongo que no te remuerde la conciencia, Joseph, vender algo que no es tuyo... ¿Se supone que esto es pollo? —levantó los ojos y le dirigió a papá una mirada iracunda y torva—. ¡Te digo que no es tuyo y no lo puedes vender!

Papá sonrió.

—*¡Todavía no!* —dijo alegremente.

La abuela Godkin levantó los brazos horrorizada y se volvió hacia mamá:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Beatrice, lo has oído, ha deseado la muerte de su propio padre!

Mamá no dijo nada, pero emitió un repentino y lúgubre sollozo y se cubrió la boca con la mano antes de agachar la cabeza. Josie se llevó la bandeja vacía. Mi padre terminó su copa y se alejó tranquilamente hacia las sombras. El abuelo Godkin soltó un discreto pedo. Todos esos eran mis seres queridos. El pálido resplandor de las velas parecía investirlos de una viveza taciturna pero apasionada, los



intensificaba, y para mí de repente se convirtieron en criaturas con una vida aparte, que seguirían existiendo incluso cuando yo no estuviera allí para imaginarlos, y reconocí, quizá por primera vez, la naturaleza remota, inmutable y persistente del amor que desperdiicé en ellos, como si yo anduviera sobrado de amor. La abuela Godkin, rechinando las mandíbulas en un prelude a su siguiente ofensiva, señaló a mi invisible padre en tono acusador con una pata de pollo. Mamá levantó la cabeza y tapó la mirada vidriosa y fija de la abuela, y entonces, ah entonces, Josie cerró la puerta y ya no pude ver esa nueva mitología.

Me fui a la cama invadido por una vaga excitación, consciente de que una nueva y misteriosa eminencia había surgido en mi vida. *Todavía no*. Aunque no comprendía nada, aquellas dos palabras que papá había pronunciado tan a la ligera centelleaban en mi mente como relucientes cuchillos que ni siquiera él pudo desafilarse cuando, aquella noche, ya muy tarde, entró en mi habitación y permaneció de pie junto a la cama, en la oscuridad, respirando pesadamente y meciéndose sobre los pies. Se quedó mirando a su hijo, que él creía dormido, y susurró:

—¿A quién perteneces, chico, de quién eres, eh?

Así que Birchwood iba a ser mío, hasta ahí lo comprendía, aunque tampoco mucho. Lo que no alcancé a ver era el complot para privarme de mi herencia. La tía Martha era la instigadora y conspiradora principal. Llegó una luminosa y ventosa mañana de junio. Llamaron a la puerta, fuera se oyó un murmullo expectante, y de repente ya estaba en el vestíbulo, gritando para anunciar su presencia, arreglando el pelo color zanahoria de su hijo, dándole una propina a Nockter por haberle llevado las maletas, todo al mismo tiempo, sin dejar de hablar. Era una mujer menuda y apasionada, veloz como un pájaro, con el pelo corto y rojo y una cara pálida y puntiaguda. Mamá la observó con aprensión desde la sala de estar, y tía Martha dejó caer su abrigo al suelo y dio unas palmadas con sus manitas.

—¡Beatrice!

—Martha... Oh.

Corrieron la una hacia la otra y se unieron en un incómodo abrazo. Nockter hizo girar la gorra entre sus dedos y salió del vestíbulo reculando, y tía Martha apartó la mirada de su cuñada y la posó sobre mí con un gritito.

—¡Y este debe de ser Gabriel! ¡Caramba, pero si ya es un hombrecito! Vamos a ser buenos amigos, ¿verdad, Gabriel?

No lo fuimos. Me quedé rígido y callado mientras me abrazaba, procurando apartarme de su pecho aromático.

—Igual que su padre —dijo alegremente, y me soltó sin más ceremonia. A continuación extendió la mano hacia atrás sin mirar y agarró a su hijo—. Este es Michael, y también es igual que su padre, Dios nos perdone. Di «qué tal estás» y procura no babear, querido.

Era un chaval de aspecto extraño, menudo y frágil, con unos ojos brillantes y maliciosos y unos dientes que daban miedo. Fui incapaz de ver en él nada de su madre, exceptuando su piel incongruentemente delicada, de un pálido y perfecto alabastro, casi translúcida. Arrastró los pies mientras aquellos ojos cubiertos por unas pestañas color paja evitaban los nuestros, y tía Martha, mirándolo apesadumbrada, dijo:

—Mi pequeña cruz.

Mamá dedicó una sonrisa tímida al muchacho.

—Pobrecillo —murmuró.

Él le dirigió una mirada rápida, aguda, y volvió a bajar la cabeza. Tía Martha soltó una carcajada que pareció un graznido.

—Oh, Beatrice, tan amable como siempre... —se calló y alzó la vista hacia las escaleras, en lo alto de las cuales permanecía mi padre. Iba en mangas de camisa, sin cuello, con el pelo alborotado, media barba cubierta de espuma, y devolvía una mirada pétrea a la de su hermana—. Hola, querido hermano —dijo ella sin levantar la voz, con lo que yo acabaría llamando su sonrisa de gata, tan fría y calculadora.

Él no contestó. Se limitó a quedarse allí de pie mirándola, con una ceja temblando, y acto seguido regresó al cuarto de baño. El vestíbulo estaba muy silencioso, pendiente de tía Martha. Sus ojos eran apenas una rendija, y algo extraño le había pasado en la boca. Se dio cuenta de que la mirábamos, y se encogió de hombros y se volvió hacia mamá con una alegre sonrisa:

—¡Trissy, cuéntame todas las novedades, quiero saberlo todo! ¿Sigues siendo la única persona cuerda de este manicomio? —mamá se sonrojó y dirigió una mirada nerviosa a lo alto de las escaleras. Tía Martha le puso la mano en el brazo—. No te preocupes por él, la verdad es que no me importa, ahora ya estoy acostumbrada.

No era mi padre quien preocupaba a mamá, sino la abuela Godkin. Había pasado la hora de su té matinal y todavía no le habían descornado las cortinas. Ahora había que elegir entre dejarla en paz hasta que se pusiera hecha una furia o bajarla para que saludara a la hija a la que no veía hacía mucho tiempo. ¡Menuda tesitura! Entramos en la sala.

Las mujeres se sentaron junto al fuego, y tía Martha de inmediato emprendió una jovial narración de sus problemas y penalidades. No presté la menor atención a su tediosa historia. Michael y yo nos quedamos delante de la ventana, sumidos en un cosquilleante silencio, y contemplamos ceñudos el jardín, donde un par de gorriones luchaban como frenéticos juguetes mecánicos. Un callado grito de aburrimiento comenzó a nacer en mi interior, pero también emergió un vago miedo, una vaga sensación de que la llegada de esa virago y su cretino constituían una amenaza. No, eso no es cierto. Solo el ver las cosas en retrospectiva me ha otorgado ese fino olfato para el matiz. Observé al muchacho que tenía al lado. Ya no contemplaba el jardín, pues algo nuevo estaba ocurriendo detrás de nosotros, y yo apenas había tenido tiempo de advertir el silencio que había caído sobre la habitación antes de que me llegara una especie de gemido ahogado, y muy despacio, casi sin poder creer la suerte que teníamos, nos volvimos hacia el fuego. Tía Martha se mordía los nudillos y lloraba, acurrucada patéticamente en su butaca con la cabeza gacha. Mamá estaba de pie a su lado dándole palmaditas en el hombro y emitiendo unos ruiditos incoherentes que pretendían consolarla, y Michael y yo, conteniendo el aliento, dimos un cauto paso hacia delante y observamos llenos de dicha el espectáculo enormemente satisfactorio de un adulto disolviéndose en un charco de pesar.

De todas nuestras historias, la de tía Martha es quizá la más extravagante. Era la oveja negra de los Godkin, si es que esa expresión significa algo cuando se habla de

mi familia. En el pueblo, la consideraban una fresca y una descarada desde que era una niña, y en una ocasión creo que la censuraron desde el púlpito papista en una referencia velada aunque evidente a las malas compañías. Sin embargo, no fue hasta cierto verano de su tierna juventud cuando aportó carnaza roja y auténtica a los chismorreos, y aún no estaba segura del todo de su estado y el pueblo ya sabía, de esa manera misteriosa que tienen los pueblos de saber esas cosas, que estaba esperando una pequeña sorpresa. El infierno se desató en la feliz casa de Birchwood. La abuela Godkin golpeó a su hija en la cabeza con un cepillo para el pelo con mango de plata. Papá regresó de su luna de miel.

Durante nueve largos meses a Martha no se le permitió rebasar los límites de la propiedad. Se pasaba el día deambulando por el bosque, o sentada junto al lago, con una sonrisa secreta y astuta en los ojos, incubando su plan. Su primogénito llegó un primaveral día de tormenta y pánico, cuando el circo invadió Birchwood, y papá, al tiempo que desmontaba aquella noche junto a la fuente, levantó la mirada y vio que alzaban a un recién nacido ante la ventana. En todo caso, ese recién nacido era yo, pero enseguida hubo otro. Tía Martha ya había preparado su partida. Se detuvo el tiempo justo para hablar con papá a puerta cerrada, y a continuación envolvió a su hijo en un arrullo y se marchó. La abuela Godkin se pasó una semana en la cama.

¿Y el misterioso enamorado de Martha? Los rumores habían inspirado una confusa historia, según la cual el líder del Circo Mágico, aquella itinerante *troupe* de farsantes que habían invadido nuestra casa, un tipo llamado Próspero, al parecer un mago, había contado con la entusiasta cooperación de tía Martha para crear ese homúnculo que ahora estaba a mi lado mirando boquiabierto a su madre. No sabría decir en qué se fundaban esos rumores, pero la historia tenía un punto a su favor, que consistía en sostener que la invasión del circo no era ni más ni menos que el intento por parte de Próspero de reclamar su herencia y a su hijo. Bueno, no diré nada. La gente debe tener sus mitos. Algunos dijeron que Próspero era un tullido, otros que tenía una pezuña hendida. ¡Un relato, el favorito, y todavía vigente, decía que era un enano! No obstante, también había quien afirmaba que el mago no existió. Yo no diré nada.

Después de la marcha de tía Martha, la abuela Godkin jamás volvió a pronunciar su nombre hasta que, muchos años más tarde, llegó una carta que anunciaba que la desvergonzada volvía a casa. Entonces mi abuela puso su sonrisa característica y escribió una amable respuesta, y esperó, y ahora Martha había regresado e iba a darme clases particulares de ciencias y humanidades, Dios me asistiera.

Michael y yo permanecemos con los ojos como platos y observamos el borboteo de ese pesar hasta que mamá se volvió al fin y nos lanzó una mirada de reproche. Su mano, a su espalda, donde tía Martha no pudiera verla, indicó la puerta. Salimos a regañadientes de la habitación y subimos las escaleras a paso solemne, como dos severos ancianitos. Este es el descansillo, un amplio espacio alfombrado, idéntico al vestíbulo de abajo, con unas ventanas altas y relucientes que permiten ver la pálida y

temblorosa línea del mar lejano, más allá de los árboles y los campos. Y hay un lago, mira cómo brilla, azotado por el viento. Michael no dijo nada, solo caminó detrás de mí en silencio, volviendo los ojos obedientes hacia donde yo señalaba. Birchwood es una gran casa, tres plantas rematadas por un laberinto de desvanes. Recorrimos los dormitorios vacíos, nos detuvimos ante un espejo picado, junto a un baúl misteriosamente atiborrado de vajilla rota. Le enseñé las estrechas escaleras de atrás que bajaban de manera subrepticia, bajo un linóleo gastado, hasta una sombría bóveda subterránea encajada entre dos puertas, una destartada que se abría al húmedo verdín que avanzaba palmo a palmo desde el patio trasero, y otra de cristal verde que se abría a una palmera enmacetada y a tres altos peldaños que conducían, *voilà!*, al vestíbulo principal. Examinamos las borrosas pinturas de la biblioteca, el busto de un griego ciego sin identificar, las complicadas varillas y los pomos que se utilizaban para cerrar las cristaleras. Josie estaba a cuatro patas bajo la mesa del comedor, inmóvil, mirando al vacío. Nos quedamos en el umbral y la observamos, y a continuación nos retiramos en silencio. Tía Martha todavía lloraba junto al fuego de la sala. Mamá nos lanzó una mirada furibunda. Volvimos a subir las escaleras.

En mi habitación, Michael se sentó en la cama con las manos colgando entre sus rodillas huesudas mientras yo sacaba mis juguetes para su deleite y los colocaba en abanico en el suelo, ante él. Los miramos igual que lo habíamos mirado todo, aburridos y sin habla. En mi imaginación yo permanecía altivo a su lado, de pie, con una mano posada elegantemente en la cadera, y le explicaba cómo estaban las cosas, cabeza de chorlito, esta es mi casa, y estos son mis juguetes, así que no te hagas ilusiones, ¿entendido?

—Tienes muchas cosas —dijo Michael, esbozando una sonrisa que reflejaba un esbozo de burla, aunque si se burlaba de mí o de él no habría sabido decirlo, pero ahora sí lo sé.

Mi juguete máspreciado, si esa es la palabra correcta, era un magnífico puzzle circular de más de dos mil diminutas piezas finísimas. Tras semanas de intermitente labor que variaba entre un furioso y aterrado escarbar entre las piezas y el sonriente desmayo de placer cuando la pieza exacta, la única pieza posible, encajaba en el mosaico, había conseguido formar un espléndido cuadro azul y oro de una madona renacentista, un cuadro que, en el puzzle completo, brillaba con una sensación de luz y pureza, de palpable intensidad, misteriosamente ausente de la imagen gemela reproducida en la tapa de la caja. Ese instrumento de tortura yacía ahora dócil a los pies de Michael, que lo examinaba con vacilantes miradas de soslayo. De repente, antes de que yo pudiera impedirselo, se inclinó y recogió el puzzle formado. Horrorizado, intenté arrancárselo, pero el puzzle se inclinó, se deslizó, pareció colgar intacto en el vacío durante un instante, y luego cayó sobre la alfombra y se hizo pedazos con el más absurdo y desgarrador de los estrépitos. Michael se quedó mirando las piezas mientras movía la boca en silencio. Cualquier color que hubiera tenido en la cara se había desvanecido, dejando una máscara de furia color hueso. La

intensidad de su fiereza sin habla me asustó. Volví a mirar aquel objeto hecho pedazos y me entraron ganas de llorar. ¡Cretino! No era el derroche de trabajo lo que me dolía, sino el inevitable reconocimiento de la fragilidad de toda esa belleza. Me volví sin decir una palabra y salí de la habitación.

Me senté en el peldaño más alto de las escaleras, mi lugar favorito para enfurruñarme, justo a tiempo de ver cómo la abuela Godkin entraba renqueante en la sala. En la casa resonaban voces airadas, se oían portazos, fuertes pisadas. Las riñas de los Godkin siempre eran algo móvil y disperso que se extendía por dos o tres habitaciones al mismo tiempo. Michael se acercó y se sentó en silencio a mi lado. No le hice caso. Abajo, la puerta de la sala se abrió de golpe y mi padre salió a grandes zancadas, se detuvo, levantó la mirada sin vernos, volvió la cabeza en el umbral y gritó:

—¡No!

Cruzó el vestíbulo y desapareció en la biblioteca, y un instante más tarde una mano invisible cerró con delicadeza la puerta de la sala. Michael carraspeó.

—¿Alguna vez has visto hacer juegos malabares?

Ni me digné contestar. El abuelo Godkin salió del comedor y de manera furtiva dirigió el oído hacia la sala de estar, siguió de puntillas a papá hasta la biblioteca, y al momento salió volando y huyó a la parte de atrás de la casa. Michael sacó del bolsillo una pieza de construcción azul desportillada, una canica y una pelota de goma. Se puso a hacer malabares. Al principio con torpeza, pues dejó caer la pelota y se golpeó la nariz con la pieza, pero de repente todo cambió, surgió un ritmo que casi se podía oír, como el batir de las alas de un pájaro, y en sus manos hizo girar un tembloroso aro de luz azul pálido. Su cara levantada brillaba por el esfuerzo de concentración mientras se inclinaba a un lado y a otro, siguiendo la súbita caída de la pieza, el caprichoso vuelo de la pelota, y me descubrí pensando en aire y ángeles, en el silencio, en planos translúcidos de cristal azul pálido en el espacio deslizándose a través de combinaciones ilusorias, relucientes y perfectas. Mi puzle parecía una nadería en comparación con esa belleza, con esa *armonía*. Volvió a abrirse la puerta de la sala y mamá salió acompañada de tía Martha, que sollozaba y sorbía por la nariz. Michael perdió totalmente la concentración y dejó caer la pelota, que descendió por las escaleras en tres altos saltitos y rodó entre los pies de las mujeres. Michael se rio, un ruido extraño, se puso en pie, se dejó caer hacia delante hasta quedar a cuatro patas, y dándose impulso con los pies quedó apoyado tan solo sobre las manos. Y de aquella manera, agitando las piernas, apretando los dientes en una sonrisa invertida, bajó las escaleras. Creo que le vitoreé. Tía Martha levantó la cabeza y descubrió esa cosa grotesca avanzando lentamente hacia ella, y abrió la boca y soltó un chillido mezcla de temor y aflicción. Mamá le rodeó los hombros con el brazo y la llevó al comedor.

Michael recuperó la pelota, se puso de pie y volvió a subir lentamente las escaleras, secándose el sudor de la frente. Se detuvo debajo de mí y se inclinó contra

la barandilla, al tiempo que pasaba la pelota de una mano a otra. Nos quedamos un momento en silencio, hasta que dijo:

—Siempre está llorando —esperó mi respuesta. No se me ocurrió nada que decir. Observamos el techo. Suspiró—: Me irrita.

Soltamos una risita ahogada. Se sentó a mi lado y me entregó la pelota.

—Es difícil hacer malabares con una pelota —dijo—. Es demasiado ligera.

Estuve de acuerdo.

Había esperado, quizá incluso deseado, que la llegada de tía Martha y su hijo transformara de inmediato la vida en Birchwood. Nada es tan sencillo. Las cosas cambiaron, desde luego, pero despacio y de manera sutil. Los rituales matinales, las riñas, las cenas elaboradas y apenas comestibles permanecieron inalterables, pero las pautas tejidas por esas contradanzas de vida se transformaron poco a poco, hasta que toda la malla de énfasis y ecos entre los habitantes de la casa se acabó deformando. Se establecieron nuevas alianzas. La abuela Godkin nos sorprendió a todos aquella primera mañana en la que, tras levantarse a una hora tardía sin precedentes, abrazó a su hija cubierta de lágrimas delante del fuego de la sala y le habló en un tono amable, casi amoroso. Se encerraron en la habitación de la anciana y no se las volvió a ver hasta la noche, cuando a mi abuelo se le permitió entrar en el santuario, otro precedente, al menos en mi época. Más tarde salió entre un mar de lágrimas sensibleras. Mamá no parecía tener muy claro si todo ese cariño y amabilidad la aliviaba o la inquietaba, pero sonrió como siempre, y como siempre pensó lo mejor de la gente. Mi padre deambulaba sin hacer ruido por la casa con una expresión ceñuda de profunda suspicacia. Nada es tan sencillo.

Mi escolarización comenzó casi de inmediato. Conforme a cualquier otro criterio que no fuera el mío, tía Martha era una profesora terrible, pero según el mío era ideal. No tenía ni idea de las materias que se supone debe estudiar un niño, y yo a veces me preguntaba si era consciente de que cosas tan esotéricas como el latín o las fracciones simples existían en algún sentido que pudiera serle de utilidad al joven que estaba a su cargo. Para tía Martha la educación era simplemente un sinónimo de libros, cualquier libro y todos, y puesto que lo que uno leía era irrelevante siempre y cuando leyera, la selección resultaba por completo arbitraria. Al fin y al cabo, yo no llegaría a saberlo todo, por lo que tampoco importaba mucho a qué partes de la gran suma del saber tuviera acceso. El único visto bueno que exigía una materia era que tía Martha no supiese nada de ella, y el espectro de su ignorancia resultaba impresionante. Por ejemplo, estaba convencida de que si alguien zarpaba hacia poniente siguiendo la línea del ecuador, sin jamás tocar tierra firme, alcanzaría el punto del que había partido apareciendo por detrás ochenta días más tarde, o quizá eran setenta y nueve, pues había que calcularlo con algo llamado la línea del cambio de fecha. Verne, por tanto, con la ayuda de Colón y Marco Polo me enseñaron mis confusas nociones de



geografía, no los datos sino su poesía, pues no dibujaban meridianos ni polos, sino una espléndida carta de navegación de sueños. Isabel y Fernando soltaron un brillante globo aerostático en busca de Catay, ese fabuloso rumor de Oriente, y yo los seguí en mis alas de papel.

No me caía bien tía Martha, era una mujer demasiado dura para caerle bien a nadie, pero como durante mi breve vida nadie más que mamá me había hecho caso — aunque a su manera también me había ignorado tratándome como si fuera una extensión de sí misma—, el hecho de que mi tía me dedicara tres horas al día en exclusiva resultaba..., ¿debería decir halagador? El día después de su llegada, en cuanto hubo terminado el desayuno, anunció bruscamente que estaba dispuesta a emprender la gran tarea. El anuncio fue saludado por un cauteloso silencio, y cuando lo intentó de nuevo, por si no lo habíamos oído la primera vez, papá enseñó los dientes en una sonrisa y preguntó con ominosa dulzura si nos iba a permitir digerir el maldito desayuno antes de comenzar a dar órdenes. La reacción de tía Martha consistió en arrojar la servilleta, la inconfundible señal de guerra de los Godkin, pero mamá se puso en pie de un salto y dijo que por supuesto, por supuesto, cuanto antes mejor, no había tiempo que perder, el niño ya iba bastante atrasado, y rápidamente nos llevó a tía Martha y a mí al aula.

Era una sala húmeda y sombría en la parte superior de la casa, una reliquia de esa época desaparecida en la que las mujeres de Birchwood daban a luz batallones de hijos ávidos de saber. Había una docena de pequeños pupitres colocados en tres perfectas hileras de cuatro y encarados a un atril alto y delgado y fabricado con delicadeza, que evocaba, de manera curiosa, el ideal de una institutriz victoriana para cuyo servicio se había construido. Detrás del atril había una gran ventana triangular, en aquel momento plateada por la lluvia, pero que en días radiantes ofrecía una vista especialmente atractiva de los campos hasta la playa y el alegre mar azul. Unas pizarras alargadas ocupaban la anchura de las paredes a derecha e izquierda de los pupitres, una de ellas colgada a más altura que la otra debido a la inclinación del techo. Este desequilibrio añadía un toque de incongruente desenfado a la sobria atmósfera marrón roble de la sala. Josie y su errático trapo para el polvo habían estado allí antes que nosotros, pero las patas del atril todavía estaban envueltas en una intrincada filigrana de telarañas.

—Esto es estupendo —dijo tía Martha sin acabar de creérselo.

El lugar parecía adecuado para alguien con un sentido del deber más estricto que el suyo. Mamá, sonriendo y asintiendo para animarla, salió reculando de la habitación y cerró suavemente la puerta. Me senté en uno de los pupitres. Qué fría y tersa estaba la madera. La lluvia tamborileaba en la ventana, un susurro melancólico. Tía Martha se quedó de pie y miró en torno con los ojos desenfocados, con esa expresión de callada y perpleja desesperación que siempre parece apoderarse de las caras de los adultos cuando sus pensamientos los abandonan. Dibujé formas invisibles en el pupitre con la punta del dedo. El chirriar de la uña en la madera la sacó de su

ensimismamiento. Se acercó a la antigua estufa de aceite del rincón y se acuclilló a su lado, frotándose las manos y farfullando algo en voz baja. Con su falsa sonrisa se volvió hacia mí.

—Bueno, Gabriel, ¿qué sabes y qué no sabes? ¿Qué te gustaría aprender?

Nada. Mamá me había enseñado a leer, un tanto por encima, y naturalmente conocía las oraciones de memoria, pero aparte de esas gracias yo no era más que un pequeño salvaje que sabía comportarse. Me pregunto si he cambiado. He olvidado mis oraciones, eso ya es algo. La flamante sonrisa de tía Martha se estremeció ante mi silencio, y empezó a dar vueltas por el aula, buscando inquieta algo que pudiera interesarme. Abrió un panel deslizante de madera en la pared y encontró una biblioteca oculta.

—Ah, justo lo que necesitamos. Vamos a ver..., qué tal... ¡Puaj! Cuánto polvo. Supongo que ya has leído todos estos libros, ¿verdad? ¿No? Bueno, ya veremos si podemos encontrar algo estimulante, algo realmente...

Dejé de escuchar y con cautela abrí la tapa del pupitre. Dentro hallé un lápiz romo, un cuaderno con las hojas curvadas y amarillas, y una cosa dura, consumida y marrón que parecía una nuez, y que al mirarla más de cerca resultó ser un corazón de manzana de tiempos pretéritos. ¿Quién había dejado allí esas reliquias para que yo las encontrara? Mi imaginación no conseguía disipar ese misterio. Muertos, todos muertos. Sentí un cosquilleo en la columna. Tía Martha por fin escogió un libro y acercó a mi pupitre el que había al lado. Se sentó. El libro se titulaba *Los gemelos Nosecuantos*, algo así, apenas le eché un vistazo. Comenzó a leerlo, y yo coloqué una mano bajo la barbilla y me puse a mirar por la ventana, pensando en el glorioso placer que me proporcionaría aplastar cada uno de esos cristales nacarados. Solo un niño sabe lo que es estar mortalmente aburrido. *Gabriel y Rose vivían en una gran casa junto al mar. Un día, cuando Rose era muy pequeña, desapareció, y Gabriel fue en su busca...* El cristal se hacía pedazos, y sus dagas caían y apuñalaban a Josie en la nuca cuando salía al corral de abajo para alimentar a las gallinas. ¡Qué divertido! Lentamente me di cuenta de que la voz que sonaba en mi oído había quedado en silencio. ¿Gabriel? ¿Rose? ¿Rose? Tía Martha estaba sentada con el libro abierto en una mano, con un dedo se apretaba la mejilla, tenía la cara vuelta hacia mí y me observaba con atención. Tuve la inquietante impresión de que estaba escuchando el tictac de mis pensamientos. Canturreó una breve melodía en voz baja y a continuación dijo:

—¿Nunca echas de menos...? Claro que no, cómo ibas a saberlo... —soltó una carcajada estridente. Parecía nerviosa. Sus dedos danzaban solos sobre el pupitre—. ¡Qué tonta soy! ¿No soy tonta, Gabriel? Dime, dime una cosa, ¿te gustaría tener una hermanita para jugar con ella, mmm? —de repente, para mi desagrado e intensa incomodidad, me rodeó con los brazos. El libro cayó al suelo—. Pobre niño —susurró, y su aliento se derramó por mi mejilla como sirope tibio—. ¡Pobre, pobre niño! —me apartó de ella con esa cálida y vigorosa ternura a la que era tan aficionada

y, cuando me tuvo al extremo de sus brazos extendidos, me miró con los ojos llorosos —. Tu madre dice que nunca lloras...

Clavé la mirada más allá de su hombro y me retorcí despacio, con cautela, para salir de sus garras. Así que nos quedamos sentados un momento, jadeando suavemente. Todo fue muy extraño. Tuve la impresión de que algún suceso singular y vital había tenido lugar sin que yo me diera cuenta. Tía Martha dibujó de repente una sonrisa ladina que reflejó una inexplicable expresión de triunfo. Recogió el libro del suelo.

—Gabriel y Rose...

Su voz me siguió dos tramos de escaleras antes de desvanecerse. En la puerta de la biblioteca mamá me recibió con una expresión de alarma.

—¿Adónde vas? ¿Es que tía Martha...? ¿Gabriel? ¿Qué estás haciendo?

Sobre una mesita baja situada junto a las estanterías había una pequeña fotografía enmarcada de una joven vestida de blanco de pie entre las hojas de un jardín, inclinándose para salir de la profunda sombra de los árboles y adentrarse en un sol neblinoso. En una mano llevaba una flor. Una rosa. ¡Mirad!

La principal razón por la que no me enviaron a una escuela de verdad fue que no nos lo podíamos permitir. Las finanzas de Birchwood iban menguando a la misma velocidad que el interés de papá en la granja, que de todos modos nunca había sido gran cosa. Aún puedo verle, con los dedos manchados de tinta y el cuello de la camisa abierto, el diente de oro reluciente, encorvado en su escritorio de la biblioteca bajo el charco de luz de la lámpara, garabateando como un desesperado entre una montaña de facturas, y un poco más tarde, de pie entre las sombras, donde el cristal entrechocaba de manera furtiva contra el cristal, pasándose los dedos por el pelo, calmándose. Naturalmente nuestro suave descenso hacia la penuria nunca se mencionó, al menos en mi presencia, pero la prueba silenciosa me rodeaba por todas partes, en la pintura agrietada y las baldosas que no se reponían; la podredumbre seca que se iba abriendo paso por el suelo sin que nadie le pusiera freno y subía ya por las escaleras; en el juego de sillas musicales que mamá se traía con los muebles, que iban pasando de las habitaciones delanteras a las traseras en un círculo de creciente degeneración, hasta el día en que, entre crujidos y chasquidos, regresaron a sus lugares de origen y la rueda dejó de girar. Una gotera, precedida de una floreciente mancha gris de humedad, apareció en el techo del aula. Nockter, tras inspeccionar el tejado, informó de que la mitad de las tejas se habían soltado y algunas habían desaparecido del todo. Papá prometió que lo repararía en pocos días, que traería a un hombre del pueblo, pero los días se convirtieron en semanas en las que estudié bajo el complejo acompañamiento del golpeteo y las salpicaduras del agua de lluvia que caía dentro de una batería de tarros de mermelada dispuestos a mi alrededor, hasta que al final tía Martha y yo nos vimos obligados a abandonar el aula para ir a la biblioteca. A continuación, un ejército de ratas puso cerco a la cocina.

La prueba definitiva —el factor decisivo, como suele decirse— de que los Godkin seguían el mismo camino que toda la aristocracia terrateniente era el reciente descaro de los campesinos. Como sabe mi gente, y es una suerte que lo sepa, no hay nada que ponga tanto en su sitio a los irlandeses como una mansión bien equipada. Puede que te desprecien y te odien, pero no tienes más que plantar una casa grande y elegante con muchas ventanas en lo alto de una colina y por Dios que ya los tienes por las pelotas, atontados en un coma que los hace encogerse y tocarse la gorra. Pero ojo. Es una esclavitud frágil. A la primera cerca sin reparar aparecerá la primera risita a tu

espalda cuando salgas de la capilla, un jardín cubierto de maleza hará que sonrían en la verja de la iglesia, y un tejado en visible mal estado los impulsará a la caza furtiva en tus tierras a plena luz, como hacían ahora en las nuestras, despreciando no solo la ley, sino incluso la escopeta de mi padre, que no suponía ninguna amenaza. Ese verano le dio por levantarse temprano, mucho antes del alba, para recorrer el bosque en busca de los lobos que diezmaban su rebaño. A menudo me despertaban sus sigilosos preparativos, el crujir de sus botas en las escaleras, el apagado golpeteo de los cartuchos, el brusco y seco chasquido cuando abría el arma sobre su brazo, y en mi cálido mundo bajo las mantas esos sonidos expresaban exactamente lo que yo consideraba que era el control, el heroísmo y el humor de su empresa. La puerta lateral se cerraba suavemente a su espalda, y el silencio se reestructuraba a la espera de su regreso. Me lo imaginaba avanzando a través de la mañana gélida y negra, cruzando el césped, adentrándose en el bosque tan sigiloso que apenas se le oía, y entonces dejaba de ser lo que yo conocía y se convertía en un elemento de aire y oscuridad, de hojas, algo emocionante y extraño, una fría sonrisa que ardía bajo la quietud de los árboles.

A veces obtenía algún trofeo en su safari, y se presentaba al alba con el hijo aterrado de algún campesino agarrado del pescuezo y un par de faisanes estrangulados colgándole del hombro, pero, por lo que yo sé, a los furtivos nunca les hizo nada peor que advertirles que si alguna vez volvían a asomar las narices cerca de Birchwood, por Dios que acabarían con el culo lleno de perdigones. Dichas advertencias solían caer en saco roto, aunque la verdad es que yo creo que papá lo quería así, pues para él las aves solo eran importantes como cebo para una caza más sutil. Pero recuerdo una mañana temprano en que me despertó un confuso estruendo en el bosque, gritos y señales de alto y el repentino y siniestro retronar de una escopeta, y me acerqué corriendo a la ventana y vi a un anciano menudo de piernas arqueadas y sombrero calado hasta las orejas que salía con gran estrépito de entre los árboles para acabar en el jardín delicadamente iluminado por la luz del amanecer. Sus nítidas huellas verdes en la hierba mojada por el rocío formaban un amplio arco a su espalda mientras corría por el césped en dirección a la esquina de la casa y el sendero que, debía de saber, rodeaba el final del bosque y le permitiría escapar. En una mano llevaba un faisán muerto y en la otra otro pájaro, una becada quizá. Esos objetos alados se agitaban y aleteaban en los extremos de sus brazos extendidos, y daba la impresión de que el propio furtivo iba a echarse a volar. Rebasó la fuente derrapando cuando papá, al tiempo que introducía rápidamente un cartucho en la escopeta, dio un paso a través del hueco que el anciano había abierto entre los árboles. Disparó desde la cadera. Una de las ventanas del piso de abajo se hizo añicos, y en la casa alguien soltó un aullido de soñoliento terror. El furtivo titubeó y miró a su espalda. Delante de él, una figura en bata apareció por la esquina de la casa y se quedó encogida en su camino, brincando excitada. Era el abuelo Godkin. Juraría que escuché un entorchocar de huesos cuando los dos viejales colisionaron. La becada, resucitada

durante un espléndido instante, echó a volar justo entre ellos, dejando un reguero de plumas. El furtivo rebotó contra el abuelo Godkin, trastabilló, recobró el equilibrio, echó el brazo hacia atrás y golpeó al abuelo con el faisán en la sien. Más plumas, ahora un reguero de sangre. El abuelo se tambaleó, cayó redondo de espaldas, y el furtivo saltó por encima de su cuerpo tendido y desapareció, dejando tras de sí el sombrero, que quedó girando lentamente sobre la hierba. Papá, con la escopeta temblando en sus manos, se acercó a su padre caído y lo fulminó con la mirada, y por un momento de locos pensé que iba a dispararle, pero lo único que hizo fue dar media vuelta y regresar a la casa con cuatro zancadas, deteniéndose tan solo, casi sin pensar, para vaciar el segundo cañón de la escopeta en dirección al bosque, formando un irregular agujero en las hojas.

—¡Mierda!

Cuando llegué abajo, estaban depositando al anciano cubierto de sangre sobre un sofá de la sala. Mamá, a medio vestir, caminaba en círculos, muda y pálida. Mi padre farfullaba furiosamente. Tía Martha lo maldijo. Aquello era un pandemónium. Limpiaron la sangre de la cara del abuelo y descubrieron que la mayor parte era del pájaro, aunque ya se le estaba poniendo un magnífico ojo morado, y el pájaro, muerto y todo, le había arrancado una coma pequeña y perfecta del borde de la oreja. El abuelo entreabrió los ojos hasta que solo el blanco fue visible, o debería decir el amarillo, y no dejó de gemir. La ventana contra la que papá había disparado estaba hecha astillas, y la pared detrás del sofá, marcada de perdigones. Le dio una patada a una silla.

—Conozco su cara, y conseguiré su nombre, por Dios que lo haré bailar...

Se calló. Tía Martha, inclinada sobre su padre, había vuelto la cabeza para mirar a papá con un mínimo esbozo de sonrisa. Él le devolvió la mirada. Los ojos se le salían de las órbitas y no dejaba de mover la boca, y de repente se echó a reír, en silencio, sacudiendo los hombros. Salió sin hacer ruido de la habitación. El abuelo Godkin gimoteaba. Nunca se recuperaría de esa aventura al alba.

Los cazadores furtivos eran una cosa, pero mucho más siniestros eran esos otros intrusos que comenzaron a aparecer, misteriosas e incontrolables criaturas que se atisbaban al otro lado del lago o cruzaban los campos rumbo a la playa. Eran varios, cinco o seis, y atravesaban el bosque al anochecer. Lo curioso es que nadie hablaba de ellos, aunque todos debían de haberlos visto, a no ser que yo tuviera visiones. Era como si su presencia los avergonzara. Habrían podido ser fantasmas de no haberse mostrado indiferentes a los sombríos deberes de la fantasmagoría, pues estos visitantes reían y parloteaban, eran casi escandalosos, pero también, cuando lo pienso, poseían una cierta cualidad distante, displicente, que nada tenía que ver con los fantasmas ni con el hecho de que solo se les viera de lejos. Eran como la gente que en la otra punta de una habitación se troncha con una risa que nadie oye y cuyo chiste privado los inviste de un impenetrable dominio de sí mismos. Parecía imposible que temieran a Dios o a los hombres, y quizá era su falta de miedo lo que

nos asustaba, pues de hecho nosotros sí los temíamos. Los ojos de mi padre comenzaron a mostrar esa expresión tensa de quien siempre mira a su espalda, como un hombre perseguido por furias traviesas, y a menudo mamá se quedaba repentinamente en silencio en mitad de una frase y se ponía a mirar por la ventana en dirección al bosque poblado de murmullos.

Creo que fuimos Michael y yo quienes los vimos por primera vez, una lúgubre tarde cerca de la casa de Cotter, donde habíamos encendido un fuego. Nuestra difícil relación había progresado con penosa lentitud a través de silencios que eran como pruebas de resistencia, y breves e incómodas revelaciones que nos dejaban azorados y exhaustos. Yo procuraba que se interesara por las fantásticas posibilidades de la casa, pero él se limitaba a poner su enigmática sonrisa y se apartaba de mí. Incluso entonces, a pesar de nuestro cumpleaños compartido, él era mayor que yo. No había aprendido a vivir entre cuatro paredes. Con frecuencia me lo encontraba completamente inmóvil, apoyado sobre un pie en mitad de una habitación, sin habla y angustiado, mirando con furia lívida los fragmentos de un cenicero o un jarrón que se desperdigaban a sus pies. Estaba obsesionado con el fuego y el agua, con los halcones y otros animales salvajes, y aunque tía Martha lo había excluido de nuestras lecciones solo para humillarlo, pues le gustaba hacer ostentación de que despreciaba a su hijo, él parecía perfectamente feliz de renunciar a los placeres del aprendizaje, y se iba a trabajar a la granja. Ah, pero tampoco es que fuera un paleta, no. Trabajaba en la granja y cazaba con Nockter, bebía cerveza negra en secreto, comía con las manos, pero detrás de sus toscos modales había algo duro, frío e inteligente. Interpretaba un papel, ya veis, igual que los demás, solo que a veces delataba un gélido humor, la cólera acerada, el dolor, esas cosas que lo convertían en un Godkin. No puedo decir que llegara a gustarme, pero entre nosotros existía un vínculo que no podía pasarse por alto por mucho que lo intentáramos, y lo intentábamos. De ahí los silencios, las revelaciones, los repentinos y mutuos ataques a través de la distancia que nos separaba, hasta que nuestra congénita frialdad nos refrenaba del contacto final, esa bofetada blanda que experimenta una criatura humana cuando se entrega a otra.

Michael había ido un tiempo a la escuela y la instrucción religiosa que había sufrido a manos de las monjas formaba la base de muchas de nuestras primeras conversaciones. En una casa en la que la religión, al igual que la caza del zorro, no se consideraba más que una prueba ritual de la indestructibilidad de nuestra clase, mi propia iniciación a los misterios celestiales había sido superficial, por decir algo, y no estaba preparado para el rigor y el salvajismo de ese culto cuyas implacables paradojas las amables monjas le habían expuesto a Michael. Aquel día, en medio del bosque atrofiado, mientras estábamos sentados como ranas junto al fuego, con las orejas enterradas en el cuello de nuestras chaquetas, me habló del infierno. Parece ser que si seguimos los dictados de la naturaleza que Dios nos ha otorgado, nuestra recompensa será freírnos eternamente en un horno dispuesto con todo cariño, mientras que si persistimos en negar la innegable verdad sobre nosotros mismos se

nos permitirá flotar hasta el fin de los tiempos a través de una inmensidad vacía y azul, y nuestra única tarea será adorar al Señor. Un concepto de lo más extraordinario, que nos parecía tronchante, aunque reconocíamos esa gracia solo mediante reflexivos suspiros y lúgubres silencios, que es como se ríen los niños de las rarezas de los adultos.

—Piénsalo —caviló, contemplando las cantarinas llamas—. Asado. Eso sería horrible. Recuerdo que una vez vino un sacerdote a darnos una catequesis de tres días, ya sabes, rezar y todo eso. Recuerdo que llevaba una cruz en el cinturón y no dejaba de jugar con ella, de tirar de ella. Dijo que si nos hacíamos ciertas cosas iríamos a parar a una zona especial del infierno. Supongo que se refería a que nos meterían los tridentes de los demonios por la picha. Era divertido —hizo una pausa y atizó las ascuas con una ramilla chamuscada, esbozando una sonrisa—. ¿Sabes lo que hice? Después de las clases tenía que quemar la basura, detrás del campamento —soltó una risita—. ¡Lo hice dentro del fuego!

¿Qué hizo? Me reí sin tenerlo muy claro, preguntándome a qué podía referirse. Se le ocurrió algo divertido y volvió a reírse.

—*Casi apagué el fuego.*

Entonces los oí. Estaban un poco más arriba que nosotros. Oí sus voces quedas, su suave risa, el crujir de las hojas secas bajo sus pies, y no tardaron en aparecer, asomando a través de los árboles, un hombre grueso y una mujer guapa, una figura alta y delgada enfundada en un abrigo negro, dos chicas y un joven, un niño pequeño. Michael no había apartado los ojos del fuego. Le tiré de la manga y él se volvió, desdichado, irritable, y me soltó:

—¿Qué quieres?

Me encogí de hombros, vagamente enfadado con él, y volví a levantar la vista y observé cómo aquella gente subía la colina en diagonal y desaparecía al otro lado del risco, adentrándose en el bosque de abedules. No estaba asustado, no exactamente, pero sentía una mezcla de excitación y temor, y una sensación de pánico controlado y no desagradable. Me volví hacia Michael con una mirada de interrogación. Él me echó una ojeada y luego apartó la vista, despreocupado.

—¿Qué ocurre? ¿Has visto algo? El fuego se está apagando.

Lo miré fijamente. ¿Por qué iba a mentirme?



Cosieron la oreja del abuelo Godkin y remojaron su ojo morado hasta que volvió a adquirir su tono ictérico, pero no pudieron hacer nada por su cerebro mermado. Ahora arrastraba los pies entre los polos de su existencia, el comedor, el cuarto de baño, su cama, envuelto en un letargo entumecido e impenetrable, y se agachaba para esquivar golpes imaginarios. A veces desaparecía durante horas, y lo descubrían al fin en una habitación cerrada, completamente erguido y con la espalda pegada a la pared, mientras sus ojos asustados emitían un brillo tenue en la penumbra. Esos períodos de catalepsia aterraban a mamá. En el primer año que ella pasó en Birchwood, él sucumbió, si esa es la palabra, a dos ataques epilépticos, y aunque ella no los presencié, estaba convencida de que algún día él se arrojaría a sus pies, mordiendo y echando espuma por la boca, para acabar expirando lentamente, en medio del clamor convulso de sus zapatos y un rechinar de dientes, mientras ella permanecía a su lado sin poder hacer nada, observando horrorizada aquellos ojos apagados y suplicantes. Doc McCabe le había advertido una vez a mi madre que el anciano no debía probar el alcohol. Colocó un candado oxidado en la vitrina de palisandro del comedor, y, segura de haber hallado una cura, salió al vestíbulo y encontró al abuelo Godkin tambaleándose en las escaleras, con las rodillas dobladas y los brazos extendidos, los dedos temblorosos, emitiendo un chillido agudo como de pájaro a través de los dientes apretados, y se vio obligada a admitir por fin que la mente de aquel hombre se había congelado para siempre en el momento de la colisión y el estrépito, las plumas y la sangre, cuando esa enorme criatura alada y furiosa se arrojó contra él en el jardín al amanecer.

El abuelo Godkin se atrevía cada vez menos a salir de su habitación, hasta que acabó permanentemente en la cama. Me obligaban a sentarme con él, supongo que según el principio de que un anciano querría que el portador más joven de su nombre y semilla permaneciera a su lado al final. Sospecho que el abuelo Godkin se las podría haber arreglado sin mí. Esas vigiliás eran insoportables. Él se quedaba inmóvil, observando sus manos sobre el cubrecama con profunda suspiciás, como si estuviera convencido de que le habían metido en la cama a un asesino infinitamente paciente y astuto que solo esperaba una oportunidad para estrangularlo. Yo me sentaba en una silla dura y procuraba estar completamente quieto, pues al menor gesto sus ojos de lagarto me dirigían su mirada ponzoñosa. En aquella habitación a

oscuras el aire era viscoso, teñido de tenues hedores, cera y excremento. Mi indiferencia hacia el anciano se convirtió en odio. Me preguntaba en qué podía estar pensando durante aquellos largos días de inmovilidad y silencio. Los ancianos tienen sus intereses. Coleccionan sellos, cajas de cerillas antiguas, molestan a las niñas, pero lo más que yo podía recordar de su vida era una malévola sonrisa avanzando por el vestíbulo y una cara que miraba el fuego inexpresiva. Había desperdiciado esa abundancia de días, cuyo fruto había extraído y descartado, más feliz con la cáscara. Tanta vacuidad me aterraba, intentaba alejarme sigilosamente de aquellos ojos amarillos que me atravesaban.

Una mañana su estado sufrió un cambio alarmante. Mamá lo encontró incorporado en la cama frotándose las manos con alegría, temblando de entusiasmo. Dios había venido a visitarlo por la noche.

—Qué bien —dijo mamá—. ¿Tenía algo que decirte?

Le lanzó una mirada astuta de soslayo, y de pronto se quedó taciturno, y para cambiar de tema exigió su dentadura postiza en un tono de irritación. Normalmente estaba en un vasito junto a la cama. ¿Dónde se había metido ahora? Mi madre intentó ganarle por la mano.

—Sabes, estoy segura de que al señor Culleton le interesaría mucho oír lo que...

—¡A la mierda! ¿Dónde está mi dentadura?

Mientras él dormía, mamá se había llevado todas las armas peligrosas. Se las devolvió. Pobre mamá, le faltaba tenacidad.

—¿Dónde está Joseph? —gritó el abuelo, entrechocando la dentadura—. Quiero hablar con Joseph.

Pero cuando encontraron a mi padre, el anciano había olvidado lo que quería decirle. Volvió a sumirse en el silencio y se quedó con la mirada perdida. Por la tarde ya deliraba. Nos dijo que una enorme cochinilla daba vueltas por la habitación a paso de elefante y que sus antenas palpaban el aire fétido, buscándole. Al parecer la cochinilla era Dios en su segunda venida. El anciano intentó salir de la cama y hubo que retenerlo por la fuerza. Su cuerpo debilitado ocultaba inesperadas reservas de energía. El vicario y el médico llegaron juntos, como improbables ángeles de la muerte. El reverendo Culleton permaneció cinco minutos a solas con aquel pecador que se deterioraba por momentos, y salió de la habitación realmente impresionado. Doc McCabe, no mucho menos decrepito que su paciente, se limitó a mirar al anciano y negar con la cabeza.

—¿Qué le pasa? —susurró papá. Toda aquella agonía había llegado justo en mitad de una delicada y compleja transacción de tierras.

—Pobre Simon —suspiró el médico—. Hay que ver, parece que fue ayer cuando...

—Sí, sí, pero ¿qué le pasa?

—¡Por amor de Dios, hombre, si es un milagro que esté vivo! Debe de ser fuerte como un mulo —papá bajó la mirada sin convicción hacia el vetusto feto que había

en la cama. McCabe de repente soltó una risa—. ¡No me sorprendería que viviera otro par de años!

Papá cerró lentamente los ojos.

—Jesús —murmuró antes de marcharse.

La abuela Godkin se negó a reconocer que su marido estaba ya en las últimas. Quizá no quería que le recordara su propia e inminente extinción, o quizá simplemente no estaba interesada en la situación del anciano. Yo me inclino por esto último. Se pasaba el día sentada junto al fuego de la sala y recibía los boletines que tía Martha le transmitía desde la habitación del enfermo con una sonrisa tonta.

—¿Qué has dicho, querida...?

Aquella noche me hicieron ir junto al lecho de muerte. El abuelo Godkin quería despedirse de mí. Estuvo un buen rato sin decir nada. Los demás, a mi espalda, comenzaron a ponerse nerviosos. Su mirada me atravesaba y solo veía su eternidad privada azul claro, y era como si ya estuviese muerto, un simple recuerdo, tan delgado y apagado. Al final sus ojos volvieron a enfocarme. Me tomó por mi padre, y dijo muy claramente:

—¡Joe, nunca serás nada más que un manirroto!

Esa fue su despedida. Yo sabía que aquellos silenciosos personajes que me acompañaban esperaban algo de mí, aunque no sabía el qué. Intenté cogerle la mano, pero no me dejó levantarla y volvió la cara hacia la pared, así que me quedé tan solo con uno de sus dedos de papel de estraza y lo agité con aire solemne, y a continuación hui. ¿Le lloré? Supongo que sí, a mi manera. Pero tuve la impresión, como la he tenido en cada muerte, de que algo intangible se me había escurrido entre los dedos antes de descubrir su naturaleza. Todas las muertes ocurren escandalosamente a destiempo. La gente no vive lo suficiente. Llegan y se van, efímeros, sombras que menguan hacia un mediodía vacío y azul.

Un recuerdo apenas digno de mención, pero aquí está, a falta de algo mejor. Me enseñó a montar en bicicleta. Fue en primavera, claro, una tarde de abril, el sol, el viento en los árboles, brotaban los azafranes. Un perro nos seguía, una miserable criatura de barriga hinchada y ojos húmedos. El abuelo Godkin detestaba a los animales, se peleaba con ellos. Aquella tarde se detuvo de repente, se volvió, dio una patada en el suelo y gruñó. El chucho también se detuvo, miró atentamente a mi abuelo con una oreja temblorosa, y de nuevo nos fue detrás. El anciano agarraba la parte posterior del sillín y trotaba a mi lado, resollando y jadeando, lanzándome gritos de aliento. Yo iba con medio culo fuera sobre ese artilugio increíblemente escuálido y poco firme, con el corazón en un puño, pedaleando con furia y sin que aquello me llevara a ninguna parte hasta que el abuelo, con un último y tremendo empujón, me soltó y me hizo continuar solo. El manillar tembló, la rueda delantera chocó con una piedra, yo solté un grito de miedo, y de repente sentí una especie de chasquido, soy incapaz de describirlo, y entonces la bicicleta se transformó en un hermoso y delicado instrumento ligero como el aire. Los tensos radios cantaban. ¡Estaba volando! Ese

amable ascenso contra el aire de la tarde, ese suave avance hacia el azul es lo más cerca que estaremos alguna vez de volar las criaturas terrestres. No duró mucho, caí en una mala posición, aterricé con la entrepierna clavada en la barra del manillar, y la rueda trasera me pasó por encima del pie. Me di la vuelta y observé al abuelo Godkin, que avanzaba hacia mí arrastrando los pies. Hablaba. Supuse que me estaría felicitando.

—¡Casi me disloco la cadera! —gritaba.

Vivió hasta altas horas de la noche, cuando me despertó no un sonido, sino la extraña cualidad del silencio. Había alguien en el pasillo. Me asomé. Una trémula figura pálida descendió las escaleras rápidamente y desapareció. Se abrió la puerta delantera, lo oí, y sentí el fino aire nocturno. Un rayo de luz cruzó el rellano y se apagó de inmediato. El aire transportaba restos de un perfume a madera que al principio no pude identificar, creo que porque me resultaba demasiado familiar. Se oyó un suave susurro seguido de un grito ahogado, y otra figura apareció y trepó a gatas hasta lo alto de la escalera. Bajó furtiva los primeros peldaños, hizo una pausa, y con un gemido casi inaudible se sumió en la oscuridad. Yo volvía a mi habitación cuando oí, bastante más abajo, el ladrido como de un animal que sufre, y cuando me asomé por la ventana lo volví a ver, escabulléndose como un cangrejo lisiado por el césped en dirección al bosque, donde cantaba un pájaro, qué belleza, qué pasión, un ruiseñor quizá, aunque no creo que haya ruiseñores en esta parte del mundo. ¿Estaba a punto de amanecer? Volví a la cama. Humo de cigarro, sí, sí, reconocí, cansado, soñoliento.

Lo encontraron a primera hora de la mañana en el bosque de abedules, acurrucado como un recién nacido en la hierba. Tenía abierta aquella boca estropeada, incrustada de sangre negra, y hasta que no lo movieron no descubrieron, en el árbol que había cerca de donde estaba tendido, la dentadura postiza hundida en la resina, como dos feroces parásitos gemelos y sonrosados en la corteza. Tía Martha vino a mi habitación a darme la noticia. Todo cuanto pude hacer fue sentarme en un costado de la cama, sin hablar y sin fuerzas, con los calcetines en la mano, y quedarme mirando su reluciente camisón blanco, mientras admitía para mí mismo que ya lo sabía, que no había estado soñando. Ella, exasperada por mi apatía, me cogió de los hombros y me zarandeó hasta que me castañetearon las mandíbulas.

—*¿Es que nunca lloras?*

Todavía no.

Cuando el abuelo Godkin falleció, mi padre por fin entró en posesión de su herencia. El mismísimo día en que se leyó el testamento, confirmando su libertad de acción, papá vendió veinte hectáreas al anciano Gaddern de Halfmile House, quien, se rumoreaba, financiaba a los rebeldes de la zona, en parte por simpatía, pero sobre todo para asegurarse su porción del nuevo Estado que advendría con la revolución. Junto con las demás ventas que llevó a cabo a escondidas mientras mi abuelo aún vivía, esta última iniquidad dejó Birchwood mutilado, y ahora el canalla de Gaddern nos tenía rodeados por tres lados, y a la espalda teníamos el mar. Aquella noche papá se emborrachó en la cena y, cuando la abuela Godkin le lanzó su inevitable ataque, él tan solo se reclinó en la silla y se rio de ella, hurgándose los dientes con una cerilla.

—Son tiempos difíciles, madre, tiempos difíciles. Bebe otro vaso de vino.

—¡Vino! Tu padre todavía no está frío en la tumba y tú... tú... Lo único que estabas esperando era que se muriese. ¿De verdad eres humano?

—Sí, a diferencia de ti, demasiado humano. Acércame tu copa, vamos.

La anciana comenzó a lloriquear, de manera no muy convincente, y se volvió hacia tía Martha en busca de apoyo. Si papá era el heredero del abuelo Godkin, a su hermana la preparaban para convertirla en la de la abuela. Alguien tenía que continuar la lucha. Martha, luciendo un espléndido aire amenazante con su traje negro, se dirigió hacia su madre para consolarla.

—Eres un cerdo, Joseph Godkin —dijo mi tía—. Siempre lo has sido.

Él se rio y dio un puñetazo en la mesa.

—Beatrice, ¿lo has oído? Así es como nos agradece haberla acogido a ella y a su mocoso cuando dormían en la calle.

Mamá no levantó la cabeza. Dijo sin alzar la voz:

—Joe, por favor, los chicos...

—Ah, que escuchen, que vean a lo que tendrán que enfrentarse cuando llegue el momento —se volvió hacia su hermana otra vez y la observó con desdén—. Cristo bendito, es para troncharse. Ahora las putas van a caballo.

Tía Martha hizo una mueca de disgusto y no contestó. La abuela Godkin, decepcionada, creo, por la aparente falta de espíritu de su protegida, apartó a su hija de la línea de fuego y gritó:

—Un borracho que no sirve para nada, eso es lo único que eres. *Y que Dios me*

*perdone por haberte engendrado.* ¡Hay que ver!

Papá abrió la boca y volvió a cerrarla, repasándonos muy despacio con la mirada. Evitamos sus ojos. Su mirada incierta nos llenaba de angustia. Resultaba inconcebible que él, la roca sobre la que nuestra fortuna se tambaleaba tan peligrosamente, se hundiera bajo la presión de una simple trifulca familiar. Se oyó el cuchillo de mamá al caer en su plato. Se sonrojó. En ocasiones como esa parecía que su mayor deseo fuera fundirse discretamente con el papel pintado y desaparecer. Michael, encorvado sobre la cena, miraba cauteloso a tía Martha bajo sus cejas pálidas. Papá negó con la cabeza en un gesto cansado y con paso enérgico se acercó a las puertas acristaladas y las abrió a la noche callada. El jardín nos trajo la fragancia de las flores y los árboles, la tierra, una sólida sensualidad que flotaba sobre el aire tibio y denso de la habitación como si fuera un huésped ni invitado ni bienvenido. Papá soltó una risita y se meció sobre los talones.

—Más vale que nos hagamos con cuanto podamos mientras podamos —dijo en voz baja—. Esos se están quedando con todo.

Se metió las manos en los bolsillos y salió a la oscuridad silbando. La abuela Godkin se encogió de hombros y se apretó el chal en torno al cuerpo.

—¡Bobadas de borracho! —soltó—. Sandeces. ¡Beatrice! ¿Quieres cerrar esa ventana antes de que coja un resfriado de muerte?

Obediente, mamá se levantó para dejar fuera la inquietante noche, pero de pronto papá surgió de la oscuridad con una expresión desaforada, los pelos de punta y el traje manchado de barro, una alarmante transfiguración. Empujó a mamá a un lado y se abalanzó contra tía Martha.

—¡Tú! —tronó, y le puso un tembloroso dedo índice bajo la nariz—. Tú y tu mocosos os podéis largar si no os gusta estar aquí. ¡Nada te lo impide!

Tía Martha se cruzó de brazos y se lo quedó mirando sin perder la calma, con un esbozo de sonrisa. A mi padre los ojos se le salían de las órbitas, y dos pequeñas y relucientes manchas carmesí le nacieron en las mejillas. Tenía la corbata retorcida bajo el oído izquierdo. Supe, por una intuición repentina e irrefutable, que había tropezado con la bicicleta que yo había dejado tumbada sobre el césped, y tuve que dirigir la mirada al rostro atormentado de mamá para poder contener la risa.

—*Cerdo* —dijo tía Martha, lanzando la palabra a la cara de papá como si fuera una aguja, y con aire indiferente se quitó un hilo de la manga.

Papá llevó la mano hacia la botella de vino medio vacía que tenía a la espalda, sobre la mesa, y la arrojó hacia la otra punta del comedor. Chocó contra la pared en un sobrio *plof* y salpicó de rojo sangre la espalda de Michael. Una curvilínea esquirra color de rosa describió un arco y aterrizó en el interior de la jarra de agua que había junto al plato de la abuela Godkin, que soltó un chillido asustado. Tía Martha se puso en pie de un salto, dispuesta a lanzar un aullido, pero papá se volvió de repente hacia ella llevándose un dedo admonitorio a los labios. Sonreía. Ella se quedó aterrada, la boca y los ojos muy abiertos, y él apartó el dedo de los labios y lo agitó con gesto

pícaro en su dirección. Después salió sigilosamente de la habitación. Me quedé estupefacto, no por la violencia de mi padre, que tampoco era nada nuevo, sino por algo extraño y cómicamente siniestro que percibí en ese momento de *ballet* que hubo entre ellos, un momento congelado para siempre en la precisa imagen de la sonrisa de él, que aún hoy conservo. Mamá se quedó mirando a su cuñada, y a través de los dientes apretados produjo un extraño sonido, una especie de gruñido, lleno de dolor y celos. Tía Martha le dio la espalda con desaire. *¿Celosa?*

—¿Se ha vuelto loco o qué? —preguntó la abuela Godkin, clavando una mirada irascible a las dos mujeres. Le gustaba iniciar esas riñas y luego fingir que quienes reñían con ella eran poco razonables, casi unos locos—. Es el *delirium tremens* —farfulló—. No hay duda.

—¡Va, cállate! —gritó tía Martha, y hundió las manos en el pelo. Michael, que se lo estaba pasando bien, estiró el cuello y estudió las manchas de vino de su espalda.

Papá regresó. Se había arreglado la corbata y cepillado el pelo, y con una esponja se había quitado el barro del traje. Ocupó su lugar en la cabecera de la mesa. Tía Martha se quedó de pie unos instantes, sin saber si la bronca había terminado, y lanzó una mirada histriónica a mi padre, que no le hizo caso y se sentó. Josie trajo el café.

—Bueno, hombrecitos —dijo papá dirigiéndonos una mirada a Michael y a mí—. Mañana de luto, ¿eh? ¿Todo preparado?

—Sí, tío Joe.

—Eso está bien, muy bien —asintió vigorosamente y vertió azúcar en su taza—. Este año tenemos una buena cosecha.

Lo que me sorprende incluso ahora es que su cordialidad solo era falsa hasta cierto punto, y eso se debía a que no sabía cómo hablar con los niños. Los gritos y la botella rota, eso no era nada. Mamá inició el viaje de la jarra de leche alrededor de la mesa. La abuela Godkin estaba a punto de tomarse su pastilla. Tía Martha bostezó tapándose la boca con los dedos.

—Una buena cosecha —volvió a decir papá, y enterró la nariz en la taza.

Michael me lanzó una mirada. Oí cómo Josie trajinaba con los cacharros en la cocina. La oscuridad se apretó lentamente contra las ventanas. La noche era callada y serena en su vastedad, y traía una promesa de buen tiempo para el día siguiente. La raza humana es extraordinaria.

Papá tenía razón. La cosecha de grosellas negras fue la más copiosa en años. Y suerte, pues por aquel entonces esa fruta era una de las últimas fuentes de ingresos de Birchwood. La tierra sobre la que florecía ya se había vendido, y esa era la última cosecha que obtendríamos. A Michael y a mí nos pusieron al frente de los recolectores, un ejército andrajoso de hijos de arrendatarios y sus abuelas, y unos cuantos decrepitos ancianos que ya no podían desempeñar labores más pesadas. Eran un grupo salvaje y primitivo. Los ancianos estaban medio chalados por el peso de los años y los niños eran tan jovialmente crueles como crías de animales. La conversación giraba casi en exclusiva en torno al sexo y la muerte, y los chicos conseguían una perfecta conjunción de ambas cosas cuando, al anochecer, trasladaban su vida amorosa al cementerio local. Me esquivaban de manera instintiva, me encontraban frío, supongo, o veían en mí a mi padre, pero a Michael lo aceptaron de inmediato. Aquello me sorprendió. Escuchaban sus órdenes y, más asombroso aún, hacían lo que les ordenaba. Incluso se ofrecieron a buscarle una novia. Michael declinó aquella oferta, pues tenía poco interés en los duetos sexuales, ya que era un solista redomado, y fui yo quien hizo una conquista cuando conocí a Rosie.

Por la mañana me levanté temprano, y tras cruzar lagunas de sueño llegué a las escaleras del jardín, donde Michael me esperaba en la carreta con Nockter. El césped estaba empapado de luz y los árboles del bosque se veían inmóviles. Una mariposa de vivos colores zurró el aire sobre la cabeza del caballo. El carro traqueteó por unos senderos de sombras violetas llenos de mirlos, por los bordes de los prados rebosantes de maíz. El canto de los pájaros sacudía el bosque como ráfagas de viento. Todo estaba tranquilo, exceptuando las pequeñas nubes que seguían su curso, y resultaba agradable verse al aire libre en aquella nueva mañana, en medio del olor a aulaga y el centelleo de la hierba, ese halcón, todas esas cosas.

Llegamos a la plantación. Nockter dispuso las enormes balanzas de latón y Michael desenjaezó el caballo, mientras le susurraba al oído. Más allá del ruido del metal y el cuero escuché el lejano resonar de unas voces, y al volverme vi, prado abajo, una concurrencia que se aproximaba, temblando en la neblina, proyectando unos tenues gritos que cruzaban el aire, misteriosos y alegres. Si tan solo, cuando estuvieron junto a mí, cuando yo estuve entre ellos, hubieran conservado un fragmento de la belleza de esa primera visión, podría haberlos amado. Siempre es lo



mismo.

Más que recoger el fruto, lo salvábamos. Bajo sus doseles de hojas, los pesados racimos púrpura se dejaban caer en nuestras manos con una especie de abandono. En la verde penumbra que reinaba bajo los arbustos, donde abundaban las arañas, las bayas se veían espléndidas, dolorosamente vívidas contra las hojas polvorientas, pero una vez arrancadas y en el cesto, su bruñido lustre se desvanecía y una húmeda película blanquecina se posaba en su piel. Si había que comérselas, y al principio nos las comíamos a puñados, era solo en ese estremecedor momento en que se separaban de los tallos cuando conservaban su auténtico sabor, casi sobrenatural. Entonces los gruesos abalorios estallaban en nuestra lengua con una fresca amargura que dejaba nuestros párpados húmedos y la boca inundada, una amargura que todavía me desgarraba el corazón, pues es el mismísimo sabor del tiempo.

Rosie estaba allí con su abuela, una anciana obesa tan malhablada y con una risa tan estentórea que la niña se quedaba helada, avergonzada. Me fijé en ella por primera vez cuando hicimos la pausa de mediodía para comer nuestros sándwiches. Michael y yo nos tumbamos en las altas hierbas de una zanja, eructando y suspirando, contemplando nuestras piernas extendidas y desnudas y los movimientos de los dedos de los pies. Rosie se había sentado un poco más allá, y espantaba con delicadeza tres persistentes moscas que querían apoderarse de un pastel de crema. Tenía el pelo corto y oscuro, y le formaba unos espantosos bucles. Un reguero de pecas surcaba su nariz. Llevaba sandalias y un vestido con margaritas estampadas. Era una criatura hermosa, recia y bronceada. Tras haberse ganado el pastel, se limpió las comisuras de la boca con los dedos y comenzó a comer grosellas negras del cesto que tenía a su lado, lentamente, una por una, separando los labios y reventando cada baya entre sus dientecillos blancos. Un hilo de jugo carmesí empezó a correrle por la barbilla y a gotear, *plop*, en su regazo, manchando de rosa una de las margaritas amarillas.

Volvimos al trabajo. Oí las carcajadas de su abuela alzándose sobre el prado, y por algún proceso misterioso ese horrible ruido se transmutó en una expresión audible de la emoción que hacía temblar mis manos y me aceleraba el corazón.

Así que cada mediodía nos acercamos un poco más el uno al otro, recorriendo ese camino como nadadores que se aproximan a una hermosa isla que no alcanzamos hasta el último día de la cosecha, cuando se habían sumado los pesos y pagado los salarios. Entonces, ocultándose tras la alegría general, se acercó furtivamente a mí, permaneció durante mucho tiempo en un tenso silencio y a continuación dijo sin más:

—He ganado siete chelines y seis peniques.

Abrió la mano y me enseñó las monedas húmedas que tenía en la palma. Fruncí los labios y asentí con gravedad, y aparté la mirada hacia los campos, procurando dar la impresión de que lidiaba con un pensamiento profundo y terrible. A nuestros pies, Michael estaba sentado con la espalda apoyada en la rueda del carro, masticando lentamente un enorme sándwich. Levantó la mirada hacia nosotros durante un instante, con un leve gesto de burla. Rosie se movió y suspiró, entrelazó las manos a

la espalda y comenzó a pulir la punta de la sandalia en la hierba. Tenía las rodillas marcadas de abundantes arañazos rojos, medias lunas de gotas de sangre.

—Eso son noventa kilos —añadió en voz baja— y medio.

Era más de lo que yo había recogido, y estaba a punto de admitirlo cuando de repente Michael se incorporó de un salto y se interpuso entre nosotros, tosió, se subió de un tirón los pantalones y sonrió en dirección al caballo. Lo inesperado de su intrusión hizo que nuestros ojos volvieran a enfocarse, y quienes nos rodeaban se materializaron de nuevo, y la oleada de voces que parloteaban y el tintineo del dinero llenaron nuestros oídos. Rosie se sonrojó y con tristeza, lentamente, se alejó a paso rígido.

Ayudé a Nockter a desmontar la balanza y cargamos las piezas en el carro mientras Michael enjaezaba el caballo. Los recolectores se marcharon bajo el sol poniente. Los seguimos a través del prado y después nos dirigimos a la casa. Nockter le chasqueó la lengua al caballo y sacudió las riendas sobre su lomo. Michael y yo caminamos en silencio junto al carro. Él llevaba el sombrero de Nockter calado hasta la nuca. Llegamos al sendero. En aquel momento me dije que si Michael no se hubiera interpuesto entre nosotros de aquella manera, como un payaso, a lo mejor yo podría, habría podido, bueno, *habría...* Rosie salió de unos arbustos que había en un lateral del camino, por delante de nosotros, arreglándose el vestido. ¡Mi corazón! Nos miró boquiabierta, muy aturullada, echó a andar en una dirección, se dio la vuelta, probó con otra, se detuvo. El carro siguió avanzando con un ruido sordo. Nockter sonrió. Michael empezó a silbar. Yo vacilé, y en mi vergüenza emprendí una especie de baile angustiado, y al final me quedé inmóvil. Ella sonrió tímidamente. Un coro de querubines no del todo sobrios se puso a cantar. Me sentía ridículo.

—Eres muy gracioso —dijo Rosie.

Aquella noche se reunió conmigo en casa de Cotter, seguida de un chaparrón. Las gotas caían como fuego a través de la agonizante luz cobre. Todo el bosque estaba en llamas. Ella habría querido que la encontrara en el cementerio, como un pretendiente normal. Pero por ahí no pasé.

Cuando estaba con Rosie parecía bastante simple estar allí —si es que uno alguna vez puede estar en alguna parte de manera simple—, pero el tiempo lo complica todo. A lo largo de los años, el recuerdo de nuestra aventura, esa dolorosa fuga de éxtasis y sonrisas, ha menguado hasta convertirse en un punto dorado e inmóvil cuya textura en medio de la penumbra que lo rodea es la de una piel desdibujada por el sol que huele a hierba y a flores aplastadas, algo que Alessandro di Mariano<sup>[4]</sup> conocía muy bien, la textura de las alas de los serafines. Aparte de todo eso, la realidad de mi muchacha campesina, con sus uñas mugrientas y sus rizos, parece algo de mal gusto, y supongo que lo que recuerdo no es a ella, sino un ideal iridiscente. Por mucho que lo intento, no consigo ver su cara. Sus otras partes, o al menos algunas, las rememoro vivamente, claro. Esa tarde u otra, en el bosque, hablábamos un rato con excesiva seriedad y con gran dificultad, y después, con tristeza, nos entregábamos al silencio. La cosa tenía muy mala pinta cuando jugué la baza de lo que, para mi sorpresa, resultó ser un triunfo. Le hablé del álgebra. Se me quedó mirando con la boca abierta y unos ojos enormes mientras yo le revelaba los secretos de ese asombroso nuevo mundo, mío, en el que las cifras, tus viejas amigas, las *frizas*, sí, eran sometidas a ejercicios desconcertantes y descabellados. Pongamos que equis es igual a... ¿quééé? Ah sí, gané su corazón gracias a las matemáticas. Rosie todavía estaba considerando esos misteriosos símbolos, sus labios se movían incrédulos, cuando escarbé entre sus fríos muslos pálidos y allí descubrí su íntimo y frágil secreto. Cerró de golpe las piernas como si fueran un cepo y se escabulló de entre mis garras, volvió a sentarse sobre los talones y me escrutó con unos ojos soñadores, angustiados, llenos de reproche, escandalizados, sí, y tumescentes.

—*Eres un guarro* —susurró.

Nuestra aventura, por tanto, se fundaba en el asombro mutuo ante la complejidad de las cosas, mi cerebro, su coño, cosas así. Aventura, de nuevo esa palabra. No debo exagerar. Nos separamos vírgenes. Y sin embargo no lo niego, no niego lo que ella significó para mí. Estuve paseando por la casa y el jardín en medio de una niebla enajenada, ciego a todo excepto a las manecillas del reloj que, con su código de señales lento hasta la exasperación, arrastraba la noche hacia mí a través del tictac de los huesos secos del día. Birchwood y sus habitantes se desintegraban a mi alrededor, y yo apenas me daba cuenta.

Las excursiones de papá a la ciudad habían ido menguando, y últimamente habían cesado por completo. Ahora mostraba un interés nuevo y para mí inquietante por la casa, casi una obsesión. Un buen día anunció un plan para hacer reparaciones. Le pagaría al constructor con media hectárea de árboles madereros. *¡Qué idea tan estupenda!* Se fue al pueblo a pergeñar el asunto y volvió a casa borracho, de muy buen humor, olvidadas ya las reformas. Aquella misma noche se hundió el techo del aula y, cuando Michael y yo fuimos a investigar con mamá, la vacilante luz de las velas nos mostró, en lo alto de la cavidad podrida, un bosque colgante en descomposición de nauseabundos bulbos verdes que se agitaban como algas ante la acometida de las corrientes de aire. Cerramos con llave aquel horrible acuario, y por la mañana el dolor de cabeza de papá le permitió no mencionar la catástrofe. Una silenciosa mañana de domingo dos tablones del suelo del cuarto de baño se hundieron a sus pies hasta quedar reducidos a polvo, dejándole sin más apoyo que la taza, con un estreñimiento inmediato, los pies y los pantalones arrugados colgando sobre un abismo.

—¡Nockter! Jesús todopoderoso. *Nock...* Aquí estás. Tráeme un martillo, clavos y un par de tablones, date prisa, que tenemos trabajo. Podría haberme matado. ¡Por un pelo! Imagínate lo que se habrían reído. *¡Se rompió el culo en su propio retrete, ja, ja, ja!* —nos dirigió una mirada airada y sombría, retándonos a que nos riéramos, pero a pesar de su fiereza observé de nuevo lo que ya había observado por primera vez hacía poco, que había comenzado a encogerse, no quiero decir en mi estima, sino en su estatura, como si algo de su interior, su propio relleno, se hubiera perdido, y no pude evitar pensar en las carcasas chupadas y quebradizas de las avispas, perfectamente empaquetadas en engrudo, que se ven en una telaraña—. Hay que poner fin a esto, ya lo creo —gritó—. Esta maldita casa se está derrumbando a nuestro alrededor.

Pero antes de que pudieran traer las herramientas ya había sacado su escopeta y se había ido al bosque, agitando las manos y farfullando en voz baja, y yo ya me había escabullido para reunirme con mi enamorada.

Una neblina suave y cálida, lila, de oro tostado, amarilla, flotaba bajo los árboles del bosque. Los pájaros cantaban, las libélulas revoloteaban sobre el brezo. Las mariposas habían desaparecido. El verano llegaba a su fin. Rosie me esperaba a la sombra del muro de Cotter, sentada con la cabeza gacha, soñadora, sus ágiles piernas morenas dobladas debajo de ella, como aún la veo a veces en sueños, apoyada sobre ese brazo tenso y curvo, retorciendo una y otra vez una brizna de hierba en torno a sus dedos. Desde debajo de sus largas pestañas me dirigió esa mirada de inexplicable resentimiento que siempre acababa reduciéndome a una temblorosa y obsequiosa gelatina. ¿Inexplicable? No. Solo había que oír nuestros acentos para comenzar a comprenderlo. La clase social se interponía entre nosotros, silenciosa e inamovible, como un gran pájaro negro.

Recorrimos el bosque verde dorado. Las hojas ya cambiaban de color. En el repentino recodo de un sendero que nadie recorría hacía tiempo llegamos de manera

abrupta y mágica al borde del lago, y nos detuvimos para contemplar el panorama de verano y de paz, las aguas azul ceniza, la casa, las ventanas rebosantes de luz, y dos figuras menudas que se acercaban despacio a la escalera de la puerta principal. Birchwood siempre se tomaba muy en serio a sí misma, apartaba la cara de la farsa compleja e interminable que se representaba bajo su techo, pero cuando tenía un día bueno, cuando uno estaba dispuesto a aceptar aquella propiedad en sus propios términos, era espléndida. Rosie torció la boca en un gesto pensativo, entrecerrando los ojos ante toda esa serena grandeza, y con un irónico ademán expresó un comentario que de algún modo pareció el más idóneo imaginable.

—Si mi abuela me viera ahora, me mataría.

Ya lo creo, y la mía también. Paseamos por la orilla del lago hasta la casita de verano, cavilando seriamente sobre los castigos que nuestra furtiva búsqueda del placer sexual podría acarrearlos. Rosie se sentó en la vieja mecedora del porche y dirigió sus ojos entornados hacia lo que quedaba a mi espalda.

—Todos esos son unos *fanfarrones* —dijo de repente, y resopló, toda esa envidia, ese violento anhelo.

Fruncí el ceño y fingí que no la había entendido, pero sabía a qué se refería. La situación era peligrosa. El país estaba en armas. Cada día oíamos hablar de gente a la que le quemaban las granjas, de policías apaleados, de magistrados a los que disparaban en plena calle. Al principio parecía todo muy lejano, hasta que un anciano escupió a tía Martha en el pueblo, y Josie, para su enorme regocijo, una mañana temprano respondió a un terrible golpe en la puerta principal y se encontró con uno de nuestros propios pollos clavado en ella, y ahora yo también me sumaba, enfrentado por mi cuenta a una rebelión en miniatura. Comprendía a Rosie perfectamente. ¿De verdad creía que le iba a permitir conocer a mi familia, a esos misteriosos y espléndidos fanfarrones? Dios bendito. Pasó ante mí la imagen de nosotros dos avanzando por la sala en dirección a la abuela Godkin, situada en su trono junto al fuego, una abuela Godkin rejuvenecida por las perspectivas de furia y escarnio que veía en el alzamiento, y cuya voz estridente y quebrada comenzaba a hacerse oír de nuevo a través de la casa con parte de su antigua autoridad, y mientras ese terrible pensamiento estallaba despacio en mi interior, me acerqué a paso lento a la barandilla, me agarré al bajante obturado que quedaba por encima de mí y me quedé colgando delante de ella, balanceándome apenas, un solemne babuino. Ella me contempló con una mirada huraña, luego se levantó impetuosa de la silla y de una patada abrió la puerta de la casita de verano. Yo me dejé caer al suelo y la seguí.

Todavía no nos habíamos atrevido a entrar en ese lugar, más abarrotado que nunca de restos y palitos migratorios procedentes del lago. Era una peligrosa capilla a la que no podíamos acceder por culpa del hechizo de la abuela Godkin y sus pérfidos naipes. Nuestra visita, por tanto, era algo especial, y suscitó en mí pensamientos temibles. Subimos las escaleras en curva que había en la parte de atrás, hasta una pequeña habitación en la que había una cama rota, dos sillas cojas y un espejo dorado

con arabescos, asqueroso pero intacto, un paciente espía que ahora inclinaba su ojo miope hacia mi enamorada campesina, que hurgaba entre aquellos cachivaches arrugando la nariz. Me quedé detrás de ella como un vampiro nervioso y le besé la nuca caliente. Apenas se dio cuenta; con aire ausente se libró de mi abrazo y con elegantes pasos de flamenco fue bailando hasta la ventana al tiempo que cantaba:

*Persígueme Aidan  
que tengo un pan  
arriba de la pernera  
de mis calzones.*

Pero allí, junto al espejo, a la luz neblinosa, su estado de ánimo cambió. Se dio media vuelta, completamente transformada, y su sonrisa dispersa y drogada me tocó aquí y allá como un animalillo ciego y peludo. Dio un paso lento, otro, nadaba a través del aire, y sin decir palabra me rodeó con sus brazos, y tengo la impresión de haber caído hacia atrás lentamente, perdido en ese mundo contenido en el tierno y sonrosado canto de su ojo. Quizá era amor, después de todo. Más allá y por encima de su borrosa sien izquierda, un diminuto fantasma pelirrojo se coló en las profundidades del espejo. Ella percibió mi respingo, y tras volverse dirigió una despavorida mirada al cristal. Nos arrastramos a cuatro patas hacia la ventana, colocamos la nariz en el alféizar y nos asomamos con cautela. Abajo, al borde del lago, estaba Michael, mirando en dirección a los árboles. ¿Distinguí una figura que se retiraba entre las hojas, con un brazo levantado en un gesto hierático de despedida? Bajé las escaleras. Michael se acercó a la puerta y se detuvo con la luz a su espalda.

—Ah, eres tú —dijo fríamente—. Me has asustado.

Rosie bajó y pasó a mi lado, la cabeza gacha, las manos enredando con sus rizos. Cuando rebasó a Michael, este se volvió hacia ella y luego hacia mí y se permitió un asomo de sonrisa. Los tres salimos al resplandeciente mediodía.

—Bueno, me voy —farfulló Rosie sin mirar atrás.

Michael y yo nos miramos, tambaleándonos, por así decir, al borde de una revelación, y quién sabe si no hubiéramos abierto nuestros corazones de no haber oído en ese instante, a nuestro lado, o eso nos pareció, el tremendo estampido de una escopeta seguido de un aullido. Rosie estaba agachada en la linde de los árboles con la cabeza entre las manos y a su izquierda estaba papá, las piernas muy separadas, la escopeta humeante al hombro, una ilustración ridículamente estilizada del cazador arquetípico. Rosie estaba de rodillas, encogida de miedo, con los brazos aún en torno a la cabeza. Levantó un codo y miró a mi padre por debajo de él. Mi padre nos miró, y se volvió de nuevo hacia la chica. Le tembló el bigote, y una ceja saltó hacia la frente. Bajó la escopeta, todavía indeciso, y a continuación retrocedió hacia los árboles, agachando la cabeza bajo las ramas. Rosie comenzó a aullar. Michael soltó una risita.



El verano terminó oficialmente cuando se encendió el fuego en la sala. Llovió todo el día, unas gotas grandes y tristes que tamborileaban sobre las hojas muertas, y el humo se estancó en la chimenea sin llegar a salir, allí donde los grajos habían hecho su nido. La casa parecía enorme, hueca, toda vacuidad y eco. Por la mañana, descubrieron a la abuela Godkin en el vestíbulo forcejeando con un paraguas que no se abría. Se dirigía a la casita de verano, lloviera o no, y cuando intentaron impedirselo negó con la cabeza y farfulló, y siguió sacudiendo el paraguas con la misma furia. En las últimas semanas, tras su breve y vibrante intervalo de alegría incisiva cuando se planteó la posibilidad de una revuelta campesina, la abuela se había vuelto extrañamente retraída y despistada, y vagaba ausente por la casa, suspirando y a veces incluso en un llanto quedo. Decía que ahora ya no era bienvenida en Birchwood —un comentario en el que deseo hacer hincapié, por razones que revelaré enseguida—, y cada vez pasaba más tiempo junto al lago a pesar de la humedad otoñal. A menudo Michael y yo la veíamos sentada e inmóvil junto a la mesa de la casita de verano, la cabeza inclinada y los ojos muy apretados, escuchando los tenues desplazamientos y subsidencias del interior de su cuerpo, el mecanismo de este mientras se iba quedando sin cuerda.

—Pero si vas a coger una pulmonía —grito mamá—. Está diluviando.

—¿Qué? —le espetó la anciana—. ¿Qué? Déjame en paz.

—Pero...

—Déjame tranquila, ¿quieres?

Mamá se volvió hacia mi padre.

—Joe, ¿no podrías...? Va a coger una pulmonía...

Como siempre que hablaba con él, se le adelgazaba la voz sin poder evitarlo, con tristeza, y sus ojos callados, húmedos de ternura y desesperación, lo seguían mientras él se encogía de hombros, indiferente, y se daba media vuelta con aire cansado para ir a encerrarse en la sala.

—*Maldito seas, ábrete de una vez* —gruñó la abuela Godkin, y dio un porrazo con el paraguas como si fuera un látigo. Mamá, con su patética fe en la razón, abrió de par en par la puerta delantera para que la anciana viera el mal tiempo que hacía.

—Mira, fíjate cómo diluvia. Acabarás empapada.

La abuela Godkin se detuvo un instante, dibujó una sonrisa ladina, pérfida, y le



lanzó una mirada de soslayo a mamá.

—¿Te preocupa? —susurró—. ¡Caramba!

La sonrisa se convirtió en una esquelética mueca de desprecio y ella recorrió el vestíbulo con la mirada, y de repente el paraguas se abrió, una extraña flor negra y lustrosa cuyas varillas zumbaban, y cuando me acuerdo de ese día es esa flor negra que gotea y cabecea en el sombrío vestíbulo lo que mejor evoca el horror del momento. La anciana salió por la puerta con el paraguas por delante, y una repentina ráfaga de viento lo atrapó y la arrastró escaleras abajo, por el césped, mientras yo me escondía en la biblioteca para evitar el inevitable y cariacontecido abrazo de mamá.

Tía Martha me estaba esperando hecha un ovillo en la butaca situada junto a la chimenea vacía, con un chal en torno a los hombros, la mirada perdida delante de un libro abierto en el regazo y mordisqueando una zanahoria cruda. Apenas me dirigió la mirada. Arrojó la zanahoria hacia la rejilla de la chimenea y al mismo tiempo comenzó a lloriquear.

—¿Dónde has estado? Te estaba esperando. ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer? Tu padre dice que has de aprender latín, no sé por qué, solo Dios lo sabe, pero aquí estás. Mira este libro. *Amo amas amat*, «amar». Di *amo*, vamos. *Amo*, «yo amo».

Me senté y la observé con esa mirada serena y silenciosa que siempre conseguía sacarla de sus casillas. Cerró el libro de texto de un golpe, una desagradable costumbre típica de cuando estaba enfadada, justo igual que papá.

—¿Sabes que eres un muchachito horrible? Lo sabes, ¿verdad? ¿Por qué me odias? Me paso la vida intentando daros alguna educación y lo único que hacéis es mirar embobados y sonreír como idiotas... Ah sí, he visto tu sonrisa, tu tu tu... —se llevó una mano a la frente y cerró los ojos—. Oh, tengo, tengo que... Mira, ven, intenta aprender algo, fíjate en este hermoso idioma, estas palabras, Gabriel, por favor, hazlo por mí, por tu madre, te queremos. Ahora, *amo*, «yo amo»...

Pero volvió a cerrar el libro, y con un débil quejido observó aquella habitación con ansiedad, buscando algo donde poder anclar su atención dividida. Se me ocurrió que mi presencia apenas suponía alguna diferencia para ella, quiero decir que habría hecho lo mismo estuviera yo presente o no, incluso podría haber pronunciado todas esas sandeces sin tener a nadie delante. Todos huían hacia sí mismos, tan deprisa como podían, todos mis seres queridos. Cuando nos sentábamos a la mesa, podía observar a cualquiera o a todos sin recibir ninguna mirada interrogadora, ni la orden de ponerme a comer y dejar de mirar, ni siquiera una triste sonrisa de mamá. Incluso Michael, desde el día en la casita de verano, se había quedado silencioso y ensimismado, había comenzado a evitarme, y yo estaba seguro de que conocía algún secreto relacionado conmigo que no me iban a revelar. Era como el superviviente solitario que vaga entre los escombros, como Tiresias en la ciudad de la peste.

Papá se asomó a la sala, entró por la puerta sin hacer ruido y se dirigió de puntillas a la ventana sin mirarnos, y allí se quedó contemplando los árboles que goteaban, meciéndose lentamente sobre los talones, un funesto fantasma. Tía Martha

no parecía haberse apercebido de su presencia. Con el puño me dio unos perentorios golpecitos en la rodilla.

—Tienes que aprender, Gabriel, de nada sirve...

La sala se estremeció. No hubo sonido alguno, sino la sensación de algo enorme desmoronándose, como un monstruoso ataque al corazón, esa parte de la explosión que avanza en una oleada delante del estallido y deforma el silencio. Pero el estallido no llegó, y tía Martha levantó la mirada al techo, y papá se volvió hacia nosotros con un rictus quejumbroso, y ninguno dijo nada. O a lo mejor lo habíamos imaginado, como esos truenos que nos arrancan del sueño en las serenas noches de verano. El mundo está lleno de ruidos inexplicables, chillidos o aullidos, ecos de desastres sin desvelar.

—De nada sirve quedarte ahí sentado sin decir nada, Gabriel —dijo tía Martha—. Tienes que aprender cosas, todos tenemos que aprender, no es tan difícil. *Mensa* significa «mesa», ¿ves? *Mensa*...

Mientras ella hablaba, papá cruzó la sala a paso lento, como quien no quiere la cosa, los labios fruncidos, hasta que estuvo detrás de la silla de tía Martha, observando el libro por encima de su hombro y haciendo tintinear las monedas que llevaba en el bolsillo. Tía Martha guardó silencio, muy quieta con la cabeza inclinada sobre la página, y papá se puso a canturrear y salió de la habitación, y ella dejó el libro y le siguió, y yo me quedé solo, preguntándome dónde y cuándo todo eso había ocurrido antes.

Recogí el libro que ella había dejado caer y lo hojeé con tristeza. Las palabras yacían muertas en filas, una hilera tras otra de música masacrada. Rescaté una, el verbo *amar*, y cantando sus formas en un susurro, llevé los ojos hacia la ventana. Nockter, columpiando los codos y bombeando las rodillas, llegó a la carrera por el césped. Era una imagen tan perfecta de las malas noticias, esa diminuta figura detrás de la hierba salpicada por la lluvia que emergía entre el viento y la violencia, que al principio pensé que no era más que una fantasía aislada producto del aburrimiento. Volví a mirar. Resbaló sobre la hierba, pedaleando frenéticamente hacia atrás en una bicicleta imaginaria, y de pronto cayó de culo fuera de mi vista en medio de una sensación de hilaridad general. Esperé, y por supuesto un poco más tarde la casa tembló con la primera oleada de la catástrofe. Nockter se perfiló de nuevo en la ventana, y cojeando regresó por donde había venido, ahora con mi padre a su lado, entre el vuelo de los faldones de su chaqueta. Después apareció la pobre mamá, luchando contra el viento, y, por último, enfundada en una bata rosa, tía Martha. Se adentraron en el bosque, uno tras otro, pero cuando hubieron desaparecido, la conmoción y el estremecimiento del jardín sacudido por la tormenta pareció un eco de su tempestuoso pánico. Michael entró en silencio a mi espalda.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Yo no lo sabía, y tampoco me importaba. No me correspondía a mí cuestionar el espléndido espectáculo de la consternación en el campo adulto. Yo no era un niño

cruel, solo frío, y temía el aburrimiento por encima de todas las cosas. Así que entrelazamos las manos a la espalda y nos quedamos mirando la lluvia, a la espera del siguiente acto. Pronto regresaron los adultos, abatidos, dispersos y en orden inverso: tía Martha, mamá y después Nockter y mi padre. Pasaron por delante de la ventana con ojos alicaídos.

—Deberíamos... —comenzó a decir Michael. Me miró con aire indeciso, mordiéndose la uña del pulgar—. ¿Crees que ella...?

El vestíbulo. Recuerdo tan bien la escena, con tanta viveza. Mi padre estaba encorvado sobre el teléfono, golpeando la horquilla con un frenético dedo índice y sacudiendo furioso el auricular, pero nadie le contestaba. Le caía el pelo delante de los ojos y le temblaban las rodillas. Mamá, con una mano en la frente y la otra extendida y agarrándose a la mesa para mantener el equilibrio, se inclinó hacia atrás como si se desmayara, los labios separados y los párpados caídos, el pelo empapado colgándole por la espalda. Nockter estaba sentado, cubierto de barro a causa de la caída, al borde de una sillita, y parecía absurdamente imperturbable y sereno, casi como si nada de todo aquello fuera con él. Se abrió la puerta principal. Tres hojas muertas se perseguían unas a otras y daban vueltas por la alfombra. Todo eso lo vi en un destello, y sin duda esa situación exacta no tardó más de un instante en inflamarse y derivar en otra, pero para mí está petrificada para siempre, el dedo dando golpecitos, el cabello empapado de mi madre, esas hojas. Tía Martha, con su bata rosa de volantes echada a perder, subió lentamente las escaleras de atrás. El impacto del pie en cada nuevo peldaño sacudía todo su esqueleto al tiempo que los tendones se tensaban en una red de conexiones, y las mandíbulas se le aflojaban, se le hinchaba el pecho, mientras de su boca salían unos curiosos gruñidos agudos, tan abruptos, tan discretos, que me los imaginé como bolas suaves y peludas de sonido que caían sobre la alfombra y se alojaban entre el pelo. Subió y subió hasta que ya no hubo más peldaños, y se dejó caer en el más alto y enterró la cara entre las manos, y por fin se oyó una voz etérea en el teléfono que respondía a las súplicas de mi padre con un grito estridente.

Mi memoria es curiosa, una urraca de ojos perversos, me fascina. Joyas que recuerdo solo por su relumbrón, y el tacto del cristal en el pico. He llenado mi nido de morralla. ¿Qué significa? Es la pregunta que siempre me formulo, ¿qué puede significar? Nunca hay una respuesta precisa y, en lugar de eso, en el cielo, por así decir, aparece una especie de asentimiento jupiterino, la revelación de un secreto celestial, *eso es, significa lo que significa*. Sí, pero ¿es suficiente? ¿Estoy satisfecho?, me pregunto. De ese día recuerdo ver caer a Nockter, a mamá corriendo por el jardín bajo la lluvia, la escena del vestíbulo, todas esas cosas, mientras que, escuchadme, lo que debería recordar hasta el punto de excluir todo lo demás es una escena en la casita de verano que tuvo lugar cuando Michael y yo nos colamos furtivamente, las cenizas en la pared, esa masa purpúrea derretida en la silla, los dos pies de la abuela Godkin, todo lo que quedaba de ella, en sus botas de botones chamuscadas, y lo

recuerdo, en cierto sentido, como palabras, como hechos, pero no puedo verlo, y ese es el problema. Bueno, quién sabe si es mejor así. No deseo revelar nada indecoroso de mí mismo, y soy incapaz de recordar ese horrible día sin sospechar que en algún lugar de mi interior una bestezuela cruel, un hombrecillo en mi espejo, se troncha de risa. ¡Abuela! Perdóname.

La echamos de menos, en cierto modo. Cuando el abuelo Godkin murió fue como la abochornada partida de un fantasma que ya no da miedo. Ese fastidioso entrechocar de huesos ya no volvió a oírse en el vestíbulo, y su pérfida carcajada en el descansillo quedó en silencio. El espacio que había ocupado se cerró y dejó un poco más de sitio para los demás, que pudimos estirarnos y exhalar un leve suspiro y revivir en secreto. Pero cuando la anciana estiró la pata de manera tan poco ceremoniosa, algo temible entró en la casa. Ahora había siempre algo incómodo en la quietud. Nuestras sillas parecían vibrar, un incesante temblor bajo nuestros traseros nos impedía permanecer sentados, y deambulábamos de habitación en habitación como perros viejos que olisquean taciturnos el rastro de su amo muerto. La casa parecía incompleta, como ocurría a menudo cuando mamá, en uno de sus días de desasosiego, cambiaba de sitio un mueble que había permanecido en el mismo lugar tanto tiempo que ya solo se notaba su ausencia. Birchwood iba menguando, y eso no se podía negar.

Los arreglos para el funeral de la abuela provocaron algunos episodios de comedia negra. Fue realmente terrible, pues, por decencia, no podíamos reírnos. ¿Cómo la íbamos a enterrar, de todos modos? ¿Íbamos a llamar a los de pompas fúnebres para que rascaran de la silla, de las paredes, lo que quedaba de ella? No, no, si se divulgaba su horrenda manera de morir, todo el pueblo se partiría de risa. Y entonces, ¿teníamos que hacerlo nosotros? ¡Dios no lo permitiera! La imagen de la familia vistiendo monos y botas de agua y desfilando hacia la casita de verano con cubos y palas resultaba inimaginable. El eufemismo «los restos» nunca había sido más acertado.

La situación ya era de por sí bastante mala, pero resultó tanto peor por la imposibilidad virtual de hablar de ella. Aparte del indecible horror que nos provocaba la muerte de la anciana, cada uno de nosotros permanecía callado porque estaba convencido de que los demás sabían exactamente cómo había muerto, de que era ridículamente obvio, de que nuestro desconcierto era risible. Con gran astucia procurábamos interrogarnos unos a otros. ¡Qué manera de tantear el terreno! Cómo suspirábamos, y jugueteábamos con los dedos, y mirábamos con aire solemne por la ventana durante esos bruscos silencios entre tanteo y tanteo. *Pobrecilla, debió de ser terrible... ¡irse así! Sí, terrible. ¿Crees que...? No, no, yo no diría que... Aun así, ella debió de saber que... Oh, sin duda... ¿Pero aun así...? ¿Sí? ¿Sí? ¡Exacto! Y al final,*

sin haber averiguado nada, nos separábamos taciturnos, culpables, furiosos con nosotros mismos.

Doc McCabe fue el único que nos ofreció una explicación, y aunque demasiado escandalosa y demasiado simple para que mi familia la aceptara, creo que es posible que tuviera razón. Llegó por la tarde, sin resuello, dejando una estela de agua a su paso procedente del extremo de su capa, una bola de irritación vestida de *tweed* y con sobrepeso. Aquel día había asistido a dos partos prolongados e histéricos, y decía que estaba hecho polvo. Antes de que nadie pudiera hablar se acercó a mi silla, me abrió las mandíbulas y me miró la garganta.

—Tiene un poco de gripe. Estará bien en un día o dos. ¿Algo más?

Por fin la tensión en el ambiente hizo mella en él, y miró a su alrededor con las cejas temblorosas. Al parecer no se había enterado de la muerte de la abuela Godkin. Nos dirigimos a la casita de verano, la tribu conduciendo al hechicero hacia el espíritu maligno. La lluvia cesó y el sol apareció de repente. Nos quedamos esperando en el porche en un silencio embarazoso mientras él entraba a investigar. Después de lo que pareció una eternidad, se abrió la puerta y el médico salió lentamente, reculando, la cabeza gacha, los dedos en los labios. Estaba intrigado.

—*Extraordinario*. Os doy mi palabra de que nunca me había topado con nada parecido...

Se encontró con la afligida familia mirándolo con un apropiado aire de expectación, tosió y sin más giró sobre sus talones, canturreando y balbuceando en voz baja. Nos dirigimos de vuelta a la casa, y allí, en el comedor, mientras bebía un té, su curiosidad pudo con él, y le costó reprimir una sonrisa entusiasta a la vez que cavilaba sobre esa extraña muerte.

—De lo más singular, desde luego. He leído que se han dado uno o dos casos parecidos, en Estados Unidos, si no recuerdo mal, pero nunca pensé... —se burló de su falta de previsión—. Hay que ver, jamás me imaginé que aquí..., en Birchwood... —miró a su alrededor con un inédito aire de respeto hacia ese lugar humilde y familiar que había producido semejante portentoso—. Ni una señal, solo la silla. No puede haber sido un incendio, eso lo podéis eliminar. Esas manchas en la pared... —tía Martha dejó escapar un sollozo ahogado, y el anciano médico la miró con aire de disculpa—. Pero es terrible, desde luego, muy triste, debe de haberos causado una gran impresión, ya lo creo que sí, ejem.

Dejó la taza sobre el platillo, y con la promesa de «darle el soplo» al juez de instrucción se preparó para marcharse. Papá lo abordó en el vestíbulo.

—Entonces ¿qué piensa, doctor...? Quiero decir que...

—¿Eh? —el médico miró con cautela por encima del hombro de papá, hacia la cara hinchada y manchada por las lágrimas de tía Martha—. Bueno, naturalmente, hasta que no le haga un examen más a fondo... Puede que tenga que llamar para que venga alguien de Dublín. Por el momento, sin embargo, no veo otra explicación..., después de todo...

—¿Sí?

El anciano matasanos sorbió por la nariz y se puso a enredar con el cuello de su capa. Se giró hacia la puerta, hizo una pausa, y tras volver la cabeza nos dirigió un ojo inyectado en sangre.

—*Combustión espontánea* —dijo con voz queda.

Bajó el primer escalón, y con un último gruñido de azoramiento desapareció. Como digo, es posible que estuviera en lo cierto, a lo mejor simplemente la abuela había... estallado, pero no puedo quitarme de la cabeza la idea de que la propia casa tuvo algo que ver con aquello. Birchwood se había cansado de ella, y ella misma se había dado cuenta. ¿La asesinó la casa? Extraordinario, como había observado el médico.

En efecto, habló con el juez de instrucción, y se pronunció un vago veredicto de muerte accidental, pero a cambio de sus servicios confiaba en que le permitieran llevar a la gente que había hecho venir de Dublín, viejos camaradas suyos, a la escena del desastre, y se enfureció cuando papá le impidió entrar acompañado de su pandilla de demonios necrófagos. En todo caso, no divulgó nuestro secreto al pueblo. Al cabo de un par de semanas ya no quedaba casi nada del incidente, exceptuando el lastimero sollozo de Josie a cualquier hora del día o de la noche, pues resultó más fiel de lo esperado, y nos sorprendió a todos exhibiendo un auténtico pesar por el fallecimiento de la anciana. Por cierto, conseguimos solucionar a la perfección todo lo relacionado con el funeral y enterramos los pies de la abuela Godkin en un ataúd de tamaño natural. A pesar del gasto innecesario, la astucia de esa artimaña complació enormemente a papá.

Puede que el viejo McCabe tuviera razón en lo de la abuela Godkin, pero se equivocaba por completo acerca de mi leve gripe. De hecho, floreció hasta convertirse en una impresionante neumonía. Me había sentido curiosamente aislado durante todo el día, como si estuviese encerrado dentro de una membrana transparente y muy fina. Los sonidos más fuertes me llegaban amortiguados, mientras que el sonido más nimio, como cuando rascaban una cerilla, era como un trueno. Fingía encontrarme bastante bien, a pesar del diagnóstico del médico, que había sumido a mamá en un paroxismo de preocupación, y con la mayor dificultad procuraba evitar que me introdujeran en el palpitante terciopelo de debajo de la lengua ese termómetro de sabor hediondo. Me daba miedo que me metieran en la cama, pues las ramificaciones del ardiente final de la anciana eran demasiado interesantes como para perderselas, y además tenía una cita con Rosie.

Ahora que el verano había terminado, nuestra aventura se topaba con algunas contrariedades. No teníamos dónde cobijarnos. Los establos vacíos que había detrás de la cocina estaban peligrosamente cerca de la casa, y Nockter casi nos pilla en una atrevida visita al cobertizo donde se guardaba el heno. Regresamos a la casa de Cotter y rezamos para que ocurriera algún desastre en el sol que convirtiera nuestro otoño en un abrasador veranillo de San Martín. Nuestras oraciones, como esperábamos con pesimismo, no fueron atendidas. Estas dificultades materiales, sin embargo, no eran más que la punta del iceberg que había comenzado a alzarse entre nosotros. Nuestro idilio tocaba a su fin. Lo extraño es que no nos estábamos distanciando, al contrario, empezábamos a conocernos mejor. Los dos soñábamos con tener un amante, pero los sueños son frágiles y la terca realidad los pisotea con sus pezuñas. Ahora, mientras observábamos a través de la bruma que se disipaba, percibíamos en el otro hábitos desconcertantes que, cierto, ya habíamos observado antes, pero a los que no habíamos concedido la menor importancia. Ella se hurgaba la nariz casi con saña cuando estaba sumida en sus pensamientos, y a veces su risa poseía el eco perturbador de las estruendosas carcajadas de su abuela. Cosas así. Recuerdo claramente la injustificada intensidad de mi sorpresa cuando debajo de su axila izquierda descubrí un siniestro lunar color chocolate. E imagino que la variedad de maneras en las que yo la desilusioné debió de ser impresionante. Nos veíamos como éramos, y lo que veíamos apenas era soportable.



Aquel día, al anochecer, el viento remitió, pero la lluvia comenzó a caer de nuevo en chaparrones desganados, y de vez en cuando los árboles soltaban un repiqueteo de lágrimas. Rosie, envuelta en un reluciente impermeable negro, llevaba las botas de agua de su hermano y un sombrero amarillo, y todo lo que pude tocar fue su cara helada y húmeda y sus manos descoloridas. Me acurruqué contra ella junto a la pared de la casa de Cotter, temblando como un borracho. Esos momentos eran perversamente dulces. Se me ponían los pelos de punta cada vez que ella hundía la lengua en mi boca palpitante. Al final, furiosa por mis gemidos, me apartó. No hay furia comparable a la de alguien de catorce años desdeñado.

—¿Por qué lloras?

Lo que yo tenía en la cara era lluvia, no lágrimas. Sonreí para demostrarle que no me pasaba nada.

—No eres más que un comediante. Ya no te gusto. ¡Bueno, pues tú tampoco me gustas! Solo porque no soy lo bastante *buena* para ti.

Así estaban las cosas ahora. Se marchó corriendo a través de los árboles, sujetándose el sombrero con una mano y trastabillando con sus botas varias tallas más grandes. No hice ningún esfuerzo por detenerla. Había llegado a esa fase de la enfermedad en la que me sentía tan agotado que tenía la impresión de haberme pasado el día interpretando todos los papeles de un espectáculo sin intermedios. Rosie estaba justo ahí, pero ella no lo sabía. Yo había interpretado a la abuela Godkin explotando, a Nockter cayendo, a la telefonista gritando, a Rosie huyendo, a Gabriel luchando contra sus fiebres palúdicas, y ahora estaba cansado de todo, ellos mismos tendrían que interpretar sus papeles sin mí, pues yo me retiraba de las tablas. La fiebre era la única realidad. Volví a casa sintiéndome muy desdichado, y allí, como en la ilustración de una fábula, caí en brazos de mamá, un niño abandonado y empapado.

Aquella noche fue horrible. La pasé revolcándome en un sudor cálido y maloliente que apestaba a rosas podridas, castañeteando los dientes y tiritando. Una especie de sapo pequeño parecía haberse alojado en mi tráquea, y cada vez que tosía me hundía una de sus garras temblorosas en el pulmón izquierdo. La habitación pareció abarrotada hasta la madrugada de unas enfermeras intolerablemente ocupadas. Mamá se inclinaba sobre mí bajo el bilioso amarillo de la lamparita, vociferando de manera incoherente, y luego otra mujer, tía Martha quizá, abrió la puerta de golpe, se acercó aprisa a la cama y colocó su cara como de goma delante de la mía. Surgió una inquietante dicotomía entre su frenética actividad y sus voces, pues yo lo oía todo como si estuviera debajo del agua, con un intermitente retumbar en los oídos que me llegaba a latidos regulares cuyo ritmo, sospecho, correspondía a mi agitado pulso. Me dormía y me despertaba a velocidad de vértigo, y al final me sumí en algo que no era sueño, sino más bien un comatoso centinela sobre mi palpitante cuerpo.

Poco a poco salí nadando de ese turbio mar y llegué a una mañana serena y luminosa. La luz de la habitación era de un palidísimo azul dorado,

extraordinariamente uniforme. Parecía proceder de todas partes a la vez, como si cada superficie fuera el origen de su propia iluminación. En la mesita había una sola rosa roja, misteriosa y perfecta, dentro de un vaso. El tallo parecía fracturado allí donde entraba en contacto con el agua azulada. Reinaba una intensa quietud que se originaba en el centro de mi frente y se iba propagando de habitación en habitación, manteniendo bajo control la vida de la casa. Yacía de espaldas en medio de ese flotante mundo florentino y contemplaba el blanco infinito del techo. Me sentía tan frágil como un fino cristal, neutral, entumecido a excepción del pelo, que crepitaba dolorosamente cuando volvía la cabeza sobre la almohada, e incluso ese ínfimo tormento no era más que la punzada de angustia que desgarrar el corazón cuando uno se enfrenta a algo de incomparable belleza, tal como me ocurría entonces, una belleza que no surgía de una sola cosa, sino de todo, haciendo cantar la luz. Desde entonces solo he experimentado esa misma sensación un par de veces, en estas noches, en mi última enfermedad, al esforzarme por juntar estas palabras.

Y al igual que en el esfuerzo que estoy haciendo ahora, también aquel día mi cerebro funcionaba de manera febril. Retrocedí muchos años, tantos como pude recordar, reuniendo pruebas sueltas, sorteando ciertas discrepancias, recuperando palabras al azar que había dejado caer y de inmediato había recogido, recopilando todos esos fragmentos que apuntaban de manera inconfundible, como veía ahora, a un hecho perdurable y colosal, a saber, que en algún lugar tenía una hermana, una gemela, una niña perdida. Ese descubrimiento me llenó de excitación, aunque no sabría decir si esta se produjo por la forma fría y lúcida en la que reuní las pruebas o por la conclusión a la que había llegado, y eso me inquietaba. ¡Pero una hermana! La mitad de mí, en algún lugar, robada por la gente del circo, o que alguna tía malvada había hecho desaparecer, o secuestrada por una prima celosa..., ¿y por qué? Una parte de mí robada, sí, esa era una idea emocionante. Yo estaba incompleto, y seguiría estándolo hasta que la encontrara. Todo eso era real para mí, y totalmente razonable.

En el pasillo, alguien hizo girar el picaporte. El sonido flotó a través del hueco silencio como el repique de una cañería de acero bruñido. Las pisadas resonaban a una enorme distancia, quedaron en silencio y luego regresaron. Esta vez se abrió la puerta, y otra puerta, en el espejo de mi guardarropa, se abrió de golpe a otro mundo del que emergió tía Martha colocándome su fría mano en la frente.

—¡Pero si estás ardiendo!

De la rosa que había a mi lado cayó un pétalo.

Me recuperé en un par de semanas. Me dijeron que había estado delirando. No tenía razón para dudar, solo que la muerte de la abuela Godkin no me la había inventado yo, ni ninguno de los sucesos de aquel primer día de fiebre, y sabía que si no me había inventado todo eso, si no había interpretado todos esos papeles en mi cerebro inflamado, entonces todo era posible.

Fue un invierno duro, no más duro que otros años, supongo, pero la casa agonizaba, el frío se colaba por todas partes, los fuertes vientos y las aún más fuertes heladas. Bandadas de tejas caían del techo, la lluvia se filtraba en los dormitorios. Una mañana mi orina siseó sobre una película de hielo en el retrete del segundo piso, el único que ahora funcionaba. De aquella época recuerdo sobre todo el sabor de las gachas y el tacto de las mantas húmedas.

Papá ya no intentaba ocultar su impotencia. Contemplaba la disolución de su reino en una especie de estupor, canturreando en voz baja en su desvarío. Casi nunca estaba sobrio, y a veces, por la noche, le oía subir trastabillando las escaleras, maldiciendo y eructando, y tropezando con los tarros de mermelada que mamá había colocado con tanto mimo bajo las goteras del techo. Nockter desapareció una noche, y por la mañana la policía vino a buscarlo. Al parecer formaba parte de la rebelión. Papá se quedó profundamente consternado. La podredumbre de la revuelta ya no era algo lejano, y por tanto manejable, sino que se había desplegado bajo su propio techo, había florecido entre las inocentes flores de Birchwood. Le recuerdo en su butaca de la biblioteca, abriendo con cautela el periódico matinal, apartando la cara de él como si temiera que un puño pudiera salir disparado de sus páginas y atizarle en la nariz. Y luego estaba su expresión de sobrecogimiento y frustración mientras leía acerca de los últimos desastres y asesinatos. ¿No sería un sueño todo aquello? ¡El mundo era sólido, maldita sea! Comenzó a vigilar a Josie con una mirada taciturna, y entablaba con ella complejas conversaciones llenas de circunloquios con el fin de poner a prueba su lealtad, pero que solo conseguían divertirla y convencerla de que mi padre estaba perdiendo la razón. Entonces él hizo el descubrimiento más temible de todos: que el anciano Lawless, el padre de mamá, poseía ahora una gran parte de Birchwood. Cada hectárea que papá había vendido, la había vendido sin saberlo a su suegro, quien, como de costumbre, había obrado de manera furtiva y sigilosa, utilizando a los Gaddern y a otros compradores, todos compinches suyos, como representantes extraoficiales. Mamá estaba mortificada y proclamó su inocencia, pero papá, sin decir una palabra, solo mirándola, la acusó de complicidad. Papá veía traiciones por todas partes. Pobrecillo.

Ahora que Nockter había desaparecido, Rosie y yo volvimos al cobertizo del heno, y en ese refugio cálido y mullido la llama de nuestra pasión volvió a avivarse.

Un par de veces intenté hablarle de ella a Michael, pero no estaba interesado. En los últimos meses había cambiado, se había vuelto aún más reservado, lo que significaba que apenas decía palabra. Su sonrisa burlona se dirigía ahora abiertamente a todos nosotros, pero era siempre burlona, nunca despectiva, y había algo más oculto en su interior, añoranza, nostalgia, no sé. Para mí sigue siendo todavía, sí, todavía, una criatura hermética y atribulada con un nudo de espinas en el corazón. ¿O es solo que deseo recordarle así?

Mamá impulsó una campaña para recortar gastos. La cosa no llegó a nada y probablemente su efecto sobre nuestro presupuesto fue aún peor que el despilfarro habitual. Su empresa más extraña fue desenterrar de Dios sabe qué rincones mohosos nuestras ropas desechadas para que pudiéramos llevarlas una última vez antes de que se cayeran a pedazos. La decepcionamos al negarnos de plano, entre carcajadas no del todo convincentes, a ponernos esos fantasmagóricos ecos del pasado, y ella fue la única que se paseó por la casa en una extravagante parodia de las fiestas de los fines de semana y los bailes de caza de épocas inmemoriales. Aquellas ropas tuvieron sobre ella un efecto escalofriante, aunque, ahora que lo pienso, no del todo inesperado. De manera sutil comenzó a interpretar el papel que exigía el disfraz de cada día, y qué incómodo silencio caía sobre el comedor cuando ella se acercaba a la mesa enfundada en un traje de noche de terciopelo púrpura o llegaba tropezando con un vestido vaporoso directamente sacado de la alegre década de 1890.

El día de Navidad nevó, que era lo que tocaba. Toda la mañana el cielo estuvo muy bajo, y cayeron unos grandes copos blancos, silenciosos, misteriosos, acallándolo todo. En la casa reinaba un aburrimiento doloroso. Como regalo de Navidad tía Martha me dio un álbum de sellos, y pasé una hora deliciosamente enloquecido en mi habitación rasgándolo lenta, cariñosamente, en tiras. A mediodía la nieve llevó a cabo un decidido esfuerzo por amainar, y Josie sirvió sándwiches de jamón y un té demasiado reposado, con unos espantosos pasteles de fruta como acompañamiento. Michael se fue al pueblo entre la nieve. Yo me dediqué a torturar el reloj de pie del vestíbulo, haciendo girar las manecillas para que sonaran las horas de todo un día en diez minutos. Cuando estaba a mitad del mediodía, el pobre animal, confuso y frenético, exhaló una última y temblorosa campanada, gruñó y se paró, y en el piso de arriba se oyó un portazo. Subí las escaleras, y al pasar un dedo húmedo por la barandilla le arranqué un gemido tenue y desgarrador. No hay nada que un niño aburrido e ingenioso no pueda torturar.

¡La abuela Godkin! Recortando su perfil negro contra la ventana del rellano colgaba una grotesca caricatura de la anciana, pues el polvoriento traje de noche de bombasí caía sobre un delicadísimo esqueleto, mi pobre y trastornada madre. El vestido apenas le cubría las pantorrillas. Los brazos, constreñidos en los hombros, colgaban torcidos a los lados. Sus muñecas pálidas y desnudas provocaban una inexplicable lástima. Y así permaneció, delante de esa blanca inmensidad de nieve, la cabeza inclinada, escuchando atentamente. Avancé despacio hacia ella a través de un

terrible silencio, mudo, hipnotizado, contagiado con parte de su locura. Unas débiles voces salieron de la habitación de tía Martha, y también el argenteo tintineo de una carcajada. Mamá no me miró. Dudo que llegara a darse cuenta de que yo estaba allí. Emitió un leve gruñido de satisfacción, y con la punta del dedo y una expresión ausente me dio unos golpecitos en el hombro, y rápidamente se perdió escaleras abajo. Las voces que se habían oído en la habitación de tía Martha quedaron en silencio, y al cabo de un instante se abrió la puerta y mi padre asomó la cabeza cauteloso. Al ver que solo era yo me lanzó una mirada colérica, y como réplica no recibió más que otra mirada colérica que probablemente no fue más que un perturbador reflejo de la suya. A su espalda, en las profundidades de la habitación, algo se movió indolente, y una voz apagada habló en tono quejumbroso. Papá se retiró y cerró con suavidad la puerta, dejando tras él una vaharada de humo de puro que olía a madera.

Y esa misma noche, mientras me preparaba para visitar el cobertizo del heno y encontrarme con Rosie, de la zona superior de la casa, ahora en silencio, bajó flotando un aullido misterioso, mitad risa mitad chillido, un sonido realmente terrible. Me encontré con papá en el vestíbulo. Nos miramos el uno al otro por un momento llenos de temor, todo oídos.

—Jesús, y ahora qué —farfulló, y subió con andar lento y pesado las escaleras, y su espalda encorvada era la viva imagen de la melancolía.

Lo seguí con paso solemne. Mamá estaba en el desván, entre las chalotas, y todavía llevaba el vestido de la abuela. No se dio cuenta de que entramos, y permaneció con la mirada perdida en un rincón en el que había un triciclo estropeado, los restos polvorientos de un espejo agrietado que se inclinaba torcido contra la pared, una raqueta de tenis sin cuerdas y un baúl de cuero negro con tachones de latón. Papá suspiró.

—Por el dulce nombre de Cristo, ¿qué estás haciendo ahora, Trissy? —preguntó lentamente, con voz cansina.

Mamá no le oyó. Estaba en otro mundo.

—Como el humo negro —dijo como si cavilara, asintiendo despacio, intrigada—. Sí, sí.

Papá la cogió del brazo. Ella se soltó en un gesto suave y se volvió hacia la puerta, donde se detuvo y bajó la mirada hacia mis botas de agua, la incongruente enseña de mi amor. Despacio, levantó la mirada hacia la mía y esbozó apenas una sonrisa, cómplice, tierna y triste.

—Pobre chico, pobre chico —murmuró—. *Completamente solo.*

Me quedé en el desván hasta mucho después de que los dos se hubieran ido, pensando, no sabría decir por qué, en que Rosie me esperaba en nuestro nido de heno. Me lo imaginé con gran claridad, sus dedos azules de frío, sus labios fríos. Todo eso se había acabado. Parte de mi vida se había derrumbado, como una roca en el mar. No creo estar exagerando.



La nieve se derritió, la tierra volvió a la vida. La primavera llegó temprano. En marzo hubo un breve remedo de verano, unos días extraños y balsámicos, tranquilos y bochornosos. Habría preferido los vientos cortantes de otros años. Mamá se siguió hundiendo poco a poco en las profundidades de su nuevo mundo. En su enfermedad había algo caprichoso y malévolo, un aire cómplice y reservado, como si fuera *ella* quien nos siguiera la corriente *a nosotros*. Se reía en voz baja, y sonreía de una manera vaga, misteriosa, más allá de nosotros, destrozando una servilleta de papel bajo la mesa, cuyos fragmentos húmedos caían al suelo como los añicos de su propia angustia. Algunos días recorría la casa furiosa, una asombrosa réplica de la abuela Godkin, y otros era una caricatura sollozante de su amable yo. Su locura resultaba innegable y, sin embargo, en nuestros corazones, intentábamos, con una desesperada despreocupación, refutarla. Pero ninguno de nosotros estaba realmente cuerdo, de eso estoy seguro, ninguno de los Godkin ni de su parentela. Tía Martha, durante nuestras cada vez más escasas clases particulares, era propensa a caer en un repentino silencio o en injustificables arrebatos de miedo, y, a menudo, con los ojos apretados y moviendo la boca de manera tensa, me interrogaba sobre las actividades de algún día que yo ya había olvidado. Mis respuestas desganas provocaban en ella una punzante sospecha, aunque ignoro qué sospechaba. Ahora libraba interminables batallas con papá por los misteriosos términos de su testamento. Su hijo también cultivaba nuevas rarezas, y se le veía enfurruñado en el jardín, entre los arbustos, en lo alto de las escaleras al crepúsculo, ensimismado y ausente, mirándome con disimulo bajo sus cejas pálidas. Comenzaba a preguntarme si todos ellos no compartían un secreto del que yo estaba excluido, y mis pensamientos volvían una y otra vez a mi hermana perdida, de cuya existencia estaba convencido, pero de una manera irreal, distante, que no sé explicar.

En la festividad de San Gabriel Arcángel mi padre me colocó una temblorosa mano en el hombro y me llevó a la biblioteca para que mantuviéramos una pequeña charla, como él la llamó. Me pidió que me sentara en una silla recta frente a su escritorio mientras con parsimoniosa solemnidad cerraba la puerta con llave y se introducía esta en el bolsillo. A continuación se sentó delante de mí con los puños apretados sobre la mesa, hizo una mueca para ahogar un agrio eructo y durante un instante me dirigió una de sus temibles y frías sonrisas. Ya estaba medio borracho.

—¿Y bien, Gabriel? —comenzó efusivamente—. Supongo que sabes de qué vamos a hablar. Te he dado bastantes pistas, ¿eh? ¿No? Oh... Oh, bueno.

Sus ojos se apartaron de los míos y se desplazaron apáticos hacia la ventana. Era un día luminoso e inquieto, lleno de viento y de una luz neblinosa. La visión del jardín primaveral, lleno de color, pareció irritarle. Abrió los puños y tamborileó los dedos sobre el cartapacio verde, observándome con una ceja levantada y mostrando un colmillo. Para papá, su ideal de hijo nunca se fusionó con mi realidad. En las raras ocasiones en las que no podía evitar reconocer mi existencia, me miraba con ojos vagamente desconcertados, frunciendo el entrecejo con cierto aire atribulado, a mí, su pequeño orgullo y alegría.

—Bueno, lo que quiero decirte, Gabriel, es que esta casa... —hizo un gesto con la mano, levantó los ojos hacia el techo y se quedó sentado inmóvil durante un rato, con el ceño fruncido. Echó la silla hacia atrás y abrió un cajón, sacó una petaca plana forrada de cuero y llenó el tapón de *brandy*, y en un arrebato, casi con furia, se echó el licor al gaznate—. ¡Ah!, esto es horroroso. En fin, Gabriel, esta casa, entre que tu madre está enferma y, bueno, todo lo demás, he estado pensando que..., y tu tía Martha también piensa lo mismo..., que no es el lugar adecuado para que crezca un muchacho... para que se haga un hombre, ¿entiendes? Mira, hijo, lo que intento decirte, y quiero ser honesto contigo, sin rodeos, de hombre a hombre, lo que estoy diciendo es...

Una vez más se quedó callado y me miró con esos ojos vidriosos, desamparados, con un débil movimiento de la boca. Volvió a sacar la petaca, y ahora la dejó a su lado, a mano derecha. Al final, tras haber dado tantas vueltas al tema como le fue posible, fue al grano. Me iban a mandar a una escuela.

No reaccioné ante esa idea supuestamente sensacional, sino que permanecí sentado con las manos juntas, esperando a que continuara. Le sorprendió que me lo tomara con tanta calma, y creo que también le decepcionó. ¿Esperaba lágrimas y un berrinche, que me tirara al suelo en una pataleta? Si era así, no conocía a su hijo. Se levantó pesadamente y caminó hasta la ventana. Se quedó mirando al exterior, y los dedos de sus manos entrelazadas jugaban unos con otros a su espalda.

—Se levanta la niebla —dijo—. Pronto hará un día espléndido. Recuerdo cuando vivía aquí a tu edad. Eran tiempos mejores.

Regresó a su silla y se sentó con un suspiro, apretando los nudillos contra la frente. Echó otro trago.

—Entonces era más fácil... para tu abuelo..., ¡quiero decir que yo era *feliz*! Tenía muchas cosas de que ocuparme, amigos, gente que solía venir de visita. ¡Y las fiestas que dábamos! Y Martha, tu tía Martha y yo éramos íntimos... íntimos —volvió los ojos rápidamente hacia mí, con una mirada furtiva—. Éramos como amigos, grandes amigos. Lo pasábamos estupendamente, siempre riendo, había fiestas, todo eso. Las cosas eran mejores —contempló sus manos cabizbajo, negando afligido con la cabeza al evocar el pasado perdido—. La gente tenía más tiempo, las cosas iban más



despacio, había más... tiempo. Sí. Éramos grandes amigos. Y, verás, mamá también se va a ir a una... a una residencia.

Nos quedamos callados. Papá se estaba haciendo viejo, comenzaba a derrumbarse. No tenía nada que ver con las arrugas ni el pelo gris, era más bien como si remitiese una fiebre interior, como si perdiera el control de la situación, esa palabra que le gustaba tanto, control. *Mantén las cosas bajo control, chico, mantén las cosas bajo control y todo irá bien.* No tenías por qué ser fuerte, solo lo bastante para mantener tus debilidades ocultas, y supongo que eso era a lo que se refería. Me quedé allí mirándolo, a mi viejo padre, mientras lo veía tragar *brandy* barato. ¿Qué siente uno por su padre? Resentimiento, decepción..., ¿amor? ¿Qué significan estas palabras? Hubo un tiempo en que le respeté y le temí, cautivado por su violencia, su arrogancia, su dolor. Ahora solo me desagradaba, me repugnaba. No me iba a mandar a ninguna parte, porque yo ya me había ido. Birchwood estaba muerto. Se puso en marcha otra vez, como un motor viejo.

—No tengo muchos consejos que darte, chico. Procura siempre jugar limpio. A nadie le gustan los pelanas, ya sabes a qué clase de tipo me refiero, al clásico niño de mamá, mariquita, siempre mirando las musarañas, siempre... —se interrumpió, quizá al advertir que me estaba describiendo—. Bueno, de todos modos, sé un hombre, aprende lo que es la vida. ¡Haz lo correcto! A eso me refiero. Y no te equivocarás —levantó un puño cerrado entre nosotros y volvió a sonreír. Sabía lo que iba decir—. *Mantén el control* —remató en voz baja—. Es lo único que te queda.

Por un momento volvió a ser el de siempre, con sus ojos de ágata, sus dientes brillantes, el tigre de Birchwood, pero ese momento pasó, y él regresó a su aire taciturno, suspirando por la nariz, rechinando los dientes. Se sentó de lado ante su escritorio con las piernas cruzadas y un codo sobre el cartapacio, la barbilla hundida en el pecho. La petaca estaba vacía. Aparté la mirada de él. Qué alegre pareció el jardín, qué luminoso, más allá de esa habitación con sus libros muertos y su polvo, su cansancio. Michael cruzó el césped, una pequeña figura afligida recortándose contra los árboles sacudidos por el viento. Desapareció detrás de los invernaderos, rumbo al cobertizo del heno. Papá se agitó en su silla, que crujió bajo sus pesados muslos.

—Sí, aprende lo que es la vida, a veces las cosas se ponen feas, todos hemos de pasar por eso. No todo son poemas y rosas, ya te lo digo, ni mucho menos. Yo lo aprendí, vaya que sí. Antes era como tú, lleno de sueños. Oh, iba a hacer grandes cosas, grandes cosas, maldita sea, iba a dejar huella en el mundo, ya lo creo. Pero no tardé en aprender.

Se puso en pie, vacilante, se agarró con una mano al escritorio para mantener el equilibrio, y a continuación comenzó a caminar de un lado a otro, a mi espalda, agitando los brazos como excitado. Una especie de mugre blanca se le formó en las comisuras de la boca.

—La vida no es un lecho de rosas, tenlo por seguro. Debes aprender esta lección antes de salir al mundo, porque si no, mira lo que te digo, la cagarás a fondo. Mira a

tu alrededor, puedes comenzar a aprender aquí mismo, en cualquier parte, eso no importa. ¡Echa una mirada! Bueno, ¿qué ves? —juntos examinamos la habitación—. Sí. Sí. Así están las cosas, ya lo creo.

Volvió a derrumbarse en la silla y me acercó la cara por encima del escritorio. Se le tensaron las venas del cuello, separó los labios sin sangre, sus ojos rebosaban una apasionada aflicción, una angustia desesperada y muda. Nos quedamos así durante casi un minuto, prácticamente nariz con nariz. Su vehemencia remitió poco a poco, abandonó su rostro grande y gris, con sus sombras violeta y los ojos húmedos y cansados. Cuando volvió a hablar, su voz era un ronco susurro.

—Nos levantamos cada maldita mañana y por la noche nos vamos a dormir, y no hay nada que hacer. Creemos que estamos haciendo algo, que el mundo nos presta atención. Acabamos teniendo ardor de estómago, de tanto correr arriba y abajo, y seguimos sin hacer nada. Estamos hartos de nosotros mismos. Mira en tu corazón, muchacho, escúchalo. ¿Qué te dice? ¿Qué te enseña? Nada. Y eso es todo lo que aprenderás aquí. Repite conmigo. *Nada*. ¡Dilo!

Aparté la cara de él otra vez y me volví hacia la ventana, hacia el ancho mundo. Dije en voz baja:

—Nada.

Se relajó y retiró la cabeza, como una tortuga vieja, me contempló un momento en silencio, asintiendo lentamente, y dijo en un tono en el que había un poco de orgullo y mucha repugnancia:

—Eres hijo de tu padre, de eso no hay duda.

Sacó la llave y me abrió la puerta en medio de un roce metálico, y me puso la mano en el hombro con desgana. La falsedad del gesto hizo que le temblaran los dedos.

—Recoge tus cosas. Josie te dará todo lo que necesitas. El tren sale a las ocho de la mañana. Y Gabriel. Bueno, nada...

Y al decir esa palabra se mordió el labio, y de repente sonrió, con alegría, de manera culpable, y enseguida retrocedió y me cerró la puerta en las narices. Me di media vuelta y otra mano descendió sobre mi hombro.

Era tía Martha, muy consternada, con los pelos de punta y los labios temblorosos.

—¿Y bien? —me dijo con un gruñido y una mirada acusadora en sus ojos de gato—. ¿De qué iba todo eso? ¡Habla! ¿Y dónde está Michael? Eres una bestezuela, siempre sigiloso y metiendo la nariz en todas partes. Eres un muchachito muy pillo, lo sabes, ¿no? Te he visto con el papel secante —era una referencia a mi intento de leer los borrones que había sobre el cartapacio verde de papá, que coloqué delante de un espejo un día después de haber oído hablar de su famoso testamento. Pensaba que nadie me había visto. Tampoco importaba mucho, pues todo lo que me ofreció el espejo fueron borrones que, aun sin estar del revés, seguían siendo ilegibles. Las garras de tía Martha se hundieron más en mi hombro—. Ahora eres el señorito de la mansión, con tu sonrisita de suficiencia. El joven Lord Mocosito. Bueno, pues eso habrá que verlo, deja que te lo diga. Te he preguntado dónde está Michael, ¿no? Muy bien, ¿dónde está?

Le dirigí una sonrisa dulce y no dije nada, ni una palabra. Tuve que admitir que su reciente preocupación por su hijo y su paradero me interesaban, pero habría necesitado algo más que interés para dirigirle la palabra en ese momento. Me soltó, y ahogando un grito de furia se dio media vuelta y se alejó por el vestíbulo. Más tarde la vi deambulando como una loca por el césped, gritando el nombre de su hijo y retorciéndose las manos. Al anochecer Michael aún no había aparecido y tía Martha arrastró a papá al vestíbulo para que llamara a la policía.

—Pero, pero... —farfullaba él intentando soltarse. Estaba bastante borracho.

Ella lo apoyó contra la pared y le puso el teléfono en la mano, y él consiguió hablar de manera atropellada, dirigiéndole una mirada pesarosa y ofendida.

—No consigo que me contesten, eso es que no hay línea —contempló ceñudo aquella petulante máquina negra—. Esos cabrones —dijo de manera críptica.

Tía Martha se echó a llorar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gimoteó.

Papá enseñó los dientes.

—Por amor de Dios, Martha, el chico probablemente está en alguna zanja con una fulana. Un poco de sentido común, mujer. Y ahora escucha...

—¡Escucha! Que escuche ¿qué? Cristo bendito, escucha tú. No lo conoces, Joe, no sabes nada de él. Si trae aquí a toda esa gente...

—¡Ah, mierda! —entonces me vio, soltó una risita y le dijo a mi tía—: De ese es de quien deberías preocuparte. De ese.

La cara hinchada de tía Martha se derrumbó por completo, como si por fin se hubiera desmoronado un fino encaje que le servía de apoyo.

—¡Quince años! —gimoteó—. Me tuviste quince años sin poder salir de ese lugar, sin dinero, sin amigos, y solo venías cuando te apetecía. ¡Te di mi vida y tú la destrozaste! Rompiste tu palabra, nos engañaste. Dios mío, qué estúpida fui. ¡Maldito seas, maldito seas, *maldito seas!*

Mi padre la apartó de su camino y se dirigió tambaleándose a la biblioteca, sacudiendo los brazos como si una nube de moscas lo persiguiera. Martha se dejó caer despacio sobre la silla que había junto al perchero, se llevó las manos a la cara y se puso a llorar como nunca la había visto antes. Al cabo de un rato levantó la cabeza y me miró con angustia y odio.

—Tú —dijo en voz baja—. Has ganado, verdad, cabroncete. Ojalá nunca hubieras nacido.

Me fui a mi habitación. Un leve silbido llegaba del jardín, y cuando abrí la ventana y me asomé vi una borrosa figura en el césped. Era Michael. Ahuecó las manos en torno a la boca y susurró:

—*Tienen a tu hermana, Gabriel.*

Lo oí reír, y retrocedió lentamente hasta desaparecer entre los árboles. Cerré la ventana y me quedé sentado en la cama durante mucho rato sin moverme, y después saqué una mochila del armario. Unas polillas aturcidas emergieron de los pliegues. Ya estaba en camino.

De madrugada me despertaron unos gritos lejanos, y también el más incongruente de los sonidos, el tañido de una campana. Una luz roja bailaba en la pared, por encima de mi cama. Durante un rato me quedé petrificado, embotado por el sueño. Una voz que parecía estar conmigo en la habitación dijo, muy serena, *ahí viene*, y la campana tañó con más fuerza, y también me llegó un ruido de cascos de caballos y el chirrido de unas ruedas con bordes de acero sobre la gravilla. Me puse en pie con gran esfuerzo y me cubrí con una manta. Los invernaderos brillaban con una luz rubí. El cobertizo del heno ardía. ¡Rosie, la muy zorra!

No veo las escaleras, pero recuerdo la sensación de las baldosas frías bajo mis pies descalzos cuando llegué al vestíbulo. La puerta principal estaba abierta de par en par, y allí mamá y tía Martha estaban una frente a la otra, muy extrañas, muy quietas, como figuras de piedra protegiendo la entrada. Las dos estaban completamente vestidas, y de inmediato comprendí que acababa de descubrirlas al final de una riña larga y enconada. Mamá sonreía. Esa sonrisa.

—Querida Martha —dijo—, te he dicho que está en el cobertizo de allí abajo.

Tía Martha enseñó los dientes.

—Zorra chalada —dijo sin levantar la voz.

Las palabras se deslizaron de sus labios como una cinta de seda roja de odio. Se dirigió arrogante hacia el porche, y allí se detuvo y volvió la cabeza para mirarnos por encima del hombro con una expresión increíblemente dramática, los ojos llameantes, bufando por la nariz. Enseguida desapareció. Mamá me tocó la mejilla. Detrás de ella soplaba el viento, había una luna helada, árboles negros. De repente sentí un deseo irracional de pegarla. En su lugar me limité a apartarla de un empujón, bajar corriendo los escalones y cruzar el jardín. La manta se me enredaba en las piernas y debí de caerme más de una vez, pues por la mañana tenía los rodillos incrustados de sangre seca y suciedad. El carro de los bomberos estaba aparcado en un rincón del jardín, y sus dos caballos negros pisoteaban la hierba nerviosos y ponían los ojos en blanco. Unas figuras en penumbra recorrían los invernaderos, y una manguera blanca de lona, que se hinchaba y retorció como una anguila fuera del agua, reptaba a través de una ventana hecha añicos y se arrastraba sendero abajo rumbo a la espalda de la casa, hasta donde la seguí.

La visión del cobertizo era gloriosa. Unas enormes llamas escarlata se

derramaban por la puerta y las ventanas, iluminando con un diabólico resplandor el envés del paño de humo que cubría el tejado. En el patio abierto, unos bomberos achaparrados con unos uniformes que les quedaban grandes corrían arriba y abajo sin dejar de gritar. Parecía haber toda una horda. Dos tipos muy recios agarraban valerosos la manguera jadeante y lanzaban un chorro de agua sobre los adoquines, los chiqueros vacíos, incluso sobre el cobertizo en llamas, y en una ocasión sobre la figura de tía Martha, una reina trágica, de pie debajo de las llamas con los brazos muy abiertos y la cara lívida bañada por ese resplandor. El fuego rugía como un animal herido, pero no podía ahogar su grito desgarrador:

—¡Michael!

Dejó caer los brazos y puso rumbo al cobertizo con una extraña zancada entrecortada, agitando las manos. Josie y un bombero se abalanzaron sobre ella y fallaron, y el bombero la persiguió, le dio un golpecito en el hombro y a continuación, superado por el calor, giró sobre sus talones y regresó con sus compañeros. Me pareció que soltaba una risita, como si fuera un niño jugando al pillapilla. Fue un momento extraordinario, y pareció que todos los que estaban en el patio iban a estallar en una carcajada.

Tía Martha se detuvo delante del umbral en llamas y permaneció allí, en apariencia sin saber qué hacer, durante mucho rato, y papá, asomando detrás de mí como una enorme araña pálida con sus calzoncillos largos de lana, soltó un gruñido de asombro cuando ella levantó el brazo para secarse el sudor con un gesto de cansancio lánguido, indolente y estilizado. ¡Seguía actuando! En ese instante su vestido se incendió, y ella cruzó la puerta trotando. Su feroz aullido fue la perfecta contrapartida de su sinuosa figura a medida que avanzaba, parecía que ajena a su voluntad, despacio, como en un sueño, envuelta en una aureola de luz, en dirección al horno. Papá abrió la boca y soltó un alarido, furioso, terrible, y se cubrió la cara con las manos, y en esa pose teatral lo dejé, en el momento en que un bombero, sin duda guiado por una preciada noción del heroísmo, me apartó del sendero para protegerme de un peligro inexistente y rodeó la casa hasta la puerta principal, donde mamá seguía inmóvil, todavía con una sonrisa plácida.

En la penumbra de la cocina Josie me dio pan con mantequilla, unos plátanos magullados y un té hirviendo. Una bombilla desnuda, que parecía una gota de grasa de un amarillo brillante, ardía encima de la mesa ante la que mi bombero incondicional, con el casco balanceándose en la rodilla, permanecía sentado con la nariz metida dentro de una taza humeante. Cada vez que lo miraba me guiñaba el ojo en un gesto travieso, como si fuéramos conspiradores. ¿Y si lo éramos? Josie, enfundada en una informe bata guateada que había sido de la abuela Godkin, guardaba silencio junto a los fogones removiendo sin parar el interior de una enorme cacerola. Tenía los pelos de punta, pinchos y muelles grises. Creo que se había dormido de pie. Fuera, en la oscuridad, cantó un pájaro solitario para dar una absurda bienvenida a ese falso amanecer. Mamá me trajo mis ropas y me vestí sobre los cálidos azulejos que había junto a los fogones. Josie me dirigió una sonrisa soñolienta. De nuevo me sentía como un niño pequeño. Oímos cómo se marchaba el carro de los bomberos, y al oírlo mi rescatador se puso en pie alarmado. El casco se le cayó al suelo y comenzó a rodar como ebrio. Lo recuperó rápidamente y volvió a sentarse con una sonrisa mansa, y después de esa mañana el ángel de la muerte ha sido siempre para mí un rollizo bombero celestial con un guiño permanente y un casco en precario equilibrio sobre una oreja. Mamá, con los dedos apretados contra la mejilla, estaba sentada a la mesa y observaba cómo me vestía.

—Nunca has llorado —reflexionó sin mucha convicción—. Ni una vez, ¿verdad? —negué con la cabeza. Ella me tomó en sus brazos y me besó con ternura. Olía a leche, a cabellos, a violetas, el olor de la locura—. Mi Gabriel.

Una vez, cuando era muy pequeño, tuve una extraña experiencia. Recuerdo que estaba de pie junto a la puerta acristalada de la biblioteca, mirando el jardín lleno de mariposas y verano, que es el aspecto que siempre parecen tener los jardines cuando eres muy pequeño. Se me ocurrió abrir las puertas y salir al sol, pero cuando tenía los dedos en el picaporte vacilé sin razón alguna y solo durante un instante, y enseguida salí. Pero mientras duró esa vacilación momentánea me persiguió la aterradora idea de que alguien se me había adelantado, un fantasma de mí mismo que imitaba con precisión todos mis movimientos, pero en otro mundo, en otra época. Esa misma convicción, aunque ahora más profunda y más terrible, me acompañó cuando salí de la casa a la primera luz. Era un alba transparente, como de gasa, húmeda y luminosa.

¡Los pájaros, mis fieles amigos! Bajo los árboles se veían sombras color lavanda. Todavía salía humo del cobertizo del heno, una úlcera negra en medio del verdor tempestuoso de la primavera. Atisbé a papá allí en medio, vagando entre las ruinas, estupefacto y perdido. Lo dejé allí y tomé el camino de entrada. Birchwood se empequeñeció a mi espalda. Bastante más adelante, ya en la carretera, se veían los relucientes tejados del pueblo, y aquí y allá alguna columnilla de humo azul ceniza. Me acordé de Michael. Muchas cosas me desconcertaban. ¿Por qué había muerto la tía Martha? ¿Rosie había incendiado el cobertizo en venganza por haberla abandonado? ¿Dónde estaba Michael? ¿Y mi hermana? Todas esas preguntas, y muchas más. Deseaba respuestas. Pero no, la verdad es que tampoco las deseaba. Podían esperar para otro momento.



## **II. Aire y ángeles**

Todavía era temprano cuando llegué al pueblo. La luz del sol era azulada, y en ella flotaba un polvo suave. Parecía más verano que primavera, excepto por esa sensación de cosquilleo en el aire. Los habitantes del pueblo estaban en la cama, pero ya despertándose, podía oírlos. Me miraban los perros, los gatos adormilados con su veneno verde y empañado en los ojos. Siempre me he sentido amigo de los animales. El carro de la leche bajaba chirriando por la estrecha calle mayor, y el caballo, con la cola arqueada, iba dejando un reguero de humeantes bostas que parecían pezuñas desfiguradas. El lechero llevaba unos pantalones hechos con sacos de harina. Lanzó un escupitajo que aterrizó justo entre mis pies. Admirable puntería.

Me senté en los escalones que había bajo los restos de una antigua muralla. El cuartel, con sus ventanas de barrotes, me miraba desde el otro lado de la calle. A mi izquierda se encontraba el priorato, con las lápidas rotas, una torre y una campana verde de bronce. Los monjes del convento fueron masacrados por Cromwell. Algo duro me golpeó la columna vertebral. Era la punta de una bota. Pertenece a alguien que se encontraba detrás y por encima de mí, en las escaleras, con el sol a la espalda, las manos en las caderas. Llevaba una levita verde oscuro con alamares negros y dorados, unos ajustados pantalones blancos, resistentes botas negras y polainas acordonadas hasta la rodilla. Sobre su cabeza cuadrada se aposentaba un bicornio, con una ondulada pluma de avestruz en la cinta. Un bigote blanco estilo cepillo se erizaba bajo su nariz de granito. Su voz era como un cañoneo lejano.

—Richard FitzGilbert de Clare, conde de Pembroke, estuvo ahí —me miró con desagrado, señalando el lugar en el que yo estaba sentado—. ¡El mismísimo Strongbow<sup>[5]</sup> se sentó en estas mismas escalinatas! Y ahora ahueca el ala.

Qué individuo más extraordinario. ¿Qué había hecho yo para caerle tan mal? ¡Y su atuendo! Extraordinario. Retrocedí bajo esa feroz mirada azul, y cuando estuve a una distancia segura le lancé una piedra. Me amenazó con el puño.

—¡Mocoso!

Me paseé tranquilamente por el pueblo. Sonó una campana, y su música solemne bailó en el aire matinal. En algún lugar una banda comenzó a aclarar sus estridentes gargantas. A mi alrededor, en las estrechas y tortuosas calles, se fue congregando una multitud. Había hordas de niños, muchachos con camisa blanca y fajín, y niñas muy guapas con vestidos azul celeste que lucían flores en el pelo. Unos rollizos bebés,

protegidos por los brazos de sus madres, se asomaban por las ventanas. Unas viejas cubiertas con chales se reunían en grupos aquí y allá, caminaban arrastrando sus botas negras. Los hombres se apoyaban en sus bastones, los tobillos cruzados, unos tipos de cara grande y curtida, manos nudosas y maltrechos sombreros de copa. Un sacerdote con un grueso cuello encarnado y el pelo muy corto color zanahoria repartía vigorosos cachetes a unos chavales mientras su sotana se balanceaba arriba y abajo. Estalló una pelea de perros, piel y colmillos por todas partes, salpicaduras de espuma. Apareció la banda de música, que emitía un estruendo discordante. Strongbow y sus acompañantes salieron a paso rápido de una calle lateral, con las plumas de avestruz un tanto alicaídas. Era la festividad de Nuestra Señora del Puerto. Se iba a celebrar una procesión.

En el sendero que había a mi lado me fijé en una pareja de tunantes, un anciano corpulento y de nariz enrojecida que vestía un apretado traje negro y un extraño sombrero que cubría unos rizos entrecanos, y una mujer gruesa de pelo negro y lacio, y cara ancha, plana y amarillenta. Miraban a la multitud que se arremolinaba con una sonrisa amable aunque un tanto despectiva. Había en ellos algo curioso, un aire que no pude identificar del todo, pero desde luego no eran del pueblo. Y también me divertí observando a otras personas entre la multitud: un joven con cejas oscuras y ojos negros de mirada feroz, dos extrañas chicas pálidas, un hombre enjuto y nervudo con grandes orejas. Todos ellos se ignoraban unos a otros, aunque estaban unidos por un vínculo invisible. Los más estafalarios del grupo eran dos niños rubios, andróginos, idénticos, exquisitos, que, con los brazos entrelazados y las cabezas juntas, se burlaban discretamente de Strongbow y sus hombres. Llevaban sandalias y pantalones cortos, y unas túnicas amarillas con el cuello dorado y prieto. Tenían los labios y las mejillas pintados, y las cejas perfiladas de negro. Cuando me volví para mirar a la pareja que había estado junto a mí, ya se habían ido. En una verja de madera destartada, al lado de donde habían estado, alguien había clavado un cartel rojo brillante.

## EL CIRCO MÁGICO DE PRÓSPERO

que ha actuado delante de la realeza de Europa  
actores | magos | payasos | acróbatas | animales salvajes

¡EMOCIÓN!

¡CAÍDAS!

¡ANIMACIÓN!

Entrada 6 peniques, niños 2 peniques solo durante una semana

«NOS DIVERTIMOS MUCHO»

Su Alteza Real la Reina

Los demás también se habían ido, pero habían dejado carteles a su paso, clavados

en las puertas, pegados en los escaparates, envolviendo las farolas. Seguí ese llamativo rastro, que me llevó hasta el puerto, por el muelle, una alegre persecución, hasta que al final, en un campo de las afueras del pueblo, divisé sus caravanas tiradas por caballos aparcadas junto a una gran carpa roja. Las caravanas eran trastos chillones y destartalados, pintarrajeados con arco iris medio borrados, en los que se veían conductos de estufa y unas diminutas ventanitas y puertas holandesas en la parte delantera. Hierbas y musgo, incluso una primula o dos, brotaban entre los tablones alabeados de los techos en forma de tonel. Los caballos, pobres bestias muertas de hambre, se repartían por el campo con la cabeza gacha, maneados, en apariencia dormidos. La carpa estaba torcida y se combaba de manera amenazante. Una mujer a quien no podía ver se puso a cantar. La triste canción, que ascendió a través de la serena mañana de primavera, me llamó la atención. Entré en aquel campo. El tipo del sombrero raro estaba medio tumbado en las escaleras de la parte de atrás de una de las caravanas, con las manos entrelazadas sobre su gran barriga y la cara embelesada y sonriente vuelta hacia la puerta abierta, de donde procedía aquel cántico. Se interrumpió de pronto, y yo di un paso al frente.

—Perdone. ¿Es usted el señor Próspero?

El viejo se sobresaltó y me miró por encima del hombro. Detrás de él, en la penumbra del umbral, una de aquellas chicas pálidas, la cantante, estaba sentada en una silla, ahora callada, deshojando una margarita con sus uñas largas y relucientes.

—¿Qué? —gruñó el hombre. Tenía los labios gruesos y sonrosados, y unos ojos azules pequeños y brillantes, la nariz ganchuda. Recuerdo sus botas, muy gastadas y arrugadas como un papel negro.

—¿Es usted...?

—No —contestó el anciano alegremente—. Vete a la mierda.

La chica pálida le habló un momento en voz baja. Él alzó la mirada hacia ella, frunció el ceño y se volvió otra vez hacia mí.

—Vaya, creo que tienes razón, querida —farfulló—. Bueno, bueno —a duras penas consiguió incorporarse de su posición medio recostada, pero no se levantó, y se inclinó hacia delante para examinar mi cara, mis ropas, y estiró el cuello y observó detenidamente la mochila que yo llevaba a la espalda—. Un viajero, intuyo. Dime, muchacho, ¿cómo te llamas?

—Gabriel, señor.

—¿Gabriel Señor?

—No, señor, Gabriel Godkin.

Enarcó las cejas y frunció los labios.

—¿Godkin, eh? Bueno, ese es un bonito nombre, un nombre estupendo. Y dime, Gabriel Godkin, ¿quién te ha enviado? —no contesté—. ¿Y eres de por aquí? —tampoco contesté. Mi silencio pareció satisfacerlo. Se sentó y me lanzó una mirada radiante mientras apoyaba sus manos rollizas en las rodillas.

Detrás de él, la chica se movió y suspiró. Tenía la cara ancha en la parte de los

ojos, blanca, curiosamente sin huesos. No era guapa, yo no diría guapa, pero sin duda atractiva, con aquellos ojos, el pelo pajizo, esa serenidad como de trance. El anciano soltó una risita y levantó la mirada hacia ella.

—Quiere ver a Próspero, ¿lo has oído? ¿Has oído eso? —se volvió otra vez hacia mí, negando con la cabeza y con la misma sonrisa radiante—. *Nadie ve a Próspero*. ¡Caramba, yo no recuerdo haberlo visto nunca! Qué te parece. No eres muy hablador, ¿verdad, Gabriel Godkin? Aun así, hay peores defectos, peores defectos —se dio una palmada en las rodillas y se puso de pie, se subió los pantalones y tiró de su apretado chaleco. A pesar de su corpulencia y el desaliño que entrañaba, poseía cierta elegancia. Nos estrechamos la mano de manera solemne—. Soy Silas —dijo—. Ven conmigo.

Lo seguí por la hilera de caravanas hasta la más grande de todas, pintada de negro, y allí, con otra sonrisa y en silencio, me condujo escaleras arriba. Estaban todos ahí, sentados en un taburete, recostados sobre estrechos camastros, de pie sin hacer nada..., el joven de mirada feroz, la mujer gorda, los niños rubios, todos. Reinaba un gran silencio, y olía a té recocado. A mi espalda, la chica pálida entró sin hacer ruido. Se acercó a su gemela, que era idéntica a ella excepto por el pelo negro azabache, y se quedó a su lado. Nadie dijo una palabra, pero todos sonrieron, formando una sinfonía de extrañas sonrisas a mi alrededor. Silas se frotó las manos.

—Bueno, pues aquí estamos —dijo—. Permíteme que te presente... Esta es Angel, y el de ahí Mario, y los jóvenes Justin y Juliette —los niños pintados saludaron con la cabeza y rieron con disimulo—. Y el bebé que hay debajo de la mesa es la pequeña Sophie. Sal y di hola, bebé. Eres tímida, ¿verdad? Este es Magnus, y aquí tenemos a Sybil, y por fin, ¡pero ah, las mejores!, mis queridas niñas Ada e Ida —me puso la mano en el hombro e inspiró profundamente—. Niños, este es Gabriel Godkin.

Me sentía confuso. Los nombres abandonaban las caras y formaban un galimatías. La mujer alta y delgada de pelo rojo y ojos de ágata, Sybil, apartó el rostro de la ventana y me miró un instante, con frialdad. Todavía no había hablado con nadie, pero algunos sonreían. Me sentía entusiasmado e incómodo. Me pareció que me estaban poniendo a prueba o que me sometían a un juego cuyas reglas desconocía. Silas se metió las manos en los bolsillos y soltó otra risita, y enseguida descubrí la naturaleza del vínculo que había entre ellos. ¡La risa! Oh, perversa y quizá cruel, ojo, pero risa a pesar de todo. Y ahora yo también reía, aunque, al igual que la suya, mi risa no producía ningún sonido, ninguno en absoluto.

Silas me llevó a dar una vuelta por su reino desmontable. En sentido estricto, tampoco era un circo, sino una especie de teatro ambulante. No había un gran techo del que colgara una filigrana de cuerdas flojas ni relucientes barras de trapecio, sino una carpa alargada y rectangular con bancos y un escenario, si bien este último no era más que un trasto poco práctico con bisagras que necesitaba cuatro horas de trabajo en grupo para desmantelarlo. El techo de lona que había sobre nuestras cabezas, recociéndose lentamente al sol, olía a sudor y a pegamento. Me sentí vagamente traicionado, aunque me aguardaban decepciones peores. Detrás de la carpa encontramos los animales salvajes que prometía el cartel: un tísico y melancólico mono gris dentro de una jaula para pájaros y un tigre comido por las polillas que permanecía inmóvil tras unos barrotes de bambú en un remolque. El mono nos enseñó sus dientes amarillos y nos dio la espalda desdeñoso, exhibiendo su culo pelado color púrpura. Observé la mirada amarilla y vidriosa del tigre y me atreví a preguntar si estaba vivo. Silas soltó una carcajada.

—¡Disecado! —gritó, muerto de risa—. Aunque parece vivo de verdad, ¿no crees? Da miedo. ¡Ja, ja! —entrelazó las manos sobre el estante de su gran panza y me dirigió otra sonrisa radiante no carente de afecto, divertido por mi desilusión—. Es *real*, sabes, Gabriel. La gente lo encuentra bastante convincente.

«La gente» eran los que pagaban para ver esas maravillas. Pronunció las palabras con una mezcla de burla y veneración. ¡Ellos se creían los patéticos sueños que él les vendía! Aquel hecho le resultaba sobrecogedor.

—Ya ves, muchacho, pagan para quedarse boquiabiertos ante nuestro amigo disecado, para hacerle muecas a Albert el mono, para ver cómo brincamos por el escenario, *pagan*, fíjate, y sus peniques funcionan como una varita mágica, transforman todo lo que compran.

Nos sentamos uno al lado del otro sobre el eje del remolque. Del bolsillo del chaleco extrajo una pipa corta y negra y se la colocó entre los dientes, cruzó los brazos y se quedó contemplando las colinas azules que se veían más allá del pueblo. Yo lo observaba con suspicacia, con la incómoda sensación de que se estaba burlando de mí. Era un anciano extraño. Me caía bien. El sol, todavía bajo, nos daba en la cara, y en ese momento vi acercarse una figura a contraluz, recorriendo el sendero que había junto a las caravanas, una diminuta figura sobre un triciclo. Al principio pensé

que era Próspero, y me quedé mirando a Silas. Este no dijo nada. El hombrecillo se detuvo junto a nosotros y puso en el suelo una de las finas puntas de sus pies. Tenía la cabeza grande y cuadrada, y unas manos enormes. Las cejas y el pelo, negros, eran tersos como el pelaje de un animal. Llevaba un pulcro traje gris bien abrochado y una bufanda roja anudada al cuello. No medía más de un metro veinte.

—Bueno, bueno —dijo Silas a modo de saludo—. Aquí estás.

El hombrecillo se bajó del triciclo, se alisó diestramente las arrugas de la americana con el índice y el pulgar, y nos dedicó una ceremoniosa inclinación de cabeza.

—Silas, amigo mío, ¿cómo estás? ¿Y...?

—Este es Gabriel.

Me estrechó la mano.

—Mi nombre es Rainbird —dijo con cierta altivez, como si me presentara algo de inestimable valor.

Le hicimos sitio en el eje y se acomodó con delicadeza entre ambos, entrecruzando sus poderosas manos en el regazo. Silas se lo quedó mirando por encima de su pipa y le preguntó:

—Bueno, ¿alguna noticia?

Rainbird se retorció, fingiendo un delicioso horror.

—¡Menudo día! ¡Hay que ver, menudo día! ¿Te puedes creer que me han derribado del triciclo? Mira cómo estoy —había unas cuantas manchitas de barro en su chaqueta y tenía los zapatos mojados—. Una niña, no más alta que esto. Podría haberle soltado una bofetada, ya lo creo. ¿Y qué te hace tanta gracia, si se puede saber? —Silas se había echado a reír. Al momento convirtió la risa en tos y sacudió la mano en tono de disculpa. Rainbird sorbió por la nariz—. No le veo ninguna gracia, desde luego.

Dirigió su atención hacia mí y me examinó de arriba abajo sin inmutarse, y, todavía con esa extraña mirada plantada en mí, le dijo a Silas:

—Por estos lares no hay mucho que rascar. Arrendatarios casi todos. Un pueblo o dos. Dicen que los propietarios de por aquí son de gatillo fácil. Lo que más nos conviene es ir al norte.

Silas asintió, aunque sin hacer mucho caso de esa información. Me dijo:

—Rainbird es nuestra avanzadilla.

El hombrecillo lo fulminó.

—Ah, así que eso es todo lo que soy —dijo lleno de sarcasmo—. Nuestra *avanzadilla*. Nada más.

Silas sonrió, todavía con la mirada perdida en las colinas.

—También hace un par de trucos en el espectáculo.

—¡Trucos! ¡Vaya! —gritó Rainbird. Se quedó cavilando un rato con aire sombrío. Se encogió de hombros y se volvió de nuevo hacia mí—. ¿Y bien, Gabriel? Otro aspirante, supongo.

—Sí, señor.

—¿Te has escapado de casa?

—Sí, señor.

—Ajá, me lo imaginaba.

—Señor, esa niña, la que le tiró de la bicicleta...

Aunque Silas no se movió ni me miró, imaginé que sus delicadas orejas, casi puntiagudas, temblaban. Enseguida lamenté haber hablado y en mi fuero interno me maldije por mi incontinencia. ¿No había jurado que llevaría a cabo mi búsqueda en un astuto silencio? Y ahí estaba, soltando los secretos de mi corazón sin poder tragarme mis palabras. Rainbird me escudriñaba con un nuevo interés, a la espera de que finalizara mi pregunta. Cuando vio que no lo haría, dijo:

—Era una niña cualquiera, no sé. ¿Por qué?

Silas se sacó la pipa de la boca y examinó la cazoleta, raspó los restos de tabaco quemado con la uña del meñique, volvió a ponerse la pipa entre los dientes, le dio un par de caladas de prueba y a continuación le acercó una cerilla. Mientras esperaba que siguiera relatando mi historia, exhaló un perfecto anillo azul que quedó flotando sobre su cabeza y que, de algún modo, pareció traicionar, sin que él mismo lo sospechara, su verdadero interés. Rainbird nos dirigió una mirada inquisitiva, primero a uno y luego al otro. Para mi sorpresa, descubrí que comenzaba a disfrutar de ser el centro de atención.

—Bueno, estoy buscando a alguien —dije, y añadí en voz baja—: A una chica.

La boca de Rainbird formó un pequeño círculo antes de decir:

—¿Ah, sí? Vaya.

—Sí. Mi hermana —se miraron el uno al otro y asintieron lentamente, al parecer muy impresionados—. Mi hermana gemela —añadí de manera temeraria—. La robaron...

—¿Las hadas? —preguntó inocente Rainbird.

—No, no. Nunca lo supe. Quiero decir que no lo recuerdo, pero estoy seguro de que..., quiero decir que yo...

Me interrumpí y los miré con suspicacia. Se habían puesto demasiado solemnes. Silas sacó un florido pañuelo rojo, se lo llevó a la nariz y al sonarse emitió un ruido como de trompeta. Las fosas nasales de Rainbird temblaron de una manera peculiar.

—¿Y su nombre? —preguntó.

—No... no lo sé.

—Ah. ¿Y qué aspecto tiene?

Silas le dio un codazo.

—Apuesto a que tampoco lo sabe.

Se quedaron meditando un momento y Rainbird inspiró profundamente y dijo muy serio:

—Bueno, entonces tienes muchas posibilidades, ¿no?

Silas soltó una risotada por la nariz y Rainbird se abrazó las rodillas, más



contento que unas pascuas con su chiste. El regocijo hizo temblar el eje que teníamos debajo. Yo no lo entendí. De acuerdo, mi historia les había parecido estúpida, pero ¿por qué la encontraban tan graciosa? De nuevo, al igual que me había ocurrido antes en la caravana, tuve la impresión de que era el único que ignoraba las reglas de su juego.

—¡Muchas posibilidades! —chilló Rainbird, fuera de sí, y le dio una palmada a Silas en la espalda. El anciano comenzó a toser con ganas. Al cabo de un rato, la hilaridad general remitió, y Rainbird empezó a balancear alegremente sus piernecitas. Dije en tono gélido:

—Tengo una foto de ella.

Silas me lanzó una mirada llena de curiosidad.

—Seguro que sí —murmuró, y por su tono resultó imposible adivinar si me creía o estaba siendo sarcástico.

Sin decir otra palabra me alejé de ellos en dirección a la caravana negra bajo cuyos escalones había dejado mi mochila. Los niños dorados, Justin y Juliette, se asomaron por la puerta holandesa y me miraron impacientes mientras hurgaba entre mis cosas y sacaba la pequeña fotografía enmarcada. Regresé corriendo por donde había venido y me encontré a Rainbird y a Silas caminando con el triciclo entre ambos. Silas cogió la foto, la miró y se la entregó a Rainbird, quien guiñó un ojo.

—La chica es un pimpollo —dijo, y soltó una risita.

Silas me puso la mano en la cabeza y me sonrió con benevolencia.

—Vamos —dijo—, vamos, *Sir* Sonrisas.

Aquella noche, mientras se desplegaba el destartado sueño del Circo Mágico, me senté con las manos húmedas y el corazón alegre en el centro del tercer banco empezando por delante, de donde Silas me sacaría al cabo de un rato para llevarme al resplandor y oropel de mi nueva carrera. El público, apretujado, vibraba, sudaba de entusiasmo, la cara iluminada por el parpadeo de las lámparas de aceite en el escenario, donde Magnus, el de las grandes orejas, estaba sentado en un taburete extrayendo alborozadas melodías de un acordeón jadeante. Hicimos lo que pudimos para acompañarle con nuestros cánticos, pero nadie sabía la letra, y de los bancos subía un zumbido de gemidos y murmullos entre los cuales temí que mi propio miedo escénico fuera audible, un canturreo desgarrador. Al final, con una última floritura, Magnus se retiró, y con el acompañamiento del redoble de un tambor invisible, Silas salió de entre bambalinas con los brazos hieráticamente levantados. Dio la bienvenida a los clientes, y esbozó las delicias de la velada que los esperaba. Su sombrero era tan negro como un ala de cuervo.

Por la derecha sale Silas haciendo una reverencia y por la izquierda entra Mario el malabarista, con las cejas negras arqueadas y llenando el escenario de rutilantes ruedas y centelleantes rayos de luz. Su espléndido ceño fruncido no titubeó ni un momento, ni siquiera cuando los aros que hacía girar se le enredaron en las muñecas y las mazas de malabares se partieron como si fueran cráneos, y sus ojos feroces ardían con más ferocidad cuanto peor le salía el número. A continuación salió Rainbird con una capa de brujo y un sombrero de papel puntiagudo festoneado con estrellas de plata que provocó cierta hilaridad entre los jóvenes situados en las filas traseras. Sacó unas bolas de billar de la nada y transformó un bastón en un pañuelo de seda. Un ratón blanco se escapó de un bolsillo oculto en su capa.

Las pálidas gemelas, Ada e Ida, descalzas, envueltas en velos, ejecutaron una solemne pavana al son de una melodía interpretada por Mario con su silbato de latón. El público estaba extasiado, no prestaba oídos a los incongruentes golpes de los talones desnudos sobre las tablas. El baile terminó y las chicas desaparecieron sinuosamente entre bambalinas, aleteando sus pálidos dedos. Se oyó un estruendo. Los hombres silbaban y daban patadas en el suelo, y las mujeres sonreían valientemente, pero todos quedaron en silencio en cuanto vieron a Magnus pasear cabeza abajo por el escenario y volver a ponerse en pie delante de nosotros, con la

sonrisa en los labios. Llevaba unos pantalones a cuadros, unos tirantes muy poco tensos, una levita que le quedaba grande, una calva falsa y una nariz color cereza.

—*A ver a ver a ver...*

Y ahí estaba otra vez Mario, con un nuevo atuendo, levantando a Justin y Juliette y paseándolos por el escenario en una exhibición acrobática. Alzó una tormenta de polvo. La pelirroja Sybil, con Magnus y Mario disfrazados con chaquetas rojas de caza, interpretó una escena de un melodrama popular. Los ojos les centelleaban, restallaban las fustas.

—*Aubrey, ¡ese bellaco merece una paliza!*

Había comenzado a pensar que mi momento nunca llegaría, pero al final el bodhrán volvió a sonar y Silas apareció con una chistera abollada y guantes blancos, y una levita que todavía llevaba las marcas de polvo de su primera aparición sobre la espalda de Magnus el payaso. Le seguían Justin y Juliette, y entre ambos llevaban un objeto misterioso oculto bajo una tela negra. Lo dejaron sobre una mesa en el centro del escenario. Silas se quitó la chistera y los guantes y los colocó encima de la mesa. Se ajustó el alfiler de la corbata. El público, inquieto, se agitó en sus asientos.

—*¿Quién conoce* —gritó Silas, volviéndose de repente y lanzándonos una mirada colérica—, *quién conoce el poder de la voluntad, ah, amigos míos, la fuerza y debilidad de la mente?*

Meditamos sobre esa pregunta mientras él volvía a ponerse los guantes y el sombrero. Avanzó hacia el borde del escenario.

—*Damas y caballeros* —dijo sin levantar la voz—, soy el custodio de unos poderes oscuros que me otorgaron los gitanos de Persia. Los druidas de antaño no sabían nada de lo que yo sé, los secretos de los alquimistas son mis secretos. Yo soy Silas, para el cual la voluntad del mundo es como una ramilla, que se puede partir... ¡así!

Chasqueó los dedos, y detrás de él los niños dorados apartaron de un golpe la tela negra y revelaron a Albert el mono, sentado en su jaula de brazos cruzados y con los labios negros dibujando una mueca que dejaba al descubierto los dientes. El público soltó un grito ahogado. Albert se rascó la barriga. Silas esbozó una sonrisa.

—*Mi ayudante* —dijo, y abrió la puerta de la jaula.

Albert levantó la mirada de manera inquisitiva, se encogió de hombros, salió de la jaula y se colocó en un rincón de la mesa. Silas cerró los ojos y dejó una mano sobre la cabeza calva del animal, permaneció un momento inmóvil y de repente soltó un grito, se tambaleó, recobró el equilibrio y bramó:

—*Ahora su poder es mío, reforzará el mío, su mismísima alma ha entrado en mí. Mírenlo, está vacío* —de hecho, parecía que a Albert lo habían vaciado, acucillado allí, boquiabierto—. *Solo cuando haya terminado le devolveré su sustancia, solo entonces...*

Solo entonces Albert no pudo resistirse a su pérfido sentido del humor. Salió de su letargo, saltó sobre la espalda de Silas y le derribó el sombrero, bajó de un salto y

se puso a corretear por el escenario, chillando y parlotando, mientras Justin y Juliette lo perseguían. Aquello era un pandemónium. El público no cabía en sí de júbilo.

—¡Hurra!

—Un plátano, dadle un plátano.

—Atadlo con algo.

—¡Sí, atadlo!

—¡Espera! Ya lo tiene.

—Por Dios, ya lo tiene.

—¡Aah...!

Justin estaba tumbado sobre los tablones, y lentamente extrajo de debajo de él al estupefacto mono. Los niños lo agarraron y lo llevaron ante Silas.

—¡Condenado animal! Creías que podías escapar, ¿eh? Creías que podías desafiar mi poder. Venga, sujetadle la cabeza. Sujetádsela —volvió a agarrar el cráneo gris con la mano, y de nuevo gritó—: ¡Ahora! Y ahora lleváoslo. ¡Fuera!

Metieron al pobre Albert dentro de la jaula y se lo llevaron. Silas se volvió hacia nosotros.

—Y ahora, damas y caballeros, pido un voluntario —¡ese era el pie para mi entrada!—. ¿Quién pondrá a prueba su voluntad contra la mía? ¿Quién de entre ustedes se arriesgará a emprender un viaje hacia las desconocidas profundidades de su alma? —me puse en pie de un salto y moví los brazos, mudo de entusiasmo. Silas me dirigió una sonrisa radiante. Al otro lado de la sala dos o tres fornidos sujetos se pusieron en pie, sonriendo con aire estúpido mientras se rascaban la cabeza. Silas los ignoró con habilidad, y ellos volvieron a sentarse enseguida—. Acércate, valiente mozo, ven, por aquí. Vean, amigos, un joven imberbe. ¿Cómo te llamas?

Allí en medio todo era ruido y luz, otro mundo. Silas me dio un codazo y me gritó a la cara, o eso pareció.

—¡Nombre!

—Gab... —comencé a decir, y recibí otro codazo.

—¿Qué has dicho? Habla fuerte, muchacho, no tengas miedo.

—Johann Livelb, señor —dije, pero la voz no me funcionó y tuve que repetir ese descabellado alias que Silas me había encontrado Dios sabe dónde.

—Vaya, vaya, un extranjero, ¿eh? Dime, Johann, ¿dirías que tu voluntad es fuerte?

—No lo sé, señor... Quiero decir, sí. Señor.

—Sí. Bueno. ¿Dirías que es más fuerte que la de un mono?

—Sí.

Carcajadas.

—¿Dirías que es más fuerte que la mía?

Abrí la boca y volví a cerrarla. No me acordaba de la respuesta, y cuando rebusqué otras en mi pobre y frenética conciencia comprendí que tampoco las recordaba. ¡Todas esas líneas, ensayadas con tanto esmero, y ahora olvidadas! Silas

vio que yo andaba perdido, y me enseñó los dientes. Justin trajo un taburete de tres patas y me sentaron encima. Silas sacó su reloj, un reloj de repetición dorado, y lo hizo oscilar delante de mí colgado de una cadena.

—Atiéndeme, muchacho, concentra en mí toda tu atención, tu mismísima alma — hizo oscilar el reloj lentamente—. Comienzas a amodorrarte. Venga, no te puedes resistir. Ah, llega el sueño... el sueño... *el sueño*... —volvió a meterse el reloj en el bolsillo y se quedó mirando al público—. Vean —susurró—, vean, duerme, es mío. ¡Muchacho! ¡Habla!

Me observó con aprensión mientras yo me levantaba con los ojos medio cerrados y mantenía los brazos inertes a los lados. De todas las líneas que había olvidado, me llegó una frase.

—*Amo, soy tu esclavo, haz conmigo lo que puedas.*

Me guiñó el ojo y se volvió con una sonrisa triunfante hacia los aplausos del público.

—Damas y caballeros, ¿qué quieren que obliguemos a hacer a mi esclavo? —me hizo una seña con el dedo para que fuera a su lado, y susurró en mi oído—: Lo que quieras, no lo que puedas, payaso —era un amo duro.

Me hizo cacarear como una gallina, arrastrarme como una serpiente, nadar sin agua, saltar del taburete aleteando con los brazos. Canté una canción. Bailé. El público se tronchaba. Nunca había experimentado tanta libertad, soy incapaz de explicarlo. Silas por fin chasqueó los dedos y me volvieron a enviar a mi asiento. Un gran suspiro llenó la carpa. El reparto volvió a escena y saludó al público. No me molestó el hecho de no estar entre ellos, pues allí, en el banco, entre el público, yo era una criatura mágica, un unicornio. Silas dejó a un lado el sombrero y los guantes.

—Señores, señores, nuestra fiesta ha terminado...

Era extraño que fuese tan fácil engañar a tantos. Digo *engaño*, pero no es eso, no exactamente. El público deseaba ser engañado, conspiraban con nosotros en nuestras fantasías. El número de Silas apenas varió durante toda la semana —exceptuando que Albert más o menos consiguió comportarse y que yo acabé dominando mi miedo escénico—, pero la gente que regresaba noche tras noche y componía más de la mitad del público se quedaba mirando sus payasadas con un feliz entusiasmo, como si fuera la primera vez. De hecho, hacia el final, en algunas de esas caras aparecía una expresión petulante, como de amo y señor: sabían lo que venía a continuación. Era un juego al que todos jugábamos, hechiceros y hechizados, lanzándonos una brillante pelota dorada bajo las candilejas, un juego que no significaba nada, no era más que una voluta de humo, y sin embargo, y sin embargo, en la tensa cuerda de acero de sus estructuradas vidas, tocábamos una nota sombría y extática que a nuestro paso dejaba un hormigueo en su ordenada ciudad.

El mismo hormigueo que sentían nuestros intérpretes cuando se apagaban las luces y los soñadores regresaban a sus casas para su segundo sueño. Todos nos apiñábamos en la abarrotada parte de la carpa que servía de camerino detrás del escenario. Reíamos, gritábamos, caíamos unos encima de otros, derribábamos las velas, temblando de los nervios, embargados por una alegría frenética que surgía de no sabíamos dónde, que burbujeaba por nuestras venas y, ¡*pop!*, estallaba mientras el maquillaje caía como escamas de nuestros ojos. Entonces, uno por uno, ya calmados, cruzábamos el campo a oscuras hacia la caravana negra en la que Angel nos esperaba con una sopa de patatas y pan y unas enormes teteras llenas. Pasábamos casi toda la noche conversando sobre cualquier cosa, mientras la solitaria lámpara de parafina se iba consumiendo. Los niños dormitaban, las pálidas gemelas cantaban en voz baja y atiplada, y Silas permanecía sentado en su mecedora alta y nos sonreía a través de las espirales de humo de su pipa. Esa era la hora que más me gustaba, acurrucado, rodeando las rodillas con los brazos en un rincón en penumbra de esa olorosa caravana caliente, amodorrado y tranquilo, con el verde aroma de la hierba colándose entre los tablones, una temblorosa estrella colgando en una esquina de la ventana, la inmensa noche a mi alrededor, extendiéndose a través de los campos y los bosques y los relucientes pantanos, toda esa oscuridad, ese silencio.

En esas noches todos hablaban de los viejos tiempos, tiempos mejores, contaban

historias fabulosas, concebían nuevos sueños. Nunca mencionaban a Próspero. Cuando yo preguntaba por él, se quedaban en silencio, se miraban las uñas, y Magnus, con su lúgubre sonrisa sesgada en medio de la penumbra, decía en voz baja:

—¡Ese sujeto tan próspero!

Y así fue como Próspero se convirtió para mí en un misterio estrechamente vinculado a mi búsqueda. Me gustaba imaginarlo como un anciano diminuto y marchito con la piel arrugada como papel de estraza, manos de gorrión, un gran sombrero, una capa, un bastón torcido, ojos claros y penetrantes, siempre delante de mí, como una araña negra, encorvado, el bastón golpeando el suelo, guiándome sin cesar por un misterioso paisaje blanco. Sé que se trataba de una imagen errónea, pero me bastaba. Al igual que nuestro público, yo también quería soñar. Asimismo sabía que mi búsqueda, de la que todo el mundo se reía y se burlaba, era una fantasía, pero me aferraba desesperadamente a ella, y no estaba dispuesto a traicionarla, pues si no podía ser un caballero andante no sería nada.

A veces tenía la extraña sensación de que el circo me había estado esperando. ¿Cómo si no explicar la calma con que me recibieron, esa fantasmal presentación, el silencio y la silenciosa carcajada? Es una cuestión que consideré a lo largo de muchas noches sin fin, y salía a la mañana decidido a obtener una respuesta, pero todos me decepcionaban con su impenetrable retraimiento. Se resistían a hablar de sí mismos, y tardé un tiempo prolongado y tedioso en reunir incluso los contornos de sus historias. Es cierto que me aceptaron enseguida en la vida del circo, pero nunca sentí que perteneciera del todo a su ambiente, como si el pacto mediante el cual ellos se sentían obligados a cuidarme no exigiera nada más allá de lo esencial. ¿Quizá la crueldad de los niños dorados era un poco más cruel cuando se dirigía hacia mí? ¿La cólera de Sybil era más afilada cuando recaía en mi persona?

Mi primera dificultad consistió en desentrañar los hilos de sus relaciones. Por ejemplo, desde el principio, cuando aparecieron a mi lado en el pueblo, imaginé que Angel y Silas eran marido y mujer. Pronto descubrí que me equivocaba, pero lo que tardé mucho en descubrir, semanas, fue que Sybil era su compañera. ¡Sybil la del cabello flameante, la de los ojos verdes y gélidos, Sybil la austera! Me quedé asombrado, y al principio me repelió. ¿Cómo era posible que esa orgullosa criatura patricia permitiera que ese viejo verde compartiera su cama, sus secretos, manoseara sus resplandecientes extremidades? Sybil, con su fría belleza, su furia apasionada, era un misterio vibrante e intocable, mientras que Silas no era más que un borrachín, con el culo como un tonel, jadeante, un viejales que daba risa. Posteriormente, cuando conocí la verdadera naturaleza de Sybil, un amargo brebaje de rencor y mezquindad, tuve que preguntarme cómo era posible que Silas, que después de todo no era tan ingenuo, pudiera incluso tolerarla. La respuesta es que ella representaba su extraña idea de la belleza hecha carne, una belleza que era fuente inagotable de asombro y diversión. Un día la encontré en la caravana riñendo con Angel, chillando, echando espuma por la boca. No era algo inusual, pues a Angel le encantaba provocarla. Silas

permanecía sentado a la mesa con las piernas cruzadas, los pulgares en el chaleco, y las observaba con una sonrisa radiante como si dijera: *mira, mira, ¿no es exquisita, mi Sybil? ¡Y tan tonta!*

El placer que le proporcionaba su mujer era sobre todo intelectual, mientras que sus más bajos anhelos los dirigía hacia otra parte. En una ocasión, alegremente borracho de aguardiente de destilación casera, nos confió a Rainbird y a mí su sueño, que consistía en morar en idílica concupiscencia, esa fue su palabra, no con una, sino con las dos gemelas, Ada y su sombría hermana Ida. «Tenerlas a las dos en pelotas, una a cada lado, con sus tetas en mis orejas, ¡ah, eso sería fabuloso!». Las chicas no hacían el menor caso a sus atenciones, pero Silas insistía en que esa indiferencia solo conseguía provocarle mayores éxtasis de deseo. Nunca pude tomarme en serio ese anhelo ridículo, en parte porque el propio Silas lo consideraba una debilidad desconcertante pero divertida propia de su edad, y en parte porque, irónicamente, me estaba enseñando de una manera sutil a no tomarme nada en serio, aunque quizá sería más acertado decir a no tomarme nada con gravedad.

El descubrimiento más asombroso de todos fue que Justin y Juliette, esos duendecillos maliciosos, eran el producto de la unión entre Silas y Sybil. ¡Sí! Confieso que al principio no me lo podía creer, y cuando Magnus me lo reveló escruté su cara en busca del gesto que delatara el chiste, pero no era ningún chiste. A partir de entonces miré a los niños con otros ojos. Eran una pareja extraña, inquietante. A pesar de la diferencia de sexo, que de todos modos era mínima, eran idénticos en cuerpo y alma, un hermoso monstruo de dos cabezas, pérfido, destructivo, siempre alegre. Magnus los fusionaba en una sola entidad que llamaba Justinette. No sabía hasta qué punto acertaba. Me daban miedo.

Magnus era un payaso nato. Tenía una larga cabeza en forma de cuña rematada por una maraña aplastada de pelo claro, como de animal. Su nariz era fina, con venas azules, nudosa en la punta, y resultaba casi doloroso mirarla en su austeridad, y sus ojos claros y húmedos asomaban a través de unos círculos concéntricos de carne pardusca y cansada, y parecían permanentemente a punto de anegarse en lágrimas. Ese cuerpo largo y nervudo y su sonrisa lastimera provocaban de inmediato en el público el tipo de carcajada que hace prosperar a los bufones, ese estrepitoso ja-ja con una semilla de recelo alojada en su raíz. Nos mantuvo entretenidos durante todas nuestras penalidades menos una, sentado en su taburete con las manos sobre las rodillas huesudas, desgranando sus elegantes historias.

La última noche en el pueblo fue lluviosa y tempestuosa. Sables de lluvia negra atravesaban el campo empapado, y el viento aullaba en las cuerdas de la carpa. El espectáculo fue un desastre, y el público, o al menos el que quedaba, exigió que le devolvieran el dinero. Estábamos apiñados en la caravana en torno a la estufa al rojo, tosiendo mientras el humo volvía a bajar por el tubo. Incluso el té recocado de Angel, lo bastante fuerte como para resucitar a un muerto, era incapaz de revivir nuestro espíritu, y permanecimos sentados envueltos en un capullo de melancolía hasta que



Magnus sacó la armónica y tocó una giga, siempre el prelude de una historia.

—¿Os he contado alguna vez —comenzó a decir, golpeando la armónica en la palma de la mano y observando el techo con el ceño fruncido— la historia del ataúd que explotó?

Nos acurrucamos aún más cerca de la estufa y cada uno apretó las manos contra su taza de té. A pesar del humo y las corrientes, en una noche de tormenta no hay nada tan acogedor como una caravana. La graciosa voz de Magnus proyectó un hechizo sobre todos nosotros y nos sacó de nuestro abatimiento, y cuando ahora pienso en él me doy cuenta de que, de todas las criaturas que he perdido, lo que más echo de menos es su espíritu valiente y maniático. Ah, Magnus, amigo mío.

Silas amaba a las pálidas gemelas, y estas amaban a Mario, pero el único amor de Mario era su mano izquierda. El día que nos marchamos del pueblo me explicó su pasión. Iba junto a él en la última caravana, que por las noches compartíamos. Era una mañana luminosa, que la tormenta de la noche había dejado impoluta. Mario llevaba sus pantalones de montar negros y una camisa blanca holgada. En torno al cuello delgado se había anudado un pañuelo amarillo. Componía una figura romántica, con sus ojos negros de bandido y la marca del enfado en la boca. En el regazo llevaba a Sophie, el bebé, una niña solemne y despierta de pelo ensortijado.

—Me follo a una mujer una vez, ¿vale? —dijo cortando el aire con el canto de la mano—. Una vez, no más, y ya es mía, ¿entiendes? ¿Sabes a qué me refiero? Tengo a la mujer en la cabeza, todas ellas aquí dentro —se dio unos golpecitos en la frente—, y cuando quiero a la mujer *de verdad*, una que lo haga todo, ¿sabes?, solo tengo que pensar en una y... ¡*rata ta ta ta!* ¿Entiendes?

Se echó a reír. La risa de Mario era digna de oírse, una risita aguda y carente de humor que sonaba como si algo golpeará un cristal y lo desportillara. El bebé lo miró con los ojos como platos. Mario le hizo unas cosquillas cariñosas. En una de sus expediciones en busca de especímenes, para su intensa sorpresa, había engendrado a Sophie con la rubia Ada. Era un encanto, sí. Su hija era lo único capaz de abrirse paso a través de su congénita brutalidad y tocar en él una nota oculta de ternura. Que un juguete tan cálido y brillante pudiera haber surgido de manera espontánea de ese galope sin alegría era algo de lo que maravillarse. Los sentimientos de Ada, por otro lado, habían quedado bastante intactos. Durante un periodo lo más breve posible llevó su carga antes de escupir a la mocosa y endosársela a Mario, para después olvidarla por completo.

Las gemelas se parecían solo en su aspecto. En espíritu eran tan diferentes como el día y la noche. Ada, a pesar de su áurea belleza, tenía el carácter de Mario, era huraña, propensa a rabieta incoherentes, de risa sombría, de una crueldad despreocupada y, sin embargo, a pesar de su actitud caprichosa, exhibía cierto esplendor despiadado. Comía con voracidad. Mientras los demás nos conformábamos con patatas y pan en diversas e ingeniosas combinaciones, ella siempre conseguía fruta o carne, algún manjar, proporcionado sobre todo por Magnus, que tenía maña con los cepos y cosas así, y que también, sospecho, albergaba un deseo secreto por la

carne salvaje de Ada. Apoltronada en su litera con esa gracia negligente, desgarraba con sus pequeños dientes blancos una pata asada de conejo o el tierno lomo sonrosado de un salmón, con avidez y también con indiferencia. Vivía la vida con las puntas de sus cinco sentidos y, aun así, si uno era lo bastante necio como para enfrentar su voluntad a la de ella, de inmediato se encontraba con un asombroso ruido metálico, pues en su núcleo era una mujer de acero.

Y luego estaba Ida, ah, nuestra gentil Ida. Se nos acercó cuando nos detuvimos a mediodía. Nos trajo la comida y se sentó con Sophie sobre la hierba, a un lado de la carretera, mientras almorzábamos. La chica y el bebé nos dirigieron la misma mirada intensa, como si presenciaran la celebración de algún rito extravagante. El espectáculo de dos sujetos comiendo era tan misterioso y desconcertante aquel día como el anterior, y todos los días antes que ese, pero mientras que Sophie, al igual que los demás, ya no pretendía encontrar sentido a los gestos humanos una vez había aprendido a realizarlos, Ida nunca perdía su visión infantil. Para ella el mundo era una perpetua fuente de asombro. Nunca había comprendido la naturaleza de la costumbre, la comodidad que proporciona, porque lo que le fascinaba era la permanente rareza de las cosas. No era inocencia, sino, por el contrario, un rechazo a calificar de ordinarias las complejas y exquisitas claves entre las que su vida flotaba de manera tan tenue.

Una figura se acercó por la carretera por la que viajábamos, una mujer alta enfundada en un vestido largo y apoyada en un bastón grande. Se aproximaba a toda velocidad, balanceando los brazos, una criatura poderosa. Mario, encorvado sobre su plato, iba masticando cada vez más despacio a medida que ella se acercaba, las cejas levantadas. Había algo de lo más extraño en aquella mujer. No se detenía, y su paso cadencioso expresaba, incluso de lejos, una irascibilidad contenida y torrencial. Llegó a la altura de la caravana y pasó sin detenerse, clavándonos una mirada torva. Sobre su gran cabeza llevaba una toca con volantes. Sus botas, grandes y negras, hacían volar las piedras. Nos rebasó a paso de marcha, se detuvo, de repente giró sobre sus talones, volvió y se plantó delante de nosotros. Me quedé mirando aquella mandíbula cuadrada y azulada, las manos callosas y las muñecas gruesas. Los músculos protuberantes violentaban las mangas del vestido. Era un hombre.

—No me iría mal tomar un bocado —gruñó, y de manera amenazante se pasó el bastón de una mano a otra.

Mario, con la boca llena de pan, lanzó una mirada cauta hacia la carretera. Nuestra caravana estaba aparcada en un recodo y no podíamos ver a los demás. Se encogió de hombros y le hizo una seña con la cabeza a Ida, que se puso en pie y reunió la comida que quedaba: dos patatas frías y un trozo de pan. El tipo vestido de mujer soltó el bastón y de un tirón agarró el plato que le alargaba Ida, y doblando las piernas como si fueran tijeras se dejó caer en medio de la carretera y comenzó a llenarse la boca de comida sin quitarnos ojo bajo sus cejas negras. Sophie soltó una risita y le señaló con su grueso dedito. Las mandíbulas del sujeto se detuvieron y

puso una expresión ceñuda, y poco a poco volvió a masticar otra vez mientras Ida hacía callar a la niña. El hombre se tragó la última patata y apartó el plato metálico de un empujón, suspiró y, de pronto, con un furioso gruñido, se quitó la toca de la cabeza.

—Puto trasto —farfulló, mirándola muy asqueado.

En aquel momento aparecieron dos nuevas figuras detrás de él, en la carretera: una rolliza y bajita, y la otra alta y delgada, unos individuos cómicos vestidos de azul que trotaban hacia nosotros. Mario soltó una carcajada.

—Eh, *signora*, mire quién viene.

Nuestro invitado se volvió bruscamente, soltó una palabrota, se puso en pie de un salto y se perdió por el recodo a gran velocidad. Los dos policías llegaron jadeando por el esfuerzo. Se detuvieron, se quitaron el casco, se secaron la frente, y se subieron el cinturón, un tanto caído. Sophie soltó otra risita, encantada al verlos. El gordo volvió a ponerse el casco y nos señaló con un dedo amenazante.

—Su gente —anunció— está buscando que la detengan —con el dedo señaló la carretera—. Ese tipo pretendía abrirle la cabeza a alguien. Están buscando que los detengan, ya lo creo, y yo soy el que va a hacerlo. Pueden decirles que el sargento Trouncer les ha avisado.

El otro, de constitución tísica y con una cara de carnero larga y gris, asomando por encima de la espalda de su superior y asintiendo vigorosamente, dijo:

—Exacto, díganse lo.

Nos quedamos callados. Nuestra apatía ante sus amenazas lo desconcertó. Se lo pensó un momento.

—Están buscando que...

—Vamos, Jem, por amor de Dios —rugió Trouncer.

Se alejaron a toda velocidad. Mario volvió a reírse, y ágilmente saltó a la cuneta para contemplar la persecución, e Ida se inclinó hacia mí con los ojos como platos y los labios temblorosos y susurró, como si acabara de desvelar un enorme secreto:

—Gabriel, era... *¡un hombre!*

Lo exótico, una vez experimentado, se convierte en tópico, ese es uno de los grandes inconvenientes de este mundo. Tocas el oro y se convierte en escoria. Pero eso no ocurría con el grupo de Próspero. Viajé con ellos durante un año, y siempre me encontré en medio de alguna rareza nueva y espléndida que no solo surgía de la emoción de ver nuevos lugares y paisajes, un nuevo mar de caras cada noche, sino que era la esencia de esas cosas caprichosas y algo más, una sensación de infinitas y extrañas posibilidades. Siempre nos esperaba algo, una promesa sin nombre nunca alcanzada, pero siempre a nuestro alcance. Quizá por ello, por mantener la mirada fija en un horizonte luminoso y mítico, lo que mejor recuerdo no es el circo en sí, sus paradas y actuaciones, sino el viaje, el chirriar de las ruedas sobre caminos de piedra, el fuerte olor de los caballos, las voces que nos llegaban desde las caravanas que iban en cabeza, y la tierra, girando en grandes y lentos círculos alrededor de nuestro eje en suave movimiento, la tierra triste, encantadora.

Más tarde ese mismo día que dejamos el pueblo, mientras nos encaminábamos a las lejanas montañas, el sol del atardecer rasgó las nubes, y Mario, de repente alegre, se puso a cantar. Las sombras se alargaban sobre los brillantes prados. Unos instantes de lluvia. *O mi amore, mi amore*. El camino descendía por una colina hacia unas altas dunas de arena. El sol desapareció y la luz se convirtió en un neblinoso azul. Un resplandor de azufre ascendió y flotó sobre las dunas. El viento silbaba entre los altos carrizos, el mar invisible murmuraba. Nos alejamos tierra adentro, ahora cuesta arriba, y cuando volví la mirada vi, bajo la luz que se debilitaba rápidamente, un barco con un mástil negro, sin ningún signo de vida, que se deslizaba en silencio por detrás de un cabo, una nave silenciosa y misteriosa. La niebla de la colina se aposentó sobre los espinos. Cayó la noche.

Subimos las estribaciones bajo un inmenso cielo estrellado. Era una noche negra, sin luna, quieta. Las polillas revoloteaban al resplandor de nuestros faroles. En un valle que distinguí a lo lejos, a nuestra izquierda, un enjambre de luces delataba la presencia de un pueblo, pero la serpenteante carretera que seguíamos se negaba a llevarnos hasta allí. Los caballos, con la cabeza gacha, medio dormidos, continuaban avanzando sin perder el paso. Nadie dio la voz de alto. Un extraño letargo se apoderó de nosotros. En aquellas alturas el aire estaba enrarecido. Yo iba sentado junto a Mario, en el pescante, y me balanceaba con el balanceo de la caravana, ensimismado

y en paz. Una música indefinida llegó a mis oídos. Al principio parecía venir de todas partes al mismo tiempo, esa canción casi inaudible, como si las pequeñas luces y las estrellas brillantes, los remotos ruiditos, como si la noche misma estuviera cantando, pero un poco más adelante, a un lado de la carretera, distinguí el brillo de una lámpara bajo el envés de las hojas, e identifiqué el lamento de las gaitas, el redoble de un bodhrán, y Mario se despertó de golpe y soltó una palabrota cuando la caravana que iba delante de nosotros se detuvo en seco. ¡Un *pub*!

Nos reunimos en la carretera. Silas pateó el suelo y se frotó el trasero enérgicamente, y los dos niños dorados bostezaron. Sybil, que mecía a Sophie, farfulló algo en voz baja. El *pub* era un lugar bajo y deslucido con el techo de paja. Había una ventana opaca muy poco iluminada, un farol colgaba junto a una puerta torcida, y en la oscuridad ascendía una insinuación de humo de turba. Destellaban unos álamos altos. A través de un respiradero que había encima de la puerta llegaba una desenfadada música acompañada de vapores de cerveza negra. Silas entró y el estruendo cesó de inmediato. Lo seguimos arrastrando los pies, empujándonos medio dormidos. Hundió las manos en los bolsillos y examinó aquellos rostros levantados de ancianos y críos, jóvenes de cara sonrojada, mujeres de ojos desorbitados. Sonrió.

—Buenas noches, amigos.

Nadie le contestó, pero alguien se rio al fondo, un cristal tintineó y el gaitero, un sujeto cadavérico con una mata de pelo negro y lacio colgándole sobre un ojo, emprendió otra melodía, el bodhrán se le unió con su truculento retumbo, y la conversación se reanudó. Nos dirigimos a la barra. El propietario era un hombre bajito y rechoncho de nariz roja y largo delantal.

—Muy buenas noches.

—Y que lo diga —contestó Silas—. Creo que, bueno, pónganos una ronda de cerveza negra, y un vasito de *whisky* para mí, para engrasar las juntas. ¿Quiere tomar algo con nosotros?

—Oh, no.

—Tómese una.

—Bueno.

—A su salud.

—A la suya, señor.

Esa fue la primera vez que probé la cerveza negra. Debo admitir que me pareció algo horrendo, pues de muchacho yo no era un gran bebedor, pero tomado allí, aquel brebaje negro y amargo, heraldo de una alegría descomedida y mordaz, me pareció, y todavía me parece, que transmitía el mismísimo sabor del país, esa pequeña y extraña tierra. Me quedé de pie acodado en la barra y con el talón enganchado en el reposapiés, procurando que el vaso no pareciera fuera de lugar en mi mano inexperta, estudiando el lugar. Los bebedores iban vestidos con su mejor traje de domingo. Debía de ser alguna festividad, quizá la fiesta de los Mayos<sup>[6]</sup>. De las bocas desdentadas brotaban estruendosas carcajadas, y las voces y aquella extraña charla

macarrónica colisionaban como los sonidos de una batalla. Una mujer gruesa de cara sonrojada lloraba copiosamente mientras se mecía en un taburete entre dos hombres avergonzados y sin habla. El gaitero cadavérico, encorvado sobre su instrumento, emitía una alegre melodía de baile, pero en su cara alargada solo se veía una melancolía profunda. En la música más alegre del mundo existe siempre una profunda veta de pesar, nunca interrumpida, equivalente, aunque no proceda de él, a la nota sostenida del roncón, un implacable lamento, y así, aunque la giga hacía cantar los vasos, la mujer rolliza lloraba y lloraba, y meció su tristeza hasta quedar dormida, y los dos hombres, con las manos en las rodillas y sin dejar de mover la mandíbula, permanecieron sentados y la miraron sin nada que decir.

Quizá yo ya estaba borracho, no hay manera de saber lo que te hará un trago de cerveza negra, pero de repente Silas y los demás ya no estaban a mi lado, sino que se habían desperdigado por la sala, uniéndose a la fiesta. Por el ángulo que le formaba la barbilla, Silas parecía haber entablado una conversación furtiva con un muchacho o un hombre pelirrojo y de baja estatura cuya cara no podía ver. Ida había pedido prestado el bodhrán a su propietario, un chico con dientes de conejo que merodeaba incómodo detrás de ella, arrastrando los pies, con la cara tensa y una sonrisa embarazosa. Mario sacó su silbato y acompañó al gaitero en su son. Magnus y Sybil, mientras Sophie dormía entre ellos envuelta en pañales, se acurrucaban en un banco abarrotado situado en un rincón, donde bailaba un decrepito y menudo anciano sin dientes y con unas rodillas extraordinarias. Brincaba y hacía cabriolas como un loco, y sus botas golpeaban con fuerza las losas. Rainbird extrajo de la nada un mazo de cartas para alegría y temor de dos muchachitas de ojos grandes, guapas y exageradamente tímidas. A los niños dorados no se les veía por ninguna parte, lo cual no era buena señal. Solo Ada, enfurruñada, permanecía a mi lado, apoyada contra la barra.

Comencé un juego, primero por pasar el rato y luego con cierto entusiasmo. Cerraba los ojos y, cada pocos segundos, parpadeaba rápidamente. ¿Que no es un gran juego? Cada vez que parpadeaba me llevaba a la penumbra la imagen de un movimiento congelado: el anciano flotando en el aire, Silas con un brazo levantado, la mujer gruesa con un dedo metido en su ojo enrojecido, y todo me llegaba con la claridad y la belleza de una hipótesis matemática según la cual todo movimiento se compone de una infinidad de quietudes mínimas, ninguna de las cuales es idéntica a otra, y sin embargo tampoco son tan diferentes. Ese descubrimiento de la fijeza dentro de la continuidad me resultó enormemente agradable. Me abrí paso a codazos y, al salir, en la oscuridad y el silencio fragantes, sí, era lo mismo, me refiero a que el mismo principio de inmovilidad continuamente fluctuante seguía vigente, pero allí los desplazamientos y las quietudes eran inmensos y difíciles de distinguir, aunque yo los distinguía. Y vi algo más, a saber, que así era como vivía, observando de vez en cuando desde la oscuridad y captando el tiempo astuto en ese proceso, pero dichos atisbos eran escasos y breves y apenas trascendentes, pues el tiempo, el tiempo sigue

de todas maneras, aunque yo no lo vigile.

Mi éxtasis bajo los relucientes álamos no tardó en verse interrumpido, pues los demás salieron trastabillando del *pub*. Deduje que habían encontrado a los niños haciendo algo terrible en el retrete y que los habían expulsado junto con sus cuidadores. Silas me observó en medio de la oscuridad, tambaleándose y eructando.

—Vamos, Calígula, vamos.

Posteriormente, tumbado en el catre de la caravana, con Mario a mi lado emitiendo una especie de suave canturreo mientras repasaba su archivo de señoras fantasmales, me puse a pensar en el *pub* y en la gente, el gaitero, la mujer que lloraba, el anciano bailarín, y dentro de mí surgió una emoción extraña e inesperada que aún hoy soy incapaz de definir, y que no tardó en quedar oculta de nuevo, hasta que al final, sumido en la modorra, mis pensamientos vagaron lejos sobre los campos oscuros, los lagos, los ríos, el bosque en su murmullo. Cuando estaba a punto de dormirme mi mente hizo un último esfuerzo por permanecer despierta, mi pie sufrió un espasmo, me castañetearon los dientes, y la esencia de todo lo que había visto aquel día, la lluvia primaveral en la carretera, un barco negro, zarapitos gritando, el residuo de todo eso se enredó en el último resto de vigilia como uno de los discos de Mario en su bastón, y cuando me sumí en la oscuridad me llevé una palabra conmigo, esa palabra que me da tantos problemas, y que es: tiempo.



Al final de la primavera nos detuvimos en un pequeño pueblo costero del sur. Era un lugar bastante agradable, dividido limpiamente entre las casuchas encaladas de los nativos a un lado, y al otro unos bonitos chalets de vacaciones en lo alto de algún promontorio o retirados detrás de los cipreses, y no eran pocos los que tenían los postigos abiertos y en los que incluso se oía jugar a niños en esa época tan temprana del año. Acampamos en un prado detrás de la playa. El tiempo era espléndido, días llenos de sol, cristalinos, noches suaves y negras pobladas de estrellas. Al amanecer, cuando se levantaba la niebla, los conejos salían de la tierra y correteaban sin cuidado alguno bajo nuestras ruedas, se metían en las trampas de Magnus. Nos dimos un festín de estofado con patatas nuevas, suero de leche y pan moreno. El circo atraía a un gran público. Fue una buena época. Deberíamos haber sabido, al ver todo aquello, que nuestros días de despreocupación estaban contados, que nuestra felicidad tocaba a su fin. Pues éramos felices a nuestra manera.

También había huevos y jarras de leche densa, comprados en una granja cercana. Ahí iba yo cada mañana, recorriendo descalzo la hierba empapada de rocío, espantando mariposas con el tarro de leche. La granja era un edificio inclinado, bajo y alargado que necesitaba un nuevo techo de paja, y que tenía unas ventanitas diminutas y una puerta verde alabeada. Las violetas florecían en medio de la mugre del patio, entre las bostas de vaca. El vestíbulo estaba impregnado de una luz amarilla y pastosa, serena e inmóvil. Yo permanecía en medio del silencio presionando las puntas de los pies sobre las frías baldosas mientras esperaba a la hija de la casa. La puerta enmarcaba un trecho de patio donde el sol brillaba sobre las gallinas estilizadas, un chucho se rascaba la oreja, dos gorriones contemplaban una miga de pan. Era extraño estar dentro de una casa otra vez, pisar un suelo sólido y no escuchar el crujido de los ejes ni el movimiento de los caballos. Mag bajaba las escaleras que había al final del vestíbulo con los brazos levantados, las manos recogiendo el pelo en la nuca.

—Mmm —decía medio dormida.

Cruzó el patio delante de mí dando tirones a su vestido marrón, que parecía un saco, hasta convertirlo en algo similar a la forma que había debajo. Mag era una muchacha robusta y achaparrada, toda huesos y músculos, un año o dos mayor que yo, de pelo rojo y crespo, nariz chata y manos como filetes. Parecerá extraordinario,

pero la primera vez que la vi el corazón me dio un brinco, aquel pelo, aquellos extraños ojos azules, aunque cómo es posible que me la imaginara, ni por un momento, con un vestido blanco bajo un lilo es algo que soy incapaz de explicar. Aun así, tampoco soy un gran juez de la belleza femenina, y supongo que Mag me parecía tan guapa como cualquier otra. En aquella época yo era un chaval inocente para el que ese lado oscuro y húmedo de la vida era todavía un territorio desconocido. Comencé mi viaje siendo virgen, y lo acabé todavía impoluto, aunque no ignoro ciertos hechos, y si aquí estos crean una visión un tanto deformada del dueto acrobático básico, insisto en que la deformación está en los hechos y no en mi relato de estos.

Las gallinas vivían en un gallinero de alambre detrás de la vaquería. Mag se arrodillaba sobre la paja sucia e introducía la mano en la pequeña caseta donde se encontraban los nidos. Qué raros parecían aquellos huevos, con su tersa autosuficiencia y su forma perfecta entre los postes torcidos y el alambre roto, la paja, la mierda, las manos grandes y rojas de Mag. Los metía en una bolsa de papel marrón con cuidado, casi con reverencia, mientras esos ridículos pajarracos brincaban a nuestro alrededor, indignados y temblorosos. Cuando la bolsa estaba llena, Mag introducía aún más la mano en la caseta, y aquel día se quedó inmóvil con el ceño fruncido y retiró lentamente el brazo. Abrió el puño entre nosotros, y allí, en la palma, un pollito amarillo sacudía sus incipientes alas y emitía un débil piar. Nos quedamos mirando aquella diminuta criatura, asombrados de que la vida pudiera existir en forma tan minúscula, y de repente Mag lo volvió a meter en el gallinero y nos fuimos, inquietos y un tanto avergonzados.

Entramos en la vaquería, un recinto de piedra alargado de paredes blancas y un techo aún más blanco. Los cubículos para el ordeño estaban vacíos y encalados, y el suelo, recién fregado. La luz que entraba por las ventanitas era límpida y delicada. Reinaba un silencio que no había experimentado nunca, algo parecido a esa frágil nada que persiste mucho después de que la campana de una iglesia haya lanzado su último repique hacia las pálidas regiones superiores de la mañana. Mag quitó la tapa de la lechera y fue vertiendo la leche en mi recipiente, enormes cazos que llenaban el recinto blanco de una fragancia blanca. Se la veía ensimismada y febril. Salpicaba de leche sus botas negras sin cordones y emitía una breve y frenética carcajada.

Parece increíble que no habláramos durante todo lo que ocurrió después, pero no recuerdo ni una palabra, solo miradas e insinuaciones, retiradas súbitas como complejos pasos de baile y quizá, en lugar de palabras, pequeñas modulaciones, reajustes del silencio que había entre nosotros. Mag me ofreció el recipiente. Yo intenté cogerlo. Ella no lo soltó. Yo retrocedí un paso. Ella puso el tarro en el suelo. Yo carraspeé. Ella dio un decidido paso al frente, y yo me hice a un lado con mucha habilidad y agarré la bolsa de huevos, colocándola con cuidado en el suelo, junto al tarro, para que no se rompiera nada, habría sido terrible ver la yema aplastada en el suelo, ¡ese rezumar amarillo! Ella alargó una mano en dirección a mis pantalones. Yo

estaba aterrado.

Se tumbó boca arriba en uno de los cubículos de ordeño y yo me arrodillé delante de ella, rojo como un tomate, con las rodillas doloridas, sonriendo como un idiota, con el tallo lúgubre y amoratado, mi espada de honor roma débilmente palpitante, asomando fuera de mis pantalones. Mag se subió el vestido por encima de sus enormes tetas y tiró de mí, intentando que me colocara encima de ella. Yo contemplaba su matojo negro y peludo y era incapaz de moverme. La situación era del todo absurda. Ella gemía suplicante y volvió a colocarse boca arriba, levantó la mirada al cielo hasta que solo el blanco de los ojos fue visible, y abrió de par en par sus piernas moteadas, y fue como si se hubiera rajado por la mitad, como si se hubiera partido en dos bajo mi mirada. Me incliné y miré la terrible herida con los ojos desorbitados, horrorizado, mientras mi estandarte dejaba caer su lívida cabeza y Mag gruñía y se retorcía. Me temblaba la mano mientras la acercaba a sus rodillas abiertas y, con los ojos cerrados, le introducía un dedo. Ella jadeaba y soltaba risitas, volvía a jadear y agitaba los brazos como una loca. Yo abrí los ojos y me miré la mano. Parte de mí había entrado en otro mundo. La idea me dejó sin aliento. Qué sedoso y suave era aquel interior, qué immaculado. Mag me cogió la mano y lentamente metió y sacó mi dedo, una y otra vez, mientras se dedicaba a sí misma una sonrisa extraña y secreta, y de pronto me sentí lleno de compasión. Ese era el tesoro mortal que yo había tocado, su triste secreto, y solo yo podía compadecerla, y también a mí, como pobres y frágiles criaturas bífidas que éramos. Por fin ella se incorporó y yo me incliné hacia delante para besarla, para depositar mi ternura en su mejilla. Ella apartó la cabeza y le dedicó un bufido de desprecio a mi sensiblería, y se levantó y desapareció a través del patio.

Me quedé en el umbral y me pregunté si regresaría. No lo hizo. En el campo, las caravanas estaban dispuestas en círculo en el ondulado verde de las colinas, diminutas a lo lejos, como un juguete, alegres. Soplaba el viento. El olor del mar se mezclaba de una manera extraña con la intensa fragancia de la leche. Dos de los huevos se habían roto. Recogí lo que quedaba. Dentro del tarro ya flotaba la nata. Salí al patio. Violetas y mierda de vaca, mi vida siempre ha sido así.

A lo mejor he dado la impresión de que cada vez que nos deteníamos éramos recibidos con grandes vítores de bienvenida, o en el peor de los casos con indiferencia. No siempre era así. A veces la indiferencia se convertía en un hosco resentimiento que parecía surgir paradójicamente de la envidia y de la desaprobación moral. Ese fenómeno exigía una rápida partida, tan rápida de hecho que nuestra marcha se asemejaba a una gran farsa. Una veloz huida también resultaba imperativa cuando el público se iba al otro extremo y se sumía en tal paroxismo de excitación que todos nosotros, artistas, atrezo, escenario, todo corría el peligro de ser pisoteado por unas botas en estampida y unos pies descalzos llenos de callos. En Wexford, en una ocasión, el público que llenaba el recinto mostró su agrado de manera tan enérgica que la carpa se vino abajo, y en la confusión que siguió dos niños pequeños y un octogenario quedaron asfixiados. Pusimos pies en polvorosa.

La desaprobación oficial era peor. Llegaba un sujeto con cara de rata y traía un mandato judicial justo cuando los últimos clientes habían pagado sus peniques y la actuación estaba a punto de comenzar, y entonces, sintiéndonos unos idiotas con nuestro maquillaje y nuestros disfraces, salíamos de la carpa arrastrando los pies mientras Silas, en medio de un descampado, defendía en vano nuestro derecho a actuar, y mediante gestos representaba ante el enviado de la reina nuestro callado desconcierto y resentimiento. Creo que era mejor, y con ello quiero decir menos desalentador, cuando se ahorraban las formalidades y nos enviaban un escuadrón de soldados de a pie en pos de un oficial a caballo, que colocaba una elegante mano sobre la rodilla y, mientras se inclinaba discretamente, sin levantar la voz, nos ordenaba que nos largáramos. No había manera de discutir con esas relucientes bayonetas caladas. Me acuerdo ahora de la última vez que nos dieron puerta, la última vez antes de que el país se viera abocado al desastre y nadie se preocupara ya más de nosotros.

Era un hermoso día de principios de verano, lo recuerdo. Habíamos acampado en una colina a cuyos pies se asentaba una pequeña localidad con un puente y un rutilante río, calles estrechas, un campanario. La noche anterior la actuación había sido bien recibida, y por la mañana nos despertamos con esa serena euforia que siempre sigue a un estreno de éxito. Magnus había atrapado un par de conejos y me dijeron que se los llevara a Angel. La encontré en la caravana grande, de pie junto a

la mesa, arremangada, cortando un trozo de nabo. Silas también estaba allí, con el cuello desabrochado y los tirantes colgando, la barba cubierta de espuma, afeitándose delante de un pedazo de espejo agrietado. Levantó la navaja a modo de saludo.

—Gabriel, muchacho, buenos días.

Angel cogió aquellos animales peludos todavía calientes y les abrió la tripa. Las vívidas entrañas se desperdigaron por la mesa, pólipos magenta y púrpura, tiernos cordones color de rosa, brillantes grumos de sangre que emitían un oscuro olor a nueces. Les segó las patas con un chasquido de huesos, cortó la cabeza y los despellejó. Fueron a parar a una gran cazuela negra: aquella carne dolorosamente desnuda, y también el nabo y las zanahorias cortadas, la chirivía, el tomillo y otras cosas aromáticas. Silas, pasando la navaja por el suavizador, levantó la cabeza y olisqueó, y las aletas de su nariz roja se agitaron con delicadeza.

—Ah —suspiró con fervor—, ah, manduca.

Angel no dijo nada. Llevaba el pelo recogido en una grasienta coleta. Nuestra Angel era una mujer rara. No hablaba casi nunca, casi nunca miraba directamente a nadie, y siempre parecía absorta en alguna broma maliciosa y pesada. Cuando miraba a alguien era para escrutarlo de manera breve e intensa, con una ceja levantada, los labios apretados. Cuando hablaba, sus palabras quedaban marcadas por elisiones, se juntaban en un solo sonido, como un ladrido, y en su tono resonaban el desdén y un humor negro. A veces se reía sin causa aparente, con una especie de hipo estrepitoso, como cuando transportas algo blando y pesado dentro de un barril. A pesar de su engañosa intangibilidad, presidía todo lo que ocurría en el circo con una fuerza misteriosa, con su enorme tronco, su cara plana y amarillenta, plantada entre nosotros como un tótem implacable e irreverente. Yo la encontraba inquietante y procuraba no cruzarme en su camino siempre que podía, pues me parecía que personificaba, mucho más que ningún otro, lo caprichoso, la burla, la tenue amenaza sobre la que se fundaba el circo. Se limpió las manos ensangrentadas con un trapo.

—Comida, comida —dijo Silas, y se secó la cara con tanto vigor que le quedó reluciente—. ¡Madre mía, cuánto echo de menos el esplendor de épocas mejores! — se acercó y se sentó junto a la mesa con una mirada cómicamente triste—. Recuerdo un festín que mi buen amigo Trimalción me preparó una vez. ¡Cuántos manjares! Escuchad. Alrededor de la fuente, con el balsámico sonido del agua en nuestros oídos, comimos aceitunas, lirón ahogado en miel y semillas de amapola, y platos de fragantes y pequeñas salchichas. Dentro de la casa, donde ardían cien velas perfumadas, nos recostamos en divanes de seda colocados de forma que pudiéramos contemplar la ciudad iluminada por el crepúsculo, las colinas. Allí tomamos copas de vino rojo como el mar con oropéndolas envueltas en hojaldre. Después, unos relumbrantes nubios nos trajeron bandejas de capones e ijadas de cerdo, una liebre con alas que parecía un diminuto Pegaso. Las salseras..., bueno, bueno, olvidaos de las salseras. A continuación sirvieron un enorme jabalí, una bestia sobrecogedora, cuyos flancos, ahora abiertos, liberaron una nube de tordos vivos. Aquel cerdo salvaje

no era para comer, solo para mirar, pues acto seguido vino un puerco descomunal que tenía a modo de tripas grandes anillos de salchicha y morcilla especiada. Había fruta fresca y dulces, tordos de hojaldre rellenos de pasas, nueces y azúcar. Había membrillos, peras y melocotones sonrosados. Por fin llegó una fuente de cerdo asado, deshuesado y con forma de pescado y aves que nadaban en un estanque de salsa sobre el cual, ¡ah, amigos míos!, nadaba orgulloso un ganso hecho de carne de cerdo. Por Júpiter, qué delicia. ¿Y ahora? ¿A qué me veo reducido? —hizo un mohín de disgusto—. ¡Estofado de conejo!

Angel no le prestaba atención. En silencio contaba con los dedos los ingredientes que había en la olla. Hizo una pausa, se puso a cavilar y de repente dio rienda suelta a una de sus terribles risotadas.

—No hay patatas —dijo como si alguien le hiciera cosquillas—. ¡No hay patatas!

Se oyeron pisadas en los escalones de la caravana y asomaron los niños, forcejeando y riendo, luchando entre sí en la estrecha entrada.

—¡Elalguacilestaquí, elalguacilestaquí —canturreaban—, elalguacilestaquiconel papel!

Silas se puso en pie de un salto y los espantó con la toalla. Los niños huyeron entre carcajadas.

—Rufianes —dijo meneando la cabeza. De repente se detuvo y se quedó mirando su imagen en el espejo agrietado con una expresión de horror que se fue formando lentamente—. ¿Qué han...? ¡El alguacil!

Dio media vuelta y de una patada abrió la mitad inferior de la puerta. El alguacil, que subía los peldaños a saltitos, recibió un fuerte golpe en las rodillas. Era un sujeto larguirucho vestido con una chaqueta verde, pantalones negros y un ridículo sombrero de copa abollado. Tenía una nariz larga y delgada, roja y en carne viva, y unos ojos pálidos y llorosos. Blandió el mandato delante de Silas, que permanecía al otro lado de la puerta holandesa con las manos entrelazadas a la espalda.

—¿Es usted...?

—No —dijo Silas, y sonrió.

—Le entrego este mandato judicial en nombre de...

—No, no me lo entrega.

Aquello divirtió al alguacil. Su cara demacrada se tiñó con una sonrisita ladina.

—Oh, entiendo —dijo—. Conque esas tenemos. Pues deje que le diga que ya hemos tenido por aquí a algunos como usted. ¿Prefiere que vengan los soldados? Son unos tipos bastante torpes, ya lo creo. Cuando llegan, siempre se rompe algo, cabezas y esas cosas.

—¿Me está amenazando?

—Pues sí.

—¡Menudo zafio! —tronó Silas, y de un golpe cerró la mitad superior de la puerta. Fuera se oyó un grito de dolor, y el sonido de pies bajando las escaleras.

Silas esperó un momento, inspiró hondo, se subió los tirantes y volvió a abrir la

puerta con brusquedad. El alguacil, con lágrimas en los ojos, estaba al pie de la escalera, palpándose con cuidado la nariz sangrante. Silas lo acometió, pero cambió de dirección bruscamente y desapareció por un lateral de la caravana. El alguacil fue tras él agarrándose el sombrero con una mano y con la otra esgrimiendo débilmente el mandato. Asomé la cabeza por la puerta a tiempo de ver cómo Silas llegaba por la izquierda. El alguacil volvió sobre sus pasos, se toparon, y Silas se detuvo derrapando y parodiando un grito de terror. No tardaron en ponerse a correr en círculos por el campo, mientras el alguacil se secaba los ojos y Silas resoplaba, se reía y agitaba los brazos. Los niños, junto a la carpa, bailaban y lanzaban alegres vítores. Otros acudieron a observar, Magnus y Sybil, Ida retorciéndose las manos, Mario ceñudo. Silas y su perseguidor, agotados, al final dejaron de correr. Silas se metió las manos en los bolsillos.

—No lo quiero —gritó—. No *quiero* esa cosa.

—¡No es una cuestión de querer!

—Escuche, amigo...

—¡Cójalo de una vez!

—Pero por favor...

—¡Muy bien! Pues entonces lo arreglaré el capitán Tuzo. Ya veremos cómo le va con él y con sus hombres. Antes de que acabe el día todos ustedes se habrán marchado de aquí.

—Escuche, mi querido Malvolio, sea razonable...

—Oh, ahora me viene con esas —dijo el alguacil, y con una fingida calma se llevó la mano al sombrero para enderezarlo—. Ahora me viene con esas —se metió el mandato judicial en el bolsillo, se llevó un dedo al lateral de la nariz hinchada y depositó a los pies de Silas un grumo de sangre y moco—. ¡Muy bien! —remató.

Y desde luego cumplió su palabra, pues en menos de una hora Rainbird, a quien habían enviado a vigilar, regresó pedaleando furiosamente con la noticia de que se acercaban las tropas. Desmontamos la carpa, enjaezamos los caballos y nos largamos. En la confusión, alguien volcó el guiso de Angel. El ejército vio cómo nos marchábamos desde lejos, perdió interés en nosotros y regresó al pueblo. En las carreteras el aire era nauseabundo, olía a podredumbre, y en medio de los campos arruinados la gente permanecía inmóvil, en grupo, desconcertada y en silencio. La cosecha de la patata se había perdido.

Estaba a mitad de camino de mi viaje, tropezando en la oscuridad, y llegó el día en que ya no pude ignorar el hecho de que esa oscuridad era mi propia creación. Por consiguiente, comencé a considerar en serio mi pasado y mi futuro. Debería haber pensado en el presente, pero no se puede pensar en el presente. Sin embargo, teñía todos mis pensamientos con una especie de indiferencia. La inminencia del desastre no implica piedad ni preocupación por las postrimerías, sino una especie de frivolidad y risa. Creo que todos estaremos borrachos y alegres, bailando una giga desnudos, cuando por fin llegue el apocalipsis para aniquilarnos. La hambruna pendía sobre nosotros como un humo negro, y bajo esa nube negra yo me preguntaba, con increíble ligereza, si no me convendría más dejar de lado la idea de una búsqueda.

Todo el mundo se había reído de la historia de mi hermana, la niña robada. Esas carcajadas me despertaron de un sueño. No, no precisamente de un sueño, sino de una fantasía consciente y necesaria. Necesaria, sí. Si no tenía una razón sólida para estar aquí, recorriendo las carreteras con ese grupo absurdo, entonces mi mundo amenazaba con derrumbarse, pues en esos tiempos aún creía que la vida era cuando menos razonable. ¡El futuro debía tener un lugar geográfico! De lo contrario, ¿qué sentido tenía aquello? Era un mar frío y desolado en el que ir a la deriva. Aun así, a pesar de todos los peligros que entrañaba, admití por fin que la búsqueda de esa hermana dudosa ya no era el sostén de mi vida. Pero si no existía —algo que no podía llegar a admitir—, ¿cómo explicar las pistas y discrepancias de mi pasado, la revelación de diminutas esquinas de enormes secretos, y ese mensaje atrevido y directo que se me transmitió la noche antes de marcharme? Repasé todos esos fragmentos una y otra vez, y de todas mis consideraciones siempre se deslizaba un nombre emocionante e inexplicable: *Próspero*. Solo el nombre emergía: ni razones, ni explicaciones, ni revelaciones, excepto una sensación apenas sustancial de que en algún lugar existía una relación entre un muchacho pelirrojo y la historia de un enigmático maestro de ceremonias. Me devanaba los sesos a fuerza de preguntas y luego entraba en una especie de trance e iba a ver a Rainbird, pero cuando lo veía ya no decía nada, pues en realidad a quien buscaba no era a él, sino algo de lo que era un símbolo de tres al cuarto. Me marchaba, furioso y frustrado, y el enano me dedicaba una sonrisita de suficiencia y decía:

—¿Todavía no la has encontrado?



Si existía, esa hermana a la que yo llamaba Rose, no sabía por qué, ¿qué probabilidades tenía de encontrarla? El mundo está lleno de gente, ¿y cuántos saben de dónde vienen? Se abre una grieta, cae una criatura, la grieta se cierra. Hacía media jornada que habíamos salido del pueblo cuando Mario, a mi lado, gritó de repente:

—¡Sophie! ¿Dónde está? ¿La has visto?

Yo no la había visto. Se bajó de un salto y echó a correr hacia las caravanas delanteras. No tardó en regresar, pálido y frenético.

—¡Ha desaparecido! ¡Mi niña! La hemos perdido.

En su dolor había también cierto asombro. Durante unos minutos siguió trotando a mi lado, frotándose las manos y farfullando, y luego se quedó atrás, se detuvo, y miró impotente a un lado y a otro, se dio la vuelta y se marchó corriendo por la carretera que habíamos seguido hasta entonces. Nos detuvimos y le llamamos, pero no nos oía. Aquella noche no volvió. Nuestras opciones estaban claras. O volvíamos y nos enfrentábamos a los soldados o seguíamos avanzando y abandonábamos a su suerte a él y al bebé. Después de cenar, Silas recorrió arriba y abajo la caravana negra mientras los demás lo mirábamos en silencio. Evitó nuestros ojos todo lo que pudo, hasta que al final se volvió hacia nosotros y levantó los brazos.

—¿Qué podemos hacer? —se lamentó—. ¡No podemos volver! —se arrodilló delante de Ada y tomó sus manos en las suyas—. ¿Qué vamos a hacer, querida? Es tu hija, tu... —buscó desesperadamente una palabra que pudiera describir a Mario—. Tu amigo —dijo en un hilo de voz.

Ada se encogió de hombros.

—No podemos volver —miró a los demás—. ¿O sí?

No, no podíamos volver. Encarnamos nuestro miedo en los soldados, pero lo que nos hacía seguir adelante era la plaga que nos pisaba los talones. Subimos a las altas montañas, pensando que quizá allí, lejos de las poblaciones, no habría escasez de comida. Nos equivocamos. Al principio no acabábamos de comprender lo que significaba la penuria de la patata. Habría una hambruna, eso ya lo sabíamos, y moriría gente de hambre, pero nosotros no. La patata nunca había sido nuestro principal sustento, ¿y acaso no existían una variedad de verduras, carne y pan, leche y huevos? Pero al cabo de un tiempo, de eso tampoco hubo. Conforme se propagaban las noticias sobre la enfermedad de la vid, solo un poco más veloces que la propia plaga, los campos quedaron desnudos, y lo que quedó, los grandes prados del maíz, el ganado, se reservó para exportarlo a otra tierra, y así el comercio no se vería alterado, ni siquiera interrumpido, por culpa de una mera hambruna. A medida que zarpaban los barcos llenos de cereal, llegaban noticias de las primeras muertes.

En lo alto de las montañas no nos morimos de hambre, aunque esta fue una compañía constante y funesta, algo que de momento solo nos roía las paredes del estómago, ¡pero qué horrores prometía! Oh, no digo que estuviéramos desesperados. Al igual que el resto del país, las cosas tendrían que empeorar mucho antes de que admitiéramos nuestra difícil situación. Todavía conseguíamos algún conejo, alguna

hogaza de pan. Le encontramos el gusto a la sopa de ortigas. Después de todo, era verano y el tiempo era espléndido. Angel preparó vino de endrinas, y una noche cogimos una borrachera de campeonato, todos nosotros, incluso los niños, pero por la mañana, con la resaca, volvió el letargo, esa extraña y pertinaz parálisis que había atacado el espíritu del circo. En cada pueblo en el que nos deteníamos Silas contemplaba las casuchas en ruinas, los *pubs* cerrados, las caras cenicientas y demacradas, las miradas perdidas e inexpresivas, gente que negaba con la cabeza, diciendo que no, que ese no era lugar para nuestro talento. Al final incluso dejamos de viajar. Ya no tenía objeto alguno. El sol del verano adquirió un tinte turbio, quedó como empañado, como si nuestros ojos estuvieran llenos de agua.

Pero en qué lugar decidimos detenernos, una pequeña hendidura verde entre dos colinas, con un arroyo y un roble desde el que se veía un valle alargado y verdeante en el que sombras de nubes descendían todo el día por las laderas de la montaña, y a mediodía las alondras hacían temblar el cielo con su música. Fue allí, una mañana de julio, donde Mario nos encontró. Le vi cruzar el valle, avanzando lentamente con la ayuda de un bastón, la cabeza gacha. Parecía un anciano. Y vestido de harapos. Los soldados le habían dado una paliza. Tenía una mirada extraña. Se quedó largo rato sentado entre nosotros, envuelto en el silencio, hasta que se levantó y suspiró.

—Nada —dijo—. Ha desaparecido.

Delante de él, sobre la mesa, había depositado una mano que parecía un animal blanco y muerto.

Mi menguante fe en la existencia de mi hermana revivió de manera breve e inesperada gracias a Sybil. Para Sybil solo había dos clases de personas, las que quedaban bajo la esfera de influencia de Silas, y aquellas otras espléndidas criaturas que quedaban bajo la suya. No sé en qué se basaba para decidir quién pertenecía a cada grupo, pero a sus ojos la distinción era muy clara, y a aquellos que ni haciendo un esfuerzo de imaginación podía asignárseles ninguno de los dos campos los ignoraba hasta tal punto que podrían haber sido transparentes. A Angel, que era neutral, ni la veía, pero sentía hacia Mario, uno de los hombres de Silas, una enemistad tan enconada, incluso después de que la pérdida de su hija lo hubiera destrozado, que no te quedaba otro remedio que admirarla. Desde luego, cuando me refiero a la influencia de Silas quiero decir que él era simplemente el patrón que ella tenía más a mano para medir el lado depravado, estentóreo y vulgar de la vida, esa vida que llevábamos en el desagradable mundo de *la gente* que tanto la horrorizaba, y que, estaba convencida, en ningún momento rozaba su planeta privado de pétalos de rosa. Se consideraba una flor delicada que luchaba por sobrevivir en medio del estiércol, y su mal genio, su maldad, la frialdad, para ella no eran más que rasgos de un temperamento aristocrático. Así era Sybil. Bueno, el ciego orgullo no es un delito, digan lo que digan, y creo que debí de amarla un poco a mi extraña manera si ahora, en este engañoso septiembre, puedo confiar en este sentimiento. Ella me veía como el niño prodigio mimado de Silas, y así me trataba, y por eso me quedé sorprendido y aterrado cuando me demostró lo que para ella solo podía denominarse ternura.

Llovió todo el día, gotas que caían como gruesas perlas de un cielo luminoso y convertían el lugar en el que estábamos acampados en un lodazal esponjoso y verde. Los pájaros se posaban en silencio en los arbustos, abatidos, sacudiendo la lluvia de su plumaje, y las piedras goteaban y chorreaban. Era uno de esos días en los que el tiempo parece haberse detenido por falta de interés. Yo pasaba por delante de la caravana de Silas cuando oí que alguien pronunciaba mi nombre en voz baja a través de la puerta abierta. En el interior, cuando conseguí ver a través de la penumbra, encontré a Sybil sola, sentada con las piernas cruzadas en un banco bajo la ventanita, balanceando indolente un pie, la mejilla apoyada sobre los dedos de la mano derecha. Llevaba una falda larga y negra, una blusa blanca y unas botas estrechas de charol. De nuevo advertí que era una criatura exquisita, con ese pelo de un rojo vivo, el

rostro bien cincelado, aquellas manos delgadas y pálidas, aunque ahora veía cuánto había cambiado también en las últimas semanas. Algo le había ocurrido en la cara, un cambio ínfimo pero devastador. El ojo izquierdo parecía un poco más bajo que el derecho, y ese desequilibrio le otorgaba a lo que había sido su mirada fría y calculadora un matiz quejumbroso, un tanto enloquecido. También tenía las mejillas hundidas, y su tez lozana había adquirido un lustre plateado.

Sus arrebatos de furia eran más frecuentes, menos comprensibles. Atacaba a Silas sin otra razón aparente que su mera existencia. Sus furores se disipaban a la mitad, sin previo aviso, se le agotaban las palabras y se quedaba temblando, inclinada a un lado, con un ataque de hipo y sin poder hablar, las manos apretadas y una mancha roja extendiéndose poco a poco por su frente. A continuación se alejaba con la cabeza gacha, tapándose la cara con las manos, y tras un incómodo silencio, alguien, por lo general Magnus, se ponía en pie y la seguía a grandes zancadas mientras los demás nos quedábamos sentados y esperábamos, conteniendo la respiración, a que llegara el primer aullido prolongado y desgarrador.

En aquel momento levantó el rostro hacia la luz nacarada de la ventana y miró hacia el valle.

—¿Es cierto que estás buscando a tu hermana? Eso dicen. Es algo muy... romántico.

Hablaba sin alzar la voz, seria. No se me ocurrió nada que decir, y supongo que, al ser tan joven, me avergoncé, fruncí los labios y suspiré. Me miró con sus ojos de un verde gélido, ahora torcidos.

—¿Cómo se llama?

—Rose... Creo.

—Rose. Ah. ¿Y sabes cómo es? ¿Tienes una foto?

—Sí.

Sonrió. Habría preferido su mirada fría. Ahora balanceaba el pie más deprisa. Entrelazó un mechón de pelo entre los dedos.

—A lo mejor podría ayudarte —dijo—. ¿Te gustaría que te ayudara, Gabriel? Hay muchas cosas de aquí que desconoces. Silas me cuenta cosas. Tiene un plan, sabes. Pronto, pronto nos iremos de aquí, y entonces podría ayudarte, si tú... —hizo una pausa y arrugó la frente, como si buscara algo que yo pudiera ofrecerle—. Si fueras mi... amigo. Eso es todo lo que les pido a los demás, que sean amigos míos. Dicen que soy una bruja, sí, ya lo creo que lo dicen, Gabriel, eso dicen, pero no es cierto, de ninguna manera. Lo único que soy es... infeliz.

Aquella voz me acariciaba, era casi una sensación física, sus cálidas palabras tocaban mis párpados, mis mejillas calientes. Si le daba una respuesta, tendría que ser un suave gemido. Me ofreció la mano, pero no la cogí.

—¿Gabriel? ¿Tampoco te caigo bien? —entornó los ojos, y aunque pareció no mover los labios, pude ver el brillo de sus dientes blancos y afilados. La mano que me ofreció comenzó a temblar, y los dedos bailaban como pálidas serpientes—. ¡Por

qué no te caigo bien, Gabriel! —se puso en pie, y un pañuelo le cayó de la manga y aleteó hasta el suelo—. Bestezuela —me soltó en un gruñido—. Eres como los demás, me odias. Pues muy bien, hombrecito, ya veremos quién necesita a quién. Sí, ya lo veremos. Podría salvarte, pero después de esto no lo haré. Me reiré, sí, me reiré cuando te cuelguen y te saquen las tripas. Y ahora ¡lárgate!

Me di la vuelta para marcharme, aliviado y aterrado al mismo tiempo, pero antes de que yo pudiera dar un paso ella me adelantó con arrogancia, cruzó la puerta y bajó los peldaños hacia la lluvia. Recogí su pañuelo, con cuidado, con mucho cuidado, y volví a colocarlo en el banco. Se oyó un chaparrón a mi espalda, y allí volvía a estar ella, con los ojos desahogados. Tenía el pelo veteado de relucientes gotas de lluvia. Cayó de rodillas y me rodeó las caderas con los brazos, y apoyando la cabeza en mi vientre se puso a llorar, unas lágrimas amargas, un pesar sombrío.

—¡Soy tan infeliz! —sollozó—. ¡Tan infeliz!

Quise reír, aunque no había nada divertido, nada en absoluto, y ahora me sorprende descubrir que todavía me entran ganas de reír al pensar en esa escena, y sigo sin ver en ella nada que dé risa. Qué extraño. ¿Qué provocó esa pena? Vacilo, no quiero decirlo. Apenas me atrevo a expresar la idea, y si no se me ocurrió entonces se me ocurre ahora, la descabellada idea de que quizá recayó sobre ella, sobre Sybil, nuestra brillante bruja, todo el dolor del país, de esas personas desconcertadas en los campos cubiertos de podredumbre, de los ojos afligidos asomando de las casuchas. Que recayó sobre ella en contra de su voluntad y quizá incluso sin que ella misma lo supiera, de modo que pudieran derramarse todas aquellas lágrimas y expresarse lo inexpresable. ¿Os parece una sugerencia ridícula? No lo sugiero, solo me lo pregunto.

Aquel verano llegó a su fin. Nos sentíamos aliviados, creo. Septiembre encajaba mejor con nuestro sombrío estado de ánimo. Cada otoño parece que va a ser el último. Tampoco es que el tiempo cambiara. Seguía brillando el sol, burlándose de nosotros con su alegría, y todavía se oía correr el arroyuelo, pero en las colinas el cobre espolvoreaba los árboles, el dorado del otoño estaba en el aire, y por la noche flotaba un olor a humo. ¡Pero todo ese tiempo, desaparecido! Nuestro letargo nos asustaba. Había otras cosas peores. Llegaban terribles rumores de las tierras bajas, según los cuales cada semana disminuía la reserva de provisiones. Allí la gente no tenía comida, ingerían hierba, corteza de árbol, hojas secas. Los niños engullían puñados de arcilla. Bandas de hermafroditas con brutales colmillos asolaban el campo por la noche matando y saqueando. Algunos decían que se comían a sus víctimas. Esas descabelladas historias nos hacían reír, aunque también nos llenaban de un silencioso terror que no admitíamos ante nosotros mismos ni ante los demás. Admitirlo habría sido peor, así que jugábamos con la exageración como una manera de mantener a raya la realidad. No funcionó. La realidad era el hambre, y eso resultaba innegable.

Encontramos una forma de neutralizar la verdad, si no de anularla, y fue inventando historias más increíbles que las que podían producir las tierras bajas. Un día, sin embargo, el tiro nos salió por la culata cuando Silas nos habló del método ingenioso y económico que, juraba y perjuraba, utilizaban allí para enterrar a sus muertos. Moría mucha gente, todos ellos sin un penique, y era imposible celebrar un funeral completo con todo el ceremonial para cada uno, hasta que alguien inventó el ataúd falso. Era un artilugio espléndido, construido por un artesano con la mejor madera, asas de latón y pernos relucientes, pagado por un fondo común.

—Caro, es cierto —dijo Silas—, pero esa es su belleza, escuchad. Una ciudad grande no necesitaría más de dos, pongamos tres como máximo. ¿Por qué? Bueno, se introduce el fiambre, se cierra la caja, se lleva al cementerio, se coloca sobre el agujero, el druida pronuncia las oraciones, acto seguido alguien aprieta un interruptor y ¡plof!, nuestro hombre cae, llena la tumba, cierra la trampilla, ¡y ya puedes usar la caja para otro cadáver! ¿Qué os parece la idea?

Nos tronchamos de risa y pateamos el suelo sin poder controlarnos, de tan divertida y absurda como era la historia. Una hora más tarde, Mario y Magnus

regresaron de su vana búsqueda de comida allí abajo, y cuando nos hablaron del funeral que habían presenciado, la historia de Silas dejó de ser una fantasía, aunque el ataúd que habían visto distaba mucho de ser espléndido, no era más que una sencilla caja de madera con un panel mal encajado en la parte inferior que se abría de un tirón para soltar el cadáver. Magnus recordaba el golpe seco del cuerpo en la fosa.

Ahora solo comíamos lo que producía la tierra, bayas silvestres, manzanas silvestres cocidas, algún conejo o liebre, incluso algunas raíces. En una ocasión nos comimos un zorro que Magnus cazó sin querer en uno de sus cepos. Era una criatura tan hermosa que llorábamos mientras nos la comíamos, por el zorro y por nosotros, pero la belleza no tenía lugar en ese mundo, y era una época en la que lo único que se podía hacer con la belleza era destruirla. Ah, Ida, mi gentil Ida. Una tarde me fui con ella a recoger moras. Era un perfecto día de otoño, lleno de luz y olores leñosos, reluciente y tonificante. Nos alejamos bastante del campamento. Cruzamos las colinas y acabamos en otro valle donde los arbustos estaban rebosantes de fruta. Ida cantaba mientras la recogíamos. Nos hartamos de comer bayas tiernas. Sabían a verano y a sol. Los desastres suelen esperar instantes como ese, el momento oportuno.

—Gabriel —dijo Ida—, ¿de verdad tienes una hermana?

—Sí que la tengo. Claro que sí.

Me miró con esa extraña expresión sobrecogida típica de ella, y con aire ausente dejó caer lo que había recogido en la hierba, junto al tarro que llevábamos.

—Pero ¿cómo piensas encontrarla? —gimió en voz baja, y se inclinó sobre mí llena de preocupación.

Me encogí de hombros y aparté la mirada hacia las montañas mientras fruncía el ceño. Cuando me volví otra vez hacia ella, había lágrimas en sus ojos.

—Pobre Mario —dijo.

Entonces se alejó por el prado y yo me tumbé en la hierba cálida, detrás de los arbustos. Estaba medio dormido cuando los oí, y me puse de rodillas para observar por encima del brezo. Al otro lado del valle, tres soldados descendían con apuros la ladera de la colina. Eran unos sujetos descomunales, creo que estaban borrachos, pues trastabillaban y tropezaban en las piedras, agarrándose unos a otros, con los fusiles rebotándoles contra la espalda. En cuanto llegaron al valle se detuvieron de repente y se quedaron con la cabeza levantada, escuchando. La brisa me trajo el débil sonido de la canción de Ida, que ellos también oían. Avanzaron sigilosos hacia los arbustos y pronto la canción cesó y se transformó en un grito, un grito como no había oído nunca, y he oído muchos, que expresaba no tanto miedo, sino una desolación y una congoja terribles y profundas. Crucé el valle corriendo, me adentré en los arbustos sin hacer caso de los espinos que me arañaban las piernas, pero no pude encontrarlos, y ya no había gritos que me guiaran.

Busqué durante horas, recorriendo las colinas en un trance. Caía la lluvia. Cuando la luz comenzó a declinar los encontré en la carretera. Solo quedaba un soldado.

Avanzaba tambaleándose delante de mí arrastrando a Ida por un brazo inerte. Era una carga pesada. Iba boca arriba y sus talones rebotaban sobre las piedras. El soldado se detuvo, soltó un juramento y empezó a pegarle con la culata de su fusil, machacándole el cráneo en un tamborileo aburrido y cansado, repitiendo una y otra vez con voz aflautada: *¡Niña mala! ¡Niña mala!* La pobre Ida permanecía allí en silencio, la cabeza rodando de un lado a otro bajo los golpes mientras la lluvia caía sobre ella. El soldado me miró y se interrumpió con el fusil levantado por encima del hombro. Me miró a mí, luego a Ida, otra vez a mí, con la boca abierta, hasta que se encogió de hombros y bajó el fusil.

—Putos irlandeses —farfulló—. ¡Chiflados!

Se alejó carretera abajo. Me eché a Ida al hombro y me dirigí al campamento. ¿Cómo conseguí llevar ese peso hasta tan lejos? Quizá no era tan lejos. Silas no dijo nada. Después de todo, ya se lo esperaba, o algo parecido, algún desastre, y no le sorprendió. Yo estaba cubierto de sangre, hasta en el pelo. La envolvimos en una manta y la dejamos sobre su camastro. Por la noche se despertó y se puso a gritar que quería ver a Mario. Lo encontré en nuestra caravana, con la mirada absorta en la llama parpadeante de una vela. Le dije que lo necesitábamos para una escena en el lecho de muerte. Me dirigió una larga mirada inexpresiva con aquellos ojos extraños y tranquilos.

—A tomar por culo —dijo al final sin alzar la voz, y se volvió hacia la pared.

Ya no importaba. Ida ya estaba muerta. Regresé justo cuando Silas le cerraba los ojos, y fue como si hubiera cerrado una puerta al resto del mundo.



Es curioso, no recuerdo lágrimas. Los lamentos parecían un tanto superfluos. Si uno se paraba a pensar por un segundo en su muerte decía *sí, claro, es bastante lógico*, y lo era, con la grotesca lógica de los tiempos. Al volver la vista atrás comprendimos que era esa muerte lo que habíamos esperado mientras vivíamos suspendidos en lo alto de las montañas, como si fuese necesario un sacrificio antes de poder seguir avanzando, y, por supuesto, el sacrificio era la muerte de un inocente. ¿O todo esto resulta demasiado sutil, demasiado perfecto? La enterramos a la mañana siguiente, envuelta en un sudario blanco, junto al arroyo, y no se oyó más que el ruido del azadón y el canto de las alondras. Ni oraciones, ni panegíricos, nada.

Con el asesinato de la inocente desapareció nuestra inocencia, y su lugar lo ocupó algo brutal y gélido. Levantamos el campamento aquel mismo día y bajamos hacia las llanuras. Se hacía extraño estar de nuevo en movimiento, oír el chirrido de las ruedas y el pisar de los cascos. Habíamos creído que la muerte quedaba atrás en las montañas, pero allí abajo también impregnaba el aire. Era tan terrible como nos lo habían contado, si no peor. Se olía la muerte. Las bestias no pacían en los prados, no salía humo de las chimeneas. Los niños permanecían inmóviles en las encrucijadas mirando con unos ojos redondos e inmensos. Pasamos junto a una mujer que reía tumbada en una acequia. Los campos estaban baldíos. Al cabo de una semana llegamos a la costa y nos dirigimos al sur en medio de una tormenta. El viento rugió durante días, azotando las frágiles paredes de las caravanas y llenándonos de sal la boca y los ojos. Cuando el viento amainó era invierno, y había hielo en los setos, las hojas caídas estaban rígidas de escarcha y el aire tenía colmillos. Ahora los cascos de los caballos producían un repiqueteo acerado, y las mañanas eran negras como la brea. Se me estropearon los dientes. No teníamos dinero, ni comida. Fue una época terrible.

Llegamos a una población que me trajo un eco del pasado. Sí, allí estaba la muralla rota, el campanario, el cuartel. Si queréis decirlo así, estaba en casa. No me dieron ninguna bienvenida. Todo estaba igual, aunque cambiado. Silas vio mi mirada y sonrió.

—Sí, Maestro Botines, ¿reconoces el lugar? Aquí termina nuestro viaje —me guiñó el ojo—. *Conozco a alguien...*

Recorrimos la calle mayor vacía en medio del ruido sordo de las caravanas. Una

campana repicó tres veces, tres golpes sombríos. Los niños nos arrojaron piedras en medio de un silencio inquietante, malévolos, y después huyeron. Entramos en una plaza vacía y desigual. En dos lados se veían magníficos edificios, de ladrillo rojo vino y ventanas blancas con cortinas de encaje, mientras que los que tenían enfrente eran unos chamizos de poca altura y techo de paja, casi todos en ruinas, con brechas en los muros como si hubieran recibido cañonazos. Los tejados estaban destrozados. Asomaban chimeneas hechas pedazos. Incluso las casas más ruinosas estaban habitadas. Una de ellas carecía completamente de fachada, y era como una grotesca ilustración recortable de aquellos tiempos. En la planta inferior, una madre demacrada cocinaba algo espantoso dentro de un cazo negro, mientras su prole de niños debiluchos correteaba a su alrededor. El padre, en el piso de arriba, atendido por una servicial hija, yacía sobre un camastro hecho de sacos, esforzándose en morir. No prestaron la menor atención al paso de nuestra boquiabierta cabalgata.

En una de las dos calles que conducían al exterior de la plaza, Silas dio el alto. Tiramos de las riendas de los caballos y esperamos, no sabíamos el qué, y miramos expectantes en dirección a Silas, que se sentó a la entrada de su caravana, fumando su pipa y contemplando el cielo que se veía sobre las casas con un esbozo de sonrisa soñadora. Al final de la calle que su caravana bloqueaba se veía una esquirla de mar. El silencio era extraño, profundo pero liviano como el frío viento invernal, anhelando con un cosquilleo que algo lo rompiera, cosa que ocurrió por fin gracias a un silbido fino y agudo. A Silas parecieron temblarle las orejas, pero siguió mirando hacia arriba, fumando y sonriendo. Algo se movió en medio de los escombros de una de las casas en ruinas, y en la plaza apareció una mujer menuda enfundada en un vestido amplio y floreado y con la cabeza cubierta por un chal negro. Se sacudió el polvo igual que un perro se sacude el agua y se acercó apresuradamente a nosotros. Había algo en su paso, en la manera de cortar el aire con los brazos, de mover las ancas, los hombros tensos bajo la delicada tela del vestido, que me recordó otra época, una carretera, una persecución. Alcanzó la caravana de Silas y se detuvo, y él, mostrando gran sorpresa, se quitó la pipa de la boca y se inclinó para ayudarla a subir a su lado. Estiramos el cuello y nos quedamos mirando. ¿Quién era esa mujer, que aparecía entre las ruinas en una localidad extraña? Colocó el pie en la llanta de la rueda y Silas tiró de ella, y sopló el viento y el vestido se infló, y en lugar de las bragas color de rosa que, por así decir, habíamos esperado, vimos unos toscos pantalones de *tweed* arremangados hasta las rodillas y atados con un cordel. Los dos entablaron conversación y desaparecieron en el interior de la caravana, y volvimos a sumirnos en el silencio. Alguien soltó una risa incómoda. Yo estaba emocionado y un tanto alarmado, pues en ese extraño hombre-mujer veía, aparte del eco de aquel al que habíamos dado de comer mientras huía de los agentes, otro eco aún más débil procedente de un pasado más remoto. Comencé a bajar del pescante con la intención de acercarme sigilosamente a espiar su reunión secreta, pero Mario alargó un brazo y me detuvo.

—No es asunto tuyo, muchacho —gruñó, y en ese momento empecé a sentir miedo de verdad. El chal negro estaba ahí para ocultar algo más que el género.

Pasó media hora. Magnus y Ada jugaban a las cartas. Los niños fueron a echar otro vistazo a la familia que se moría de hambre. Sybil estaba sentada en una caja de madera detrás de la caravana de Silas, con la mirada perdida, cepillándose el pelo con reiteradas pasadas lentas, interminables. Un ruido que había comenzado como un zumbido lejano y vago se convirtió en la temblorosa voz de una concurrencia que cantaba. El sonido se iba acercando, subía y bajaba como el latido de un corazón enfermo detrás de las casas que había en la otra punta de la plaza. Volvimos hacia allí los rostros, hacia la aparición de los cantantes, pero lo que irrumpió por la bocacalle fue una horda de criaturas grises y achaparradas, docenas, que se arrastraban sobre el vientre y correteaban unas sobre otras, o brincaban con ese extraño estilo tan propio, como si cada brinco fuera la acometida de un ave de presa, deteniéndose, levantándose sobre las ancas para olisquear el aire con sus delicados hocicos, con un brillo en sus ojos negros. ¡Ratas! Se desperdigaron por el interior de las casas en ruinas, y entonces la procesión llegó y se arrastró penosamente hacia nosotros cruzando la plaza como una serpiente con la espalda rota, una hilera ondulante de vecinos demacrados. Su triste canto se alzaba como un gemido. A la vanguardia marchaba un sacerdote pelirrojo con el pelo cortado a cepillo y calzado con unas botas agrietadas que sujetaba en alto una tosca cruz de madera, y a un lado, siguiendo la línea como un escolta, se veía una figura tocada con un bicornio y polainas, pantalones blancos y una levita verde. ¡Strongbow!, ahí estaba, de tiros largos, tan ridículamente emplumado y acicalado como siempre. Casi me reí al verlo, mi patético amigo. Si le lanzaba una piedra, ¿se acordaría del día en que me echó de las murallas históricas de la población? Parecía improbable, pues ahora tenía cosas más urgentes que hacer que ocuparse de la irreverencia de los chavales. Detrás del sacerdote, cuatro hombres encorvados transportaban un ataúd a hombros. Era una caja pequeña. Ahora las construían más pequeñas. La hambruna había encogido los cadáveres. Me pregunté si se trataría de uno de los artilugios deslizantes de los que había hablado Silas.

La multitud cantaba, serpenteaba con la mirada perdida mientras cruzaba la plaza. Detrás del ataúd avanzaba a trompicones una anciana enloquecida que gimoteaba en voz baja. La reconocí. Los demás apartaban la mirada de ella, como avergonzados por sus lágrimas. Aquel no era lugar para esa exhibición de dolor, morían demasiados, el silencio bastaba. La caravana de Silas les bloqueaba el paso. El sacerdote dio el alto y bajó la cruz, y detrás de él el gentío se detuvo en una convulsión que sacudió la fila. La canción tembló indecisa, se elevó en una última nota y se apagó. Strongbow se acercó, habló con el sacerdote, luego se dirigió hacia la caravana y dio unos golpecitos con el puño en la ventana. No hubo respuesta, y retrocedió un paso, confuso, apoyándose en los talones. Uno de los portadores del féretro emitió un levísimo gemido. Strongbow miró de soslayo a las demás caravanas

y a sus ocupantes, silenciosos y atentos. Estaba a punto de hablar cuando se abrió la puerta que quedaba encima de él, Silas apareció en el pescante de la caravana, se inclinó hacia abajo y preguntó:

—Dígame, buen hombre.

La pluma de Strongbow se erizó.

—¡Quite esta reata de en medio!

—¿Perdón?

—¡Que se quite de en medio!

El sacerdote señaló con un dedo tembloroso la silenciosa procesión que venía tras él.

—Está bloqueando la calle —tronó—. ¿Es que no ve que es un funeral, hombre?

—Vaya, así que es eso.

—¡Lárgate, maldita sea! —gritó Strongbow, e hizo ademán de agarrar la pierna de Silas y falló.

Se acercaron corriendo los agentes en medio de un ruido de botas y de hebillas. ¡Más viejos amigos! El sargento Trouncer se enderezó el casco y dijo:

—¡Muy bien! ¿Qué pasa aquí?

El agente tísico que estaba detrás de él no podía hablar porque se había quedado sin aliento, pero apoyaba a su superior con una mirada de acero en sus ojos de cordero. Todos se pusieron a gritar a la vez. El sacerdote blandía los puños, Strongbow dio una patada en el suelo y tronó amenazante, y el sargento Trouncer le pegó un grito al agente, que sacó su porra e hizo ademán de subir a la caravana. Silas le soltó una patada en la sien, y mientras el agente caía hacia atrás arrastró con él al sargento, y este se agarró a Strongbow, que cayó sobre el sacerdote, y los cuatro acabaron uno encima del otro, sacudiendo los brazos y vociferando, y la cruz le dio al sacerdote en el ojo. Lleno de júbilo, Silas se dio unas palmadas en las rodillas, la anciana chilló, Mario se echó a reír, y el ataúd explotó. Los tornillos salieron disparados de sus tuercas como una descarga de perdigones, la tapa salió volando, las tablas se partieron y el cadáver, ¡oh!, esa cosa terrible e hinchada, se deslizó entre los hombros de los portadores encorvados y rodó por el suelo dejando a su paso un sucio vendaje que parecía el rastro de una serpiente. Escuchad, escuchadme, he visto cosas peores, he visto cosas más terribles que esa. Los dolientes huyeron en todas direcciones, agitando los brazos y gritando, e incluso los cuatro pilares caídos de la comunidad se alejaron presas del pánico. Solo quedó la anciana. Se arrodilló y se tiró del pelo, y se rio histérica con el mismo estruendoso cacareo que le había oído mucho tiempo atrás entre los arbustos de grosellas negras. Me quedé mirando el cadáver en ruinas. Silas fustigó su caballo y el circo salió de la plaza en medio de un retumbo de ruedas.

Del tipo vestido de mujer no hubo señal hasta que, tras abandonar el pueblo, a un kilómetro y medio, se bajó de un brinco de la caravana disparada de Silas y saltó una zanja, tropezó al otro lado y cayó de cara, aunque de inmediato volvió a ponerse en pie y se alejó corriendo a través de los campos. Aflojamos el paso conforme se evaporaba el pánico, y llegó un momento en que los caballos ya no siguieron, sino que se detuvieron y se quedaron con la cabeza gacha, temblando y tosiendo. Yo me bajé y deambulé por la carretera como aturdido. En lo alto de la caravana, Mario sacudía la cabeza y reía en voz baja, para sí.

—*Bum* —farfullaba una y otra vez—. ¡*Bum!*

Silas, en medio del vuelo de los faldones de su levita y con el sombrero negro ladeado, se apresuró a recorrer la hilera.

—¡Vamos, vamos, seguid avanzando, no os paréis todavía! Muévete, Botines. ¡Mario! Los soldados nos persiguen, ponte en marcha.

Estaba en plena forma, lleno de entusiasmo y alegría. Mario me dirigió una sonrisa desafortunada, abrió mucho los ojos y dijo:

—¡*Bum!*

Silas se paró en seco y se echó a reír sin poder remediarlo.

—Loco —dijo—, ¡loco de remate! Gabriel, no le pierdas de vista, procura que no se quede rezagado. ¡Chalados! —se alejó corriendo—. ¡Vamos, niños, venga!

Fustigamos a los caballos y bajamos un sendero angosto que nos llevó hasta un prado, vadeamos un arroyo y subimos una colina de espinos, y cuando llegamos otra vez a la carretera nos encontramos a Rainbird pedaleando furiosamente en dirección opuesta hasta que nos rebasó. No tardó en volver, pálido y sin aliento. El sargento Trouncer y una docena de agentes, respaldados por un escuadrón de soldados, nos pisaban los talones. Nos persiguieron sin tregua todo el día, hasta que por la noche los perdimos. Cambió el tiempo, y un viento glacial comenzó a soplar desde el este. La tierra estaba dura y desnuda como un hueso. Con el frío llegaron las punzadas del hambre. Un resplandor sulfuroso se apagó poco a poco por poniente, y en un desolado crepúsculo nos detuvimos en un *pub*, el mismo que habíamos visitado en mi primer día de viaje con el circo, hacía siglos. Ahora no había música. Nos apiñamos en la entrada y contemplamos en silencio las sillas vacías junto a las mesas, el humear de las lámparas, el brillo de los vasos, nuestras confusas siluetas ondulándose

en el espejo, y entonces Silas se acercó a la barra desierta y dio unos golpecitos con los nudillos, y Rainbird, en un visto y no visto, pasó por debajo de la portezuela del mostrador y se asomó sonriente al otro lado.

—Un *whisky*, amigo mío —dijo Silas, pero sus palabras resonaron sordamente en el vacío de aquella misteriosa quietud. Se quedó contemplando las mesas vacías, retando a los fantasmas a que aparecieran, y se volvió hacia nosotros, que aún estábamos en la puerta—. Entrad, amigos, pedid lo que se os antoje. Esta noche todo corre por cuenta de la casa. ¡Venid!

Entramos con cautela, Rainbird se ocupó de las botellas. El primer trago cayó en un silencio incómodo, pero a medida que se iba asentando en sus estómagos vacíos comenzó una especie de delirio, y con él la fiesta. Yo no bebí nada y me quedé sentado en un rincón, alimentando mi hambre. Algunos vasos cayeron al suelo, reventó un barril y salpicó el espejo de espuma. Alguien derribó una lámpara. El aceite en llamas se desparramó por el suelo con un rugido. Vertieron cerveza negra en las llamas. Mario, sentado sobre una mesa con las piernas cruzadas, vomitó repetidamente en su regazo. Algo estaba muriendo allí. Observé cómo palpitaba en aquellas caras ebrias que ya no podía reconocer, esas máscaras impenetrables de cera gris y amarilla. A pesar de sus carcajadas y sus chillidos, el silencio permanecía debajo de todo, la angustia y el mudo anhelo de aquellos cuya ausencia seguía a nuestro lado como un implacable pájaro negro en esa casa de la muerte. Ya no era el hambre lo que nos mataba, sino la propia hambruna. El humo negro nos envenenaba. La plaga estaba aquí. Solo Silas parecía inmune, presidiendo aquella danza macabra con su pérfida alegría de siempre, acodado en la barra y moviendo su vaso al compás del febril ritmo de la danza.

Salí al patio que había a la espalda del *pub*. No había luna, y en la noche sentía el hormigueo del hielo. El viento cantaba sobre los campos invisibles. No sé cuánto tiempo permanecí allí, con la mirada perdida en la oscuridad. A lo mejor me dormí de pie. Al principio no me fijé en los ruidos, las voces y el golpe sordo de las botas, el entorchocar del metal y la madera, y un extraño crujido familiar. Hice ademán de regresar al interior del *pub*, me lo pensé mejor y me escabullí por un lateral del edificio bajo los álamos. Una de las caravanas se había incendiado, en la carretera algunos soldados iban de un lado a otro recortándose contra el resplandor como si fueran hombres de hojalata. En algún lugar de la oscuridad el sargento Trouncer bramaba sus órdenes. Silas y los demás salieron dando tumbos del *pub* y tropezaron unos con otros, soltando chillidos y palabrotas. Eché a correr hacia la caravana en llamas. Magnus me adelantó.

—¡*Vuelve, Gabriel, vuelve!*

Alguien dio el alto a mi lado y yo me di la vuelta, brotó una llamarada del cañón de un fusil, y a mi espalda vi, bajo esa luz viva y efímera, cómo Magnus se detenía al tiempo que la nuca le explotaba. Se derrumbó como una araña herida, con los brazos y las piernas girando, y en el lugar que ocupaba apareció ante mí, como un triste y

encantador tentetieso, la imagen de él bailando en la hierba bajo la lluvia de abril, mientras una música de armónica lo envolvía como una guirnalda de flores. ¡Magnus! Encontré un caballo sin enjaezar, me subí de un salto a su lomo combado y me alejé al galope por los campos.

### **III. Mercurio**



La espuma que caía de los temblorosos belfos del caballo me llegaba a la cara y se me congelaba en las pestañas, las mejillas, y la escarcha me quemaba los ojos. Una esquirla de luna que parecía un carámbano colgaba del cielo. En una acequia, el viejo Incitatus se plantó y me lanzó por encima de sus orejas. La caída me aflojó hasta la última muela, y los globos oculares parecieron girar en sus órbitas como peonzas. Sentí que algo se había soltado en la parte posterior de mi cerebro. Tras la caída, mi razonamiento echó el cierre, dejé de pensar, y solo una frenética y básica serie de instintos me mantuvo en movimiento. Dentro de mí todo era oscuridad. ¡Y el frío! Terrible, terrible.

Sobreviví a aquella noche y a muchas otras, no me preguntéis cómo, vagando por los campos, medio muerto de hambre, sospecho que también medio loco, no sé durante cuánto tiempo, quizá fueron semanas, meses, ¿años? Acabé con un grupo de gitanos que me dieron de comer y me vistieron sin hacerme preguntas. Una noche, presa de un pánico indescriptible, hui del campamento. Las carreteras estaban abarrotadas de refugiados, gentes desesperadas que venían de ninguna parte y se dirigían al mismo lugar, dejando a su paso un rastro de pertenencias rotas. La caridad me mantuvo con vida. Dios sabe qué pensaban que era yo, esa criatura enloquecida y mugrienta a lomos de un jamelgo famélico. A lo mejor me veían como un mensajero celestial de esperanza, todo es posible. Yo no agradecía su amabilidad. Despreciaba y detestaba su miseria, su desamparo. Mi acento los impresionaba. Algunos incluso me llamaban señor. ¡Señor! ¡Menudo personal!

Viajé, pero no fui muy lejos. Mi viaje describió un amplio círculo en cuyo centro, sin que yo lo supiera, se hallaba el circo, que me llevaba con él hacia su meta gracias a algún misterioso e intangible magnetismo. Llegaron los primeros e indecisos días de primavera. Recuerdo quedarme boquiabierto y desconcertado ante los brotes verdes de un árbol que la noche anterior, al tumbarme debajo de él, estaba pelado. Me costaba enfrentarme a la estación de las resurrecciones. Un día se me murió el caballo, se desplomó bajo mi cuerpo y se quedó echado a un lado de la carretera, esputando una materia indescriptible, dio una coz y murió. Hay un punto en el que uno decide rendirse. Bajo nuestros pies danzarines siempre aguarda un abismo negro, siempre seductor. Había sentido esa oscuridad debajo de mí durante tanto tiempo que había llegado a parecerme un último refugio al que podía huir, y ahora, mientras

dejaba al pobre bruto en la carretera y me internaba en el bosque, me alegraba pensar que no volvería a ver la luz del día. Pero la vida, sea lo que sea, no es tan simple.

En un calvero de lo más profundo del bosque había una casita en ruinas, escombros, malas hierbas y una cama oxidada, y en mitad de uno de los muros que quedaban en pie colgaba un espejo agrietado, y se veía también un tembloroso cobertizo de ramas y fragmentos de saco pegado al muro como un parásito tambaleante. Entre las malas hierbas ardía una hoguera bajo una lata abollada y ennegrecida que pendía de un palo ahorquillado, y me estaba inclinando sobre esa lata humeante y su olor embriagador y apenas familiar cuando un par de ojos feroces surgieron del oscuro cubil que formaba la tela de saco.

—¡Saca tu hocico de ahí!

El hombre estaba sentado sobre una piedra con las manos en las rodillas y me lanzó una mirada de odio. Era un sujeto enorme cubierto por un abrigo hecho jirones y un sombrero de copa sin tapa. Dos pies repugnantes asomaban de sus botas, y unos temibles dientes amarillos se apretaban en un agujero de su barba. Escupió al fuego y soltó un gruñido. Pensé en salir corriendo, pero sabía que las piernas no me obedecerían.

—¿Quién cojones eres? —preguntó.

—Johann Livelb, señor.

—Ese es un nombre muy raro. ¿Joe qué?

—Johann, señor. Livelb.

De repente soltó una carcajada.

—Por Dios que es un auténtico trabalenguas. Siéntate.

Repté hasta la casucha y me acuclillé en el suelo, a su lado. Me miró un instante en silencio, rechinando los dientes, y a continuación dirigió la mirada al fuego.

—Creo que me estoy muriendo, señor —dije.

Asintió distraído, recogió un palo del haz que tenía a los pies y lo arrojó a las llamas, que se avivaron e hicieron burbujear violentamente lo que había en la lata. Sentí una arcada.

—Tengo un poco de manduca —observó el hombre, me miró y me guiñó un ojo—. Carne. No recuerdo cuándo fue la última vez que la comí. Este país se va a la mierda. Están cayendo como moscas. Nunca había visto nada igual —vertió el estofado que estaba preparando en la tapa de una caja de galletas y la colocó en el suelo, entre los dos. Me pareció que me invitaba a comer, pero vacilé. Desconfío de tanta amabilidad, socava mi falta de fe en la naturaleza humana. Dejó de masticar y me lanzó una mirada furiosa—. ¡Come de una vez! Está bueno.

Comí. Tras el primer bocado me escabullí y vomité entre las malas hierbas. Mi fiero amigo soltó una carcajada. Volví a cuatro patas e intenté tragar otro trozo de carne. Mi estómago no lo expulsó. Nos acabamos lo que había en el plato y nos servimos una segunda ración, que también nos zampamos en un visto y no visto. Me quedó en la boca un sabor a pelo de animal hervido.

—¿Sabes qué era en realidad? —preguntó, limpiándose la barba con la mano. Soltó otra carcajada—. ¡Estofado de mono! Sí, ya lo creo. Me lo encontré en lo alto de la colina, junto a la carretera, sentado en un árbol, tan fresco, comiendo hojas. ¡Un maldito mono! Casi me rompo el cuello intentando atraparlo —hizo una pausa y frunció el entrecejo—. Sabes, llevo veinte años viajando por estas carreteras y no sabía que en este país había monos. Al principio pensé que era un pájaro o, no sé, una ardilla, pero no, era un mono de pies a cabeza, un mono que había visto antes con esos tipos del organillo, bailando atado a una cuerda. Sabroso, de todos modos, ¿no?

Después de eso se echó una siesta, sentado muy erguido con las manos en las rodillas, y yo me recosté contra la pared y me coloqué las manos sobre la tripa mientras intentaba digerir los restos de Albert, pues tenía que ser Albert, aquella región no podía alardear de más de un mono. ¿Había sobrevivido algo más del circo? Tuve la visión de Mario posado en una rama, masticando hojas y farfullando palabras incomprensibles, o de Angel servida bien caliente dentro de una lata. Mi amigo se despertó de golpe y me agarró por el cuello.

—¿Qué? —tronó—, ¿qué? —solté un ronco gañido y saqué la lengua, y al final me soltó y se pasó una mano por la frente—. Jesús, esta vez ha faltado un pelo —murmuró de manera críptica, y se puso a cantar:

*Hay pelo aquí  
y hay pelo allá.  
Hay pelo en mi perro Tiny,  
pero yo sé dónde  
hay muchísimo pelo...*

Bostezó, se sacudió con energía y se frotó las manos.

*¡... en la chica que dejé atrás!*

Su alegría se fue tan rápidamente como había venido, y de nuevo empezó a rechinar los dientes y a mirar el bosque helado con aire melancólico.

—Antes esto era mi casa —dijo señalando con el pulgar el muro que había a nuestra espalda—. Tenía una casa, un lugar estupendo. No me faltaba de nada, un poco de caza en el bosque, patatas en la parte de atrás, unas cuantas coles. Había... —algo le vino a la cabeza, y se volvió hacia mí y me tendió la mano—. Me llamo Cotter. ¡La casa de Cotter, ja! —antes de que pudiera estrechársela, cerró el puño y se golpeó la rodilla—. ¡Panda de cabrones! Escucha, dime una cosa, ¿es que estaba haciendo algo malo? Cristo, ¿es que no poseen ya la mitad del país? ¿Para qué querían mi casita? ¡Yo tenía derechos, los derechos del colono! Pero no, oh no, la Gran Casa no me permitiría vivir en su bosque, oh no. *Algún día te pegarán un tiro,*

dijo. *Por accidente*, dijo. Una mierda, por accidente. Eso me dijo ese viejo cabronazo, el viejo Simon. Y entonces vinieron y me rompieron el tejado..., ¡y yo estaba en la maldita cama! Cabrones.

Se quedó rumiando un rato en un furioso silencio, dándose golpes con el puño, hasta que una lucecita nació en sus ojos, me enseñó los colmillos y sonrió.

—Pero tuvieron su merecido —gruñó—, ya lo creo. Lo oí cuando estaba en el norte, que la mujer había acabado en el manicomio, y que al marido lo molieron a palos los que trabajaban para él cuando se hicieron con el lugar. Lo tienen merecido, esos cabrones sarnosos. Y ahora he vuelto para reclamar lo que es mío, mis derechos, ya lo creo.

Esperé a que se calmara, y le pregunté con mucho tacto:

—¿Y qué fue de... tu señor?

—¿Qué? ¿De quién?

—De Godkin.

—¿El amo Joseph? Que me aspen si lo sé. He oído decir que le dejaron quedarse, que vive en una especie de edificio anexo —me miró con desconfianza—. ¿Por qué?

—Simple curiosidad.

—Vaya, así que simple curiosidad, ¿eh? Entiendo, entiendo —volvió a enseñar los dientes y le asomó de nuevo ese brillo en la mirada. Se pasó la mano por la barba en un ataque de suspicacia—. Jesús. ¿Sabes qué pasa? Que hablas como uno de ellos. No habrás venido hasta aquí para espiar al viejo Cotter, ¿verdad? No será eso, ¿verdad?

Retrocedí lentamente hasta salir del refugio y me quedé junto al fuego, mirándolo. Se quitó el sombrero y comenzó a darse con él en el muslo, mientras musitaba compungido:

—Y dice que se está muriendo..., ¡no te jode!

Arremetió contra mí, falló y cayó entre las ascuas, y cuando me volví, apareció aullando y tosiendo en medio de una nube de ceniza. Hui.

—¡Ya te pillaré! ¡Ya te pillaré!

En la linde del bosque intenté saltar la zanja, pero solo conseguí caerme dentro, y cuando salí a rastras del fango me encontré mirando fijamente el ojo amarillo y desencantado del tigre disecado en su jaula.

No me sorprendió. Desde el principio supe que al final volverían a encontrarme. A lo mejor fue saber eso lo que me mantuvo con vida todo ese tiempo, cuando parecía imposible. Y ahora aquí estaban, las silenciosas caravanas tapadas con cortinas, los caballos dormidos en sus arneses, una vida que regresaba para reclamarme. El ataque delante del *pub* había dejado algunas magulladuras. Faltaban dos caravanas, y en las que quedaban la pintura estaba chamuscada y formaba ampollas. Las ventanas estaban rotas, en las ruedas faltaban algunos radios. Media hoja de una puerta colgaba de sus goznes como la mano inerte de una muñeca rota. El remolque en el que transportaban la carpa y el equipo estaba enganchado a la última caravana, y un solo caballo tenía que hacer el trabajo de dos. En aquel circo que permanecía allí quieto y abandonado había algo que me asustaba, una malevolencia que no podía comprender, solo sentir, y cuando el propio Silas, casi nada más pensar en él, apareció por un recodo, me agaché y corrí hacia el remolque y me escondí dentro, bajo un pliegue de la carpa. Oí cómo le gritaba a alguien, y la respuesta, apenas un murmullo, se oyó asombrosamente cerca de mí, y enseguida se escucharon unas botas en el suelo. Mario, creo que era él, meaba contra la rueda. Llegó Silas.

—Date prisa, muchacho, nos ponemos en camino. Una época interesante, ¿no te parece?

Mario no contestó, se limitó a emitir un gruñido. Se alejaron, y al cabo de un rato nos pusimos en marcha. Debajo de mí había unos sacos húmedos, recuerdo el olor, y también recuerdo el rechinar apagado de las ruedas y la sensación de pánico que provocó que me dolieran los dientes picados mientras me llevaban a ciegas hacia lo desconocido. El viaje fue breve. Abandonamos la carretera y entramos en un camino de gravilla, y cuando levanté la lona y miré con cautela observé una verja abierta sobre la que se leía la leyenda *Casa Lawless*. Cruzamos el césped, entramos en un campo y nos detuvimos, y enseguida oí un gran ajeteo a mi alrededor. Seguramente ahora instalarían la carpa y me descubrirían, lo que creo habría sido un alivio, pues comenzaba a sentirme como un estúpido allí encogido. Pero nadie se asomó a mi guarida, y me abandonó el deseo de que me descubrieran, y volvió el miedo. Las voces y el ajeteo se alejaron por el campo. Esperé mucho tiempo sin oír nada, y de repente me llegó un grito a lo lejos y un sonoro y familiar *crac*. Tuve la vaga sensación de que muchos pies corrían sobre la hierba, y de que había tormenta, y

pánico, y dolor, y las voces regresaron con la estridencia del terror, y Silas dijo jadeando:

—Métela aquí, sí, aquí dentro..., ¡*muévete*, maldita sea!

Ahora estaban cerca de mí, forcejeando con algo pesado. Oí cómo Mario lloriqueaba.

—¿Está muerta? —chilló Sybil.

—Cierra la boca.

—¡Ay, Dios, Dios!

—¡A tomar por culo! —tronó Mario con una voz en la que temblaban la rabia y la histeria. Silas chasqueó la lengua.

—Contrólate, muchacho, y tú también, mujer. La cosa ya no tiene remedio. Se pondrá bien.

—No lo hará —murmuró Mario—. Se está muriendo.

—Tonterías. ¡Ah! Caramba, esta sangre es terrible.

Volvieron a marcharse. Ya no me pude contener más. Levanté la lona. Angel estaba boca arriba en la puerta abierta de la caravana, delante de mí. Tenía la coronilla a pocos centímetros de mi cara, el pelo enmarañado y los hombros temblando, y un poco más allá, en la oscuridad, entrelazaba los dedos agarrándose la barriga, que subía y bajaba de manera agitada. Había sangre por todas partes, en tal cantidad que parecía imposible que un solo cuerpo pudiera haber derramado tanta. De repente volvió la cabeza y me miró entrecerrando los ojos.

—¡Tú! —dijo—. ¡Ja!

Su rostro era una mueca de angustia, pero hablaba con serenidad y un cierto humor amargo, indiferente a esa terrible herida que cerraba con las dos manos. Quise huir, pero esa gran montaña de carne palpitante me tenía clavado al sitio. Apartó de mí aquella espantosa sonrisa y dijo:

—¡Ratas!

No sé cuánto tiempo permanecimos absortos en su agonía. Al otro lado del campo se libraba una batalla. No parecía real. Figuras diminutas corrían, luchaban y daban brincos de una manera irreal. La lluvia caía y tamborileaba sobre la lona que me cubría, una suave lluvia de primavera. Angel comenzó a hincharse, no puedo explicarlo, llenó la entrada hasta que los postes crujió bajo el esfuerzo y su inmenso tronco se derramó por cada recoveco de la caravana, y pronto todo estaba lleno de ella, vibraba y se hinchaba y se mecía sobre las ruedas. Angel exhaló un grito, su cuerpo formó un arco entre los talones y la cabeza, y, con la cara invertida, quedó boquiabierto y se volvió morada, y sus manos escarbaron furiosas, correteando sobre la herida como animales. Se estremeció y tosió, y toda ella sufrió una sacudida, la carne, la grasa, el pelo, los dientes, la sangre, y murió entre el gruñido y la risa, y se rompió el hechizo, y yo salí de mi agujero.

El pasado regresa transformado solo para sobrecogernos con su tenacidad. Es nuestra visión fracturada la que lo ha transformado. Todo mi reino destruido cambió, y sin embargo siguió siendo como siempre. La casa estaba en mejor estado, y observaba el mundo a través de sus ventanas resplandecientes con una nueva seguridad acerada, y había nuevas tejas en el techo, y el jardín estaba elegantemente recortado, pero todos esos adornos no podían disimular el triste y quisquilloso corazón de Birchwood, mi Birchwood. En el vestíbulo, el reloj de pie no había abandonado su osado tictac. Unas rosas muertas que se desperdigaban entre los añicos de un cuenco roto contemplaban su fragmentado reflejo en un espejo entreverado de grietas. En una silla reposaba un grueso rombo de sol. Yo era incapaz de tocar nada, nada. Habían mutilado mi mundo. Subí las escaleras hasta el ventanal del rellano. El sol y las sombras primaverales barrían el jardín, y la sangre relucía en la hierba. La fuente que había debajo de la ventana estaba rota. Sobre la superficie del agua temblaba un cielo caído. Una mariposa azul revoloteaba por el césped. Yo tenía los puños húmedos. Los levanté ante mí y me los quedé mirando con un escozor en los ojos, incapaz de reconocer mis lágrimas por lo que eran.

—Mueve un pelo, muchacho, y por mis cojones que te vuelvo la cabeza.

Era Cotter, posado como un cuervo maltrecho en la entrada del dormitorio que había al otro lado del descansillo con una escopeta apoyada en la cadera. Escupió en el suelo, a mis pies, sin apartar los ojos de mí, giró la boca por encima del hombro y gritó:

—¡Eh, ya le tengo!

Silas apareció detrás de él y se quedó mirando la escena un momento, y a continuación sonrió y se me acercó con los brazos abiertos. Me aparté. Cotter alzó la escopeta y me apuntó a la cabeza.

—¿Me cargo ahora a este hijo de puta? —le preguntó impaciente a Silas, que hizo un gesto con la mano enguantada de blanco y le soltó:

—¡Lárgate! ¡Lárgate!

Cotter se fue, marcando el paso con las botas y refunfuñando, y Silas me dirigió una sonrisa radiante y cariñosa.

—Muchacho, ¿cómo estás? Ya creía que te habíamos perdido para siempre. ¿Por qué lloras? Vamos, Gabriel, háblale a tu viejo amigo. Ya sabes que nunca te deseé

ningún mal. ¿Gabriel?

Aparté la mirada y me volví hacia la ventana. Unas figuras se movían por el bosque, acarreado cosas. Silas también las vio, y suspiró y dijo:

—Enterrando a los muertos. Terrible, terrible —encendió la pipa y entrelazó su brazo con el mío, y juntos empezamos a recorrer el descansillo arriba y abajo—. Ha sido horrible, Gabriel, realmente espantoso. No esperaba tanta... tanta... Ninguno de nosotros lo esperaba, créeme. ¿Has visto a esos sujetos violentos que se pasean vestidos de mujer? Los llaman los Molly Maguires<sup>[7]</sup>. ¡Él nos hizo creer que luchaban por la libertad, Gabriel, que eran patriotas! Ah, debería haberlo sabido, pero no —me miró de soslayo y dio unas caladas frenéticas—. Todo fue culpa suya, ya lo sabes. Tanta... tanta...

Tanta saña. Desde mi escondite en el remolque los había visto arrastrar al viejo John Michael por el césped, colocarlo contra el invernadero y pegarle un tiro en la cara con una escopeta. Vi cómo le cortaban el cuello a una mujer. Golpearon, patearon y estrangularon a los Lawless hasta matarlos, y Silas y el circo habían participado en esa carnicería, luchando hombro con hombro con los Molly Maguires. Y yo no había hecho nada, nada. Silas me apretó el brazo.

—Vente con nosotros, muchacho. Ahora tenemos dinero, y las caravanas están cargadas de provisiones. No hay de qué preocuparse. No es una mala vida, sabes, mejor que quedarse aquí. ¿Qué dices? Que se quede la maldita casa si tanto la quiere. ¿Crees que le hará algún bien? ¿O a ti? —se detuvo y me dio la vuelta para que lo mirara a la cara—. No seas estúpido, muchacho —me aparté de él y dejó caer los brazos. Del jardín llegó un suave silbido. Silas miró por la ventana y volvió a clavarme los ojos—. ¿Y bien? —de nuevo se oyó el silbido. Yo no dije nada—. Gabriel, Gabriel, me decepcionas. Te creía sensato, o te atribuía al menos la vil astucia de los de tu clase, y ahora estás a punto de hacer el ridículo por esta... ¡esta ruina! —se quitó los guantes y me tendió la mano, y me lanzó una última y prolongada mirada en la que se mezclaban el humor, el cariño y el reproche—. Adiós, mi Calígula. Tenemos un último deber que cumplir, desagradable pero necesario, y luego nos iremos. No volveré a pedirte que nos acompañes, pues veo que ya has tomado una decisión. Adiós, mi necio Calígula. Disfruta de tu herencia.

Dio media vuelta y bajó las escaleras, al tiempo que se enfundaba de nuevo los guantes. Una vez abajo, le oí hablar entre murmullos con Cotter mientras se perdían en el jardín, y desde la ventana observé cómo cruzaban el campo hacia las caravanas. Cotter avanzaba despacio con sus pies planos, y la escopeta, abierta en la recámara, le golpeaba el costado como si fuera un mayal. Silas se reía. Incluso de lejos podías ver cómo temblaban sus hombros gruesos. Ya empezaba a echar de menos a ese taimado y diabólico viejo cabrón. Desaparecieron detrás de las caravanas, y en ese momento los Molly Maguires salieron de los árboles y se plantaron en el camino de entrada, tres tipos duros y harapientos, con la cabeza rapada al cero y una mirada asesina. Cada uno llevaba una pala al hombro. Se encaminaron al campamento, pero mientras



se acercaban Cotter apareció junto a la caravana negra esgrimiendo la escopeta. Ese fue el último acto. La escopeta tronó dos veces, y dos hombres cayeron, y una pala salió volando como si fuera una lanza y relució en medio del aire. Cotter volvió a cargar sin perder la calma, y el último de los Mollies dio media vuelta y echó a correr. El vestido le trabó las piernas y le hizo tropezar, y mientras caía, el tercer estampido, esta vez con los dos cañones al mismo tiempo, le reventó la cabeza y salpicó de sangre la hierba primaveral. El circo se marchó. Bajo las lilas apareció una figura con un vestido blanco, y una cara se inclinó hacia el sol y levantó la mirada hacia mí con unos dientes terribles y apretados en una mueca. El pelo, rojo, le brillaba.

Recorrí la casa presa de un frenesí, atrancando puertas y ventanas. No para que él no entrase, sino para encerrarme yo. Desde la ventana de la cocina observé el césped. Ahora no había ni rastro de él, pero esa ausencia solo consiguió aumentar mi pánico. Encontré un malévolo amigo en un cajón del aparador, un cuchillo negro y refulgente, un Sabatier. La hoja susurró y tembló cuando la saqué de su funda de madera y probé el filo con el pulgar. Volé con él escaleras arriba, rumbo al desván, y me acuclillé en medio de aquella penumbra que olía a cebolla, gimiendo y farfullando y mordiéndome los nudillos. El día declinaba. Caía la lluvia, luego salió un poco el sol, y después llegó el crepúsculo. Los inquilinos de aquella pequeña habitación —un baúl con guarniciones de latón, el polvoriento esqueleto de un triciclo, la raqueta de tenis sin cuerdas en un rincón, como una exclamación petrificada de horror— comenzaron su baile en la oscuridad. Mi cara, con sus ojos desorbitados, se apartó furtivamente de un mugriento trozo de espejo, y entonces supe que él estaba en la casa, pues podía percibir su presencia como un diminuto temblor en el aire. Esperé tranquilo. Las escaleras crujieron, los radios de las ruedas del triciclo se estremecieron y la puerta se abrió de golpe. Michael, balanceando las dos piernas y con la amplia falda cayendo a su alrededor, hacía el pino en el descansillo, como un enorme champiñón blanco del revés. Podría haberlo matado fácilmente, e imaginé que caía sobre él con el cuchillo y se lo hundía en el corazón, pero, después de todo, era mi hermano.

Sí, era mi hermano, mi gemelo, siempre lo había sabido, aunque no lo admitiera hasta ese momento, cuando admitirlo despertaba en mí el deseo de matarlo. Pero los nueve largos meses que habíamos pasado juntos en el vientre de Martha al final sirvieron para algo. Dio una voltereta para recuperar la verticalidad, extendió los brazos y sonrió, y yo cogí el cuchillo sin sacarlo de la funda y me lo puse bajo el cinturón. Ensanchó la sonrisa. No había cambiado. Sus cabellos no habían perdido el rojo intenso de siempre, sus dientes eran igual de terribles. Era como si contemplara mi imagen en un espejo. Ahora solo sus ojos, fríos y azules como el mar, eran diferentes. Desapareció. Cayó la noche, de un negro azulado y lustroso.

Bajé las desvencijadas escaleras, trastabillando en la penumbra, y me detuve en el descansillo de abajo, donde levanté la cabeza y escuché. Una risa sombría subió por el hueco de la escalera. Me asomé por encima del pasamanos. Michael estaba en el

vestíbulo, haciendo malabares con una pelota, una pieza de construcción azul y una canica. Fui tras él, y se metió en la biblioteca agarrándose el vestido y derramando risas a su paso, y cuando llegué al umbral ya había desaparecido a través de las puertas acristaladas. Cruzó el jardín bailando como un pájaro enloquecido, ululando, chillando y agitando los brazos.

En el bosque susurraron las hojas plateadas. Debía de haber luna, viento, estrellas. No recuerdo ninguna de las tres cosas. Una pálida forma brilló entre los árboles, pero cuando le lancé una cuchillada la hoja silbó en el aire vacío y el vestido cayó flotando al suelo. Algo se derrumbó bajo mis pies, una de esas traidoras cavernas ocultas en la hierba, y caí de cara sobre una maraña de espinas. De nuevo aquella risa. Permanecí allí mucho rato con el rostro hundido entre el brezo, y él comenzó a cantar a lo lejos. La música maléfica y angustiada se fue posando como una lluvia negra sobre los espinos, los árboles y las hojas temblorosas, y al poco todo el bosque cantaba aquella terrible y fascinante canción. Seguí avanzando a cuatro patas. La canción cesó. Llegué al borde del lago. Había una tenue luz en las ventanas de la casita de verano, la puerta estaba abierta de par en par. Subí los peldaños arrastrándome. El lugar seguía abarrotado de fragmentos del pasado de Birchwood, tumbonas, sombreros de paja y espejos rotos, pero en medio de todo ello habían creado una especie de guarida, y se veía una cama de latón y una caja de embalaje, una estufa y una lámpara de aceite, una silla plegable desplegada. Sobre la cama, papá yacía con su traje negro y un chaleco, la cara azulada, la mirada perdida, y una lengua gruesa que asomaba entre los dientes. Michael salió de las sombras y esbozó una sonrisa hacia él.

—Padre nuestro, que estás muerto.

Alzó la mirada hacia mí y la sonrisa se desvaneció, y ahí estaban de nuevo sus ojos, con la misma fría furia blanca de antaño. Saqué de la funda la reluciente pantera y la levanté con las dos manos sobre mi cabeza, y tanto apreté que la hoja tembló y cantó bajo el esfuerzo. Michael miró fijamente la pérfida arma y retrocedió despacio, despacio, hacia la puerta abierta, hacia las sombras, hasta que solo se vieron sus ojos angustiados ardiendo en la oscuridad, y al final estos también se apagaron. Bajé el cuchillo y pronuncié mi nombre en voz alta siete veces y escuché los ecos, y a continuación regresé por el bosque y crucé el jardín hasta Birchwood.

Aquella noche dormí sobre la mesa de billar del estudio, no sé por qué, pues había camas suficientes. Al despuntar el alba me levanté y me puse a recorrer la casa. Habían movido unas cuantas sillas, y el escritorio de papá, con sus fajos de facturas sin pagar, había desaparecido, pero aparte de huecos como ese, y la podredumbre saneada y el sólido tejado, era como si los Lawless no hubieran estado nunca. Tenía que verlo todo, tocarlo todo, como si solo mediante esos contactos yo existiera. Papá habría estado orgulloso de mi comportamiento, y le habría divertido. ¡Un auténtico hijo y heredero! Me detuve junto a las ventanas del comedor, en medio de una neblina de luminosa luz rosácea que llegaba del jardín. El campo en el que yacían muertos los Molly Maguires estaba abarrotado de amapolas, y también el césped, unos encendidos objetos rojo sangre, terribles y deliciosos. Su resplandor inundaba el alba.

Los pájaros cantaban alegremente a mi alrededor mientras me dirigía a la casita de verano. El lago bañado de sol parecía flotar sobre la tierra, como algo a punto de alzar el vuelo. Abrí los postigos de la casita, y allí, en el suelo, estaba esa zona chamuscada, la abuela Godkin, su marca. A la luz del día mi padre no se veía diferente, seguía estando muerto. Creo que fue Cotter quien lo estranguló. No puedo estar seguro, pero mi celoso amigo había resultado ser un diligente verdugo, y sospechaba sobre todo de él. Doblé las sábanas encima de papá y lo até fuerte con un cordel, y arrastré aquella larva fría y rígida hacia el bosque. Era una carga pesada, y avanzaba lentamente. En el calvero donde estaban enterrados los Lawless había más amapolas. Se me ocurrió enterrarlo bajo esas flores florecientes y apasionadas, pero aunque eso habría aligerado mi tarea, no tuve ánimo para plantarlo entre sus enemigos. Lo subí hasta la cresta de la colina y cavé un hoyo entre los abedules, maldiciendo ese terreno rocoso, la roma pala y el peso muerto que casi me arrastró con él a la tumba. Lo cubrí e intenté pensar en una oración apropiada para ese momento. Tampoco es que hubiera nadie para escucharla, pero le habría otorgado cierta solemnidad a esa ceremonia absurda. Toda aquella muerte carmesí que brotaba a mi alrededor en medio de la mañana verde y chispeante me había embriagado. No recordaba ninguna oración, por lo que tuve que conformarme con una canción, la única que sabía.

*Hay pelo aquí  
y hay pelo allá.  
Hay pelo en mi perro Tiny  
pero yo sé dónde  
hay muchísimo pelo...*

Me animó estar allí de pie llorando y riendo, con las manos devotamente cruzadas, cantando por mi padre. Sé que él habría saboreado la escena.

*¡... en la chica que dejé atrás!*

No hay ninguna chica. Nunca la hubo. Supongo que siempre lo supe, en el fondo de mi corazón. Creía en una hermana para no creer en *él*, mi hermano frío y loco. Tampoco había ningún Próspero, nunca lo hubo. Oh, pero yo quería mantener con vida la imagen de ese mago marchito, con su capa y su sombrero negro, caminando enérgico delante de mí siempre con su bastón, su garra y sus ojos penetrantes, mientras me conducía lentamente hacia ese gril sonrosado. Ahora el paisaje blanco estaba vacío. Quizá es mejor así, dije, y añadí en voz baja: Podría encontrar otras criaturas para habitarlo. Y lo hice, y así fue como me convertí en mi propio Próspero, y el vuestro.

Dejé allí a papá para que echara todas las raíces que pudiera, y volví a la casa. Él también había querido un homúnculo de mascota que lo consolara, pero qué golpe debió de suponer para él comprender, con una fría y repentina claridad —me lo imagino golpeándose la frente con el puño—, que si Beatrice iba a engendrar un niño, sería un medio Lawless. Y qué ambiguo alivio debió de suponer descubrir que Beatrice era estéril, pues en aquella época ya resultaba evidente que Martha había conseguido un triunfo con su truco de dos cartas. Me pregunto cuántos de la familia estaban al corriente de la impropia unión entre hermano y hermana. La abuela Godkin lo sabía, pero no el abuelo. Yo lo sabía, pero me negaba a reconocerlo, al igual que Beatrice lo supo todo el tiempo que su fracturado cerebro se lo permitió, hasta que, de manera conveniente, se volvió loca, y murió encerrada. ¿Y Michael? Oh, sí, él lo sabía.

Martha y Joseph llegaron a un acuerdo, admirable en su astucia, por el que yo permanecería en Birchwood para ser el anhelado hijo de papá —un Godkin *auténtico*, por Dios—, y Martha se retiraría con Michael a un refugio secreto financiado con las arcas de Birchwood. Había una condición, a saber, que yo sería el hijo de la casa, pero Michael se convertiría en heredero. ¡Aceptada! ¿Cómo decidieron entre dos gemelos idénticos recién nacidos? Quizá papá cerró los ojos y me clavó una aguja, ¿o acaso Martha vio en la cara arrugada de Michael un vestigio de esa furia fría y taimada y comprendió que era un villano igual que ella? No lo sé, lo que sí sé es que

se equivocaron al elegir, y esa fue su ruina.

Me parece increíble que Martha creyera que su hermano era un hombre de honor, aunque quién sabe si, de no haber contado con aquel perverso sentido del humor, no hubiera sido honorable. No sentía cariño por mí, pues yo fui una amarga decepción, ni odio por ella y Michael, simplemente no quiso dejar pasar la oportunidad de crear el marco para el perfecto chiste de acción retardada que, el mismo día de la partida de Martha y Michael, lo llevó a sentarse en su escritorio y escribir concienzudamente mi nombre en su testamento. Qué sonrisa de oreja a oreja debió de poner, encorvado en la penumbra de su estudio, mientras admiraba esa palabrita y se servía un *brandy*. Ah, padre, te amé a mi manera.

Su plan de iluminar la oscuridad de su tumba con una risa desdeñosa se torció, pues Martha comenzó a sospechar de él y regresó corriendo a Birchwood con las garras afiladas. Encontró el testamento, o quizá él se lo enseñó, y empezó la batalla. Pero ella no era rival para Joe. Él descubrió su broma póstuma y se rio de ella. ¿Qué quería, Martha? ¿Es que, al igual que yo, tenía que tocar la casa para creer que ella misma existía? Esas cuestiones, y muchas más, aún me intrigan. A lo mejor ella solo quería luchar, pues mientras reñían apenas se daban cuenta de que la propiedad se caía a pedazos. ¿Cómo explicar tanta estupidez? Eran Godkin, y no hace falta decir más.

Michael, naturalmente, quería ser el señor del lugar, recorrer sus tierras montado en un caballo negro, cazar zorros y azotar a los campesinos. Quería todo lo que yo tenía, y me odiaba por tenerlo y despreciarlo. Creo que me habría matado de buena gana, habría sido muy fácil, pero algo le retenía, ese mismo algo que retuvo el cuchillo en mi mano cuando nos encontramos en la asesina oscuridad de la casita de verano, y así, en lugar de cometer un fratricidio, se entregó al astuto juego de Martha, y entre ambos me mandaron en busca de una hermana. Pero para entonces todo lo que era Birchwood ya se había derrumbado, los Lawless se habían hecho con el control y Michael también tuvo que huir. Ahí donde yo iba, él ya había estado, siguiendo unos pasos que yo aún no había dado. Encontró el circo y se unió a los Molly Maguires, y los llevó a combatir a los Lawless, y al circo a combatir a los Mollies. ¡Toda esa sangre! ¡Esa carnicería! ¿Y para qué? Por la misma razón por la que papá soltó a su padre en el bosque de abedules para que muriera, por la que la abuela Godkin atormentó a la pobre loca de Beatrice, por la que Beatrice le hizo creer a Martha que Michael estaba en el cobertizo en llamas, por la misma razón que provocó todas aquellas tragedias absurdas, la razón que no tiene nombre. Y este es el final, más o menos, de mi historia. Puede que no fuera así, o que no hubiera ninguno. Lo invento, no hay más remedio.

El tiempo aguantó límpido y despejado durante semanas, viento todo el día, sol y lluvia y un luminoso resplandor lila sobre los árboles, y luego el atardecer, noche y estrellas. Al principio el silencio me incomodaba, hasta que comprendí que en realidad no era silencio. Un día vino un grupo de ancianas y se llevó los cadáveres de

los hombres enterrados en el campo. Yo contemplé la escena fascinado desde mi ventana. Me dieron ganas de ir a ayudarlas, decirles: *¡Yo no soy como mi padre, soy diferente!*, pero habrían huido horrorizadas. Las amapolas languidecían. Yo trabajaba en la casa, despejé el desván, cegué con tablas las ventanas destrozadas durante el asedio, me ocupé de los arriates de flores, no sé por qué. La casita de verano estaba invadida de palomas, estorninos, un enjambre de abejas. Los dejé quedarse. Estaban vivos, y ya estaba harto de muerte. Quizá me vaya de aquí. Pero ¿adónde? ¿Por eso lucharon todos tan encarnizadamente por Birchwood, porque no tenían otro sitio a donde ir? Fuera todo es destrucción y decadencia. No hablo el idioma de este país salvaje. Me quedaré aquí, solo, y llevaré una vida distinta de las que la casa ha conocido hasta ahora. Sí.

En la cocina aún había restos del peculiar olor de Josie. Me pregunté si ella también formaba parte de esos derechos que Cotter pretendía reclamar. Lo dudo. Josie se había escurrido por una grieta del tiempo y permanecía allí olvidada. Ya no me acordaba de su aspecto. ¿A cuánta gente había perdido así? Empecé a escribir como una manera de volver a encontrarlos, y me dije que por fin había descubierto una forma que contendría y ordenaría todas mis pérdidas. Me equivocaba. No existe forma ni orden, solo ecos y coincidencias, juegos de manos, una risa sombría. Lo acepto.

La primavera ha regresado de nuevo, el día de Santa Brígida, justo a tiempo. La armonía de las estaciones se burla de mí. Paso horas contemplando el cielo, el lago, el mar inmenso. Este mundo. Siento que si pudiera comprenderlo, quizá podría comenzar a comprender a las criaturas que lo habitan. Pero no lo entiendo. El mundo me parece siempre extraño, aunque más extraño aún, supongo, es el hecho de que me lo parezca, pues ¿para qué sirven las verdades eternas mediante las que mido estas aberraciones temporales? Abundan los indicios, pero no son más que percepciones, las palabras no consiguen fijarlos. De todos modos, algunos secretos no hay que revelarlos bajo pena de quién sabe qué castigo, y de lo que no puedo hablar, debo callar.

## **Notas del traductor**



[1] Las numerosas referencias a los abedules obedecen a que el nombre de la propiedad, Birchwood, significa «bosque de abedules». <<

[2] Se trata de un tambor de marco irlandés. <<

[3] «Típula» en inglés es *daddy-longlegs*, literalmente «papá piernas largas». <<

[4] Es el verdadero nombre de Sandro Botticelli. <<

[5] Apodo de Richard de Clare (1130-1176), segundo conde de Pembroke y juez mayor de Irlanda, quien jugó un importante papel en la invasión normanda. <<

[6] Dicha festividad, que también se celebra en España, tiene lugar en el mes de mayo, y en ella una niña, ataviada con adornos y flores, se sienta en altares improvisados de los pueblos y canta y baila. <<

[7] Fue una sociedad secreta activa en Irlanda, Liverpool y parte del este de los Estados Unidos. Sus víctimas solían ser administradores de tierras, intermediarios y terratenientes, a los que se atacaba de manera violenta. Se decía que algunos líderes locales se vestían de mujer y se hacían pasar por madres que pedían para sus hijos a los tenderos; si estos se negaban, les saqueaban la tienda. <<